
3 1761 04251 2756

cilla La Araucana, *maps,* 2 vol. 12mo. *calf, neat,* 9s.
Madrid, 177

"*Cervantes* says, in his *Don Quixote,* that the *Araucana of Ercill*
as one of the best poems in heroic verse which the *Castilians* possesse
nd might be compared with the most famous productions of Italy."

LA ARAUCANA

DE

DON ALONSO DE ERCILLA Y ZÚÑIGA.

TOMO PRIMERO.

MADRID
EN LA IMPRENTA DE MATEO REPULLÉS.
1803.

EL EDITOR.

Don Alonso de Ercilla y Zúñiga, Caballero del Orden de Santiago, heredó de su padre Fortun García de Ercilla no solo la nobleza de la sangre, sino tambien la del ingenio. Fué este caballero uno de los Jurisconsultos mas célebres del siglo XVI, como lo manifiestan las muchas y apreciables obras que escribió, y el testimonio de los sabios mas ilustres de aquel tiempo, como sin duda lo fuéron Don Diego de Covarrubias y Juan Ginés de Sepúlveda. Estimulado el hijo con los buenos exemplos del padre, se aplicó á las letras con tanta intension, que á pesar del tumulto de la Corte y Palacio, que freqüentaba por razon de su empleo de Gentil-Hombre de Cámara del Emperador Cárlos V, y su hijo Don

Felipe, dió en la florida edad de sus veinte y seis años una prueba tan grande de su ingenio, como lo es la *Araucana* ó conquista de la provincia de Arauco en el reyno de Chile. En pocos años se reimprimió siete veces este poema, tan criticado de la envidia como aplaudido por la fama; pero es casi comun suerte de todos los grandes hombres el ser envidiados y perseguidos. No preserváron de estos extremos á nuestro Don Alonso, ni su valor denodado, ni su pluma delicada; pero no pudo menoscabar los aciertos de ésta la rabia de sus enemigos; y triunfó de todos el mérito de la Araucana. No es mi ánimo empeñarme en probar que este poema es verdaderamente épico. Para esto era preciso especificar quáles son las reglas de la verdadera Epopeya; materia de que hablan muchos y entienden pocos, y formar un dilatado volúmen, recopilando la diversidad de opiniones que

reynan en este punto aun entre los mas célebres maestros. Muchos han opinado, que la Araucana no puede llamarse poema épico, porque dicen que carece de la invencion que creen ser necesaria en la Epopeya; pero aun concedida esta máxima, debe tenerse presente que quando la verdad de los hechos raya en lo maravilloso, no es necesario acudir á ficciones, para proporcionar el deleyte, que es el principal objeto de la fábula. Así, entre muchos, opina el eruditísimo Francisco María Zanoti en su arte poética; y esto es lo que puntualmente se verifica en la Araucana. No ignoro que Voltaire (que tuvo la desgracia de querer saberlo todo) dice que el razonamiento de Colocolo, contenido en el Canto II, es mejor que el que pone Homero en la *Iliada* en boca de Nestor, arengando á los Capitanes Griegos, y que no hay otra cosa de bueno en la Araucana; pero á la verdad no

deberia desdeñarse de haber sido autor de esta el que lo fué de la *Henriada*, que bien exâminada, aunque quiso ser una servil imitacion de la Eneyda, es defectuosísima en su plan, y por lo que hace á las demas partes del Poeta Francés al Latino va la misma diferencia que de las obras de un pintor principiante, á las de Rubens ó Rafael. Lo cierto es que qualesquiera que sean los defectos de la Araucana, nadie puede negar á Ercilla singular pureza de estilo, elegante versificacion, grandeza en las imágenes, amena variedad de episodios, verdad y energía en las pinturas, abundancia de sanas máxîmas morales y políticas; y por fin, la Araucana siempre instruye y recrea, siempre se lee con gusto; y pudiéramos darnos por muy contentos si se diesen á la luz muchos poemas adornados de tan preciosas qualidades.

AL REY
NUESTRO SEÑOR.

Como todas mis obras de su principio estan ofrecidas á V. M. ésta co-

mo necesitada acude al amparo que ha menester. Suplico á V. M. sea servido de pasar los ojos por ella, que con merced tan grande, demas de dexarla V. M. ufana, quedará autorizada y segura de que ninguno se le atreva. Guarde nuestro Señor la católica persona de V. M.

Don Alonso de Ercilla
y Zuñiga.

PROLOGO

DE DON ALONSO DE ERCILLA.

Si pensára que el trabajo que he puesto en esta obra me habia de quitar tan poco el miedo de publicarla, sé cierto de mí que no tuviera ánimo para llevarla al cabo. Pero considerando ser la historia verdadera, y de cosas de guerra, á las quales hay tantos aficionados, me he resuelto en imprimirla, ayudando á ello las importunaciones de muchos testigos, que en lo mas dello se halláron, y el agravio que algunos Españoles recibirian, quedando sus hazañas en perpetuo silencio, faltando quien las escriba. No por ser ellas pequeñas, pero porque la tierra es tan remota y apartada, y la postrera que los Españoles han pisado por la parte del Pirú, que no se puede tener della casi noticia, y por el mal aparejo y poco tiempo que para escribir hay con la ocupacion de la guerra, que no da lugar á ello: y así el que pude hurtar, le gas-

té en este libro, el qual porque fuese mas cierto y verdadero, se hizo en la misma guerra, y en los mismos pasos y sitios, escribiendo muchas veces en cuero por falta de papel, y en pedazos de cartas de algunos tan pequeños, que apénas cabian seis versos, que no me costó despues poco trabajo juntarlos: y por esto, y por la humildad con que va la obra, como criada en tan pobres pañales, acompañándola el zelo y la intencion con que se hizo, espero que será parte para poder sufrir quien la leyere las faltas que lleva. Y si á alguno le pareciere que me muestro algo inclinado á la parte de los Araucanos, tratando sus cosas y valentías mas estendidamente de lo que para bárbaros se requiere; si queremos mirar su crianza, costumbres, modos de guerra y exercicio della, veremos que muchos no les han hecho ventaja, y que son pocos los que con tan gran constancia y firmeza han defendido su tierra contra tan fieros enemigos, como son los Españoles. Y cierto es cosa de admiracion, que no poseyendo los Araucanos mas de veinte leguas de térmi-

no, sin tener en todo él pueblo formado, ni muro, ni casa fuerte para su reparo, ni armas, á lo ménos defensivas, que la prolixa guerra y Españoles las han gastado y consumido, y en tierra no áspera, rodeada de tres pueblos Españoles y dos plazas fuertes en medio della, con puro valor y porfiada determinacion hayan redimido y sustentado su libertad, derramando en sacrificio della tanta sangre, así suya, como de Españoles, que con verdad se puede decir, haber pocos lugares que no estén della teñidos, y poblados de huesos, no faltando á los muertos quien les suceda en llevar su opinion adelante. Pues los hijos ganosos de la venganza de sus muertos padres, con la natural rabia que los mueve, y el valor que dellos heredáron, acelerando el curso de los años, ántes de tiempo tomando las armas, y se ofrecen al rigor de la guerra. Y es tanta la falta de gente por la mucha que ha muerto en esta demanda, que para hacer mas cuerpo y henchir los esquadrones vienen tambien las mugeres á la guerra, y peleando algunas veces como va-

rones, se entregan con grande ánimo á la muerte. Todo esto he querido traer para prueba y en abono del valor de estas gentes, digno del mayor loor del que yo le podré dar con mis versos. Y pues, como dixe arriba, hay ahora en España cantidad de personas, que se halláron en muchas cosas de las que aquí escribo, á ellos remito la defensa de mi obra en esta parte, y á los que la leyeren se la encomiendo.

DECLARACION

de algunas dudas que se pueden ofrecer en esta Obra.

Porque muchos no entenderán algunos vocablos ó nombres, que aunque de Indios, son ya tan recibidos y usados en aquella tierra de los nuestros, que no los han mudado en nuestro lenguage, será bien declararlos aquí, porque como yo, por variar, uso alguna vez dellos, el que leyere este libro no tenga que preguntar.

Chili *es una provincia grande, que contiene en sí otras muchas provincias: toma el nombre de Chili toda la provincia por un valle, del qual tuviéron primero noticia los Españoles por el oro que en él se sacaba, y como entráron en su demanda pusiéron nombre de Chili á toda la tierra hasta el estrecho de Magallanes.*

El Estado de Arauco *es una provincia pequeña de veinte leguas de largo y siete de ancho, poco mas ó ménos, que produce la gente mas belicosa que ha habido en las Indias, y por eso es llamado el Estado indómito: llámanse los Indios dél Araucanos, tomando el nombre de la provincia.*

Puelches *se llaman los Indios de la sierra, que son fortísimos y ligeros, aunque de ménos entendimiento que los otros.*

Arcabuco *es una espesura grande de árboles altos y boscage.*

Bohío *es una casa pagiza grande de sola una pieza sin alto.*

Llauto *es un trocho ó rodete redondo, ancho de dos dedos, que ponen por la frente, y les ciñe la cabeza: son labrados de oro y chaquira con muchas piedras y diges en ellos, en los quales asientan las plumas ó penachos, de que ellos son muy amigos: no los traen en la guerra, porque entónces usan celadas.*

Chaquira *son unas cuentas muy menudas á manera de aljofar, que las hallan por las marinas, y quanto mas menuda es mas preciada: labran y adornan con ella sus llantos, las mugeres sus hinchos, que son como una cinta angosta que les ciñe la cabeza por la frente, á manera de vidrios: andan siempre en caballo, y suelto por los hombros y espaldas.*

Yanaconas *son Indios mozos amigos, que sirven á los Españoles, andan en su trage, y algunos muy bien tratados, que se precian mucho de policía en su vestido: pelean á las veces en favor de sus amos, y algunos animosamente, especial quando los Españoles dexan los caballos, y pelean á pie, porque en las retiradas los suelen dexar en las manos de los enemigos, que los matan cruelísimamente.*

Pallá *es lo que llamamos nosotros señora; pero entre ellos no alcanza este nombre sino la noble de linage, y señora de muchos vasallos y hacienda.*

Apó *es señor ó Capitan absoluto de los otros.*

Eponamon *es nombre que dan al demonio, por el qual juran quando quieren obligar infaliblemenae á cumplir lo que prometen.*

Cacique, *quiere decir señor de vasallos, que tiene gente á su cargo.*

Los Caciques *toman el nombre de los valles de donde son señores, y de la misma manera los hijos ó sucesores que suceden en ellos: declárase esto, porque los que mueren en la guerra se oirán despues nombrar en otra batalla, entiéndase que son los hijos ó sucesores de los muertos.*

Coquimbo *es el primer valle de Chili, donde pobló el Capitan Valdivia un pueblo, que le llamó la Serena, por ser él natural de la Serena: tiene un muy buen puerto de mar, y llámase tambien el pueblo Coquimbo, tomando el nombre del valle.*

Mapochó *es un hermoso valle, donde los Españoles pobláron la Ciudad de Santiago, y llámase asimismo el pueblo Mapochó.*

Penco *es un valle muy pequeño y no llano; pero porque es puerto de mar pobláron en él los Españoles una ciudad, la qual la llamáron la Concepcion.*

Angol *se llama el valle donde pobláron otra Ciudad, y le pusiéron nombre los Confines de Angol.*

Cauten *es un valle hermosísimo y fértil, donde los Españoles fundáron la mas próspera Ciudad que ha habido en aquellas partes, la*

qual tenia trescientos mil Indios casados de servicio: llamáronla Imperial, porque quando entráron los Españoles en aquella provincia halláron sobre todas las puertas y tejados águilas imperiales de dos cabezas hechas de palo á manera de timbre de armas, que cierto es estraña cosa y de notar, pues jamás en aquella tierra se ha visto ave con dos cabezas.

Villarrica *es otro pueblo que fundáron los Españoles á la ribera de un lago pequeño cerca de los volcanes, que lanzaban á tiempos tanto fuego y tan alto, que acontece llover en el pueblo ceniza.*

Valdivia *es un pueblo bueno y provechoso; tiene un puerto de mar por un rio arriba tan seguro, que varan las naos en tierra, y está fundado no muy lejos de un gran lago, al qual y á la ciudad llamó Valdivia de su nombre: entendiendose que quando se fundáron estos pueblos, era Valdivia Capitan General de los Españoles, y á él se atribuye la gloria del descubrimiento y poblacion de Chili.*

Caupolican *fué hijo de* Leocan, *y* Lautáro *hijo de* Pillan. *Declaro esto, porque como son Capitanes señalados, de los quales la historia hace muchas veces mencion, por no poner tantas veces sus nombres me aprovecho de los de sus padres.*

Mita *es la carga ó tributo que trae el Indio tributario.*

Mitayo *es el Indio que la lleva ó trae.*

LA ARAUCANA.

CANTO I.

El qual declara el asiento y descripcion de la Provincia de Chile, y Estado del Arauco con las costumbres y modos de guerra que los naturales tienen: y asimismo trata en suma de la entrada y conquista que los Españoles hiciéron hasta que Arauco se comenzó á rebelar.

No las damas, amor, no gentilezas
de caballeros canto enamorados,
ni las muestras, regalos, y ternezas
de amorosos afectos y cuidados:
mas el valor, los hechos, las proezas
de aquellos Españoles esforzados,
que á la cerviz de Arauco no domada
pusiéron duro yugo por la espada.

Cosas diré tambien harto notables
de gente que á ningun Rey obedecen,
temerarias empresas memorables
que celebrarse con razon merecen:
raras industrias, términos loables
que mas los Españoles engrandecen;
pues no es el vencedor mas estimado
de aquello en que el vencido es reputado.

Suplicoos, gran Felipe, que mirada
esta labor de vos sea recibida,
que de todo valor necesitada,
queda con darse á vos favorecida:
es relacion sin corromper sacada
de la verdad, cortada á su medida;
no despreciels el don, aunque tan pobre,
para que autoridad mi verso cobre.

Quiero á Señor tan alto dedicarlo
porque este atrevimiento lo sostenga,
tomando esta manera de ilustrarlo,
para que quien lo viere en mas lo tenga:
y si esto no bastare á no tacharlo,
á lo ménos confuso se detenga,
pensando que pues va á vos dirigido,
que debe de llevar algo escondido.

Y haberme en vuestra casa yo criado,
qué crédito me da por otra parte!
hará mi torpe estilo delicado,
y lo que va sin órden, lleno de arte:
así de tantas cosas animado
la pluma entregaré al furor de Marte:
dad orejas, Señor, á lo que digo,
que soy de parte de ello buen testigo.

Chile, fértil Provincia, y señalada
en la region Antártica famosa;
de remotas naciones respetada
por fuerte, principal y poderosa:
la gente que produce, es tan granada,
tan soberbia, gallarda y belicosa,
que no ha sido por Rey jamás regida,
ni á extrangero dominio sometida.

Es Chile Norte Sur de gran longura
costa del nuevo mar del Sur llamado,
tendrá del Leste á Oeste de angostura
cien millas por lo mas ancho tomado;
baxo del Polo Antártico en altura
de veinte y siete grados prolongado
hasta do el mar Océano y Chileno
mezclan sus aguas por angosto seno.

Y estos dos anchos mares, que pretenden;
pasando de sus términos, juntarse,
baten las rocas, y sus olas tienden;
mas es les impedido el allegarse:
por esta parte al fin la tierra hienden,
y pueden por aquí comunicarse.
Magallanes, Señor, fué el primer hombre
que abriendo este camino le dió nombre.

Por falta de Pilotos, ó encubierta
causa quizá importante y no sabida,
esta secreta senda descubierta
quedó para nosotras escondida,
ora sea yerro de la altura cierta,
ora que alguna isleta removida
del tempestuoso mar y viento ayrado,
encallando en la boca, la ha cerrado.

Digo que Norte Sur corre la tierra,
y báñala del Oeste la marina;
á la banda del Leste va una sierra
que el mismo rumbo mil leguas camina:
en medio es donde el punto de la guerra
por uso y exercicio mas se afina:
Venus y Aman aquí no alcanzan parte,
solo domina el iracundo Marte.

Pues en este distrito demarcado
por donde su grandeza es manifiesta,
está á treinta y seis grados el Estado
que tanta sangre agena y propia cuesta:
este es el fiero pueblo no domado
que tuvo á Chile en tal estrecho puesta,
y aquel que por valor y pura guerra
hace entorno temblar toda la tierra:

Es Arauco, que basta, el qual sujeto
lo mas deste gran término tenia
con tanta fama, crédito y conceto,
que del un Polo al otro se extendia:
y puso al Español en tal aprieto
qual presto se verá en la carta mia:
veinte leguas contienen sus mojones,
poseenla diez y seis fuertes varones.

De diez y seis Caciques y Señores
es el soberbio Estado poseido,
en militar estudio los mejores
que de bárbaras madres han nacido:
reparo de su patria y defensores,
ninguno en el gobierno preferido:
otros Caciques hay, mas por valientes
son estos en mandar los preeminentes.

Solo al Señor de imposicion le viene
servicio personal de sus vasallos,
y en qualquiera ocasion quando conviene
puede por fuerza al débito apremiallos:
pero asi obligacion el Señor tiene
en las cosas de guerra dotrinallos
con tal uso, cuidado y disciplina,
que son maestros despues desta dotrina.

En lo que usan los niños en teniendo
habilidad y fuerza provechosa,
es que un trecho seguido han de ir corriendo
por una áspera cuesta pedregosa:
y al puesto y fin del curso revolviendo,
le dan al vencedor alguna cosa:
vienen á ser tan sueltos y alentados,
que alcanzan por aliento los venados.

Y desde la niñez al exercicio
los apremian por fuerza y los incitan,
y en el bélico estudio y duro oficio
entrando en mas edad los exercitan:
si alguno de flaqueza da un indicio
del uso militar lo inhabilitan,
y el que sale en las armas señalado
conforme á su valor le dan el grado.

Los cargos de la guerra y preeminencia
no son por flacos medios proveidos,
ni van por calidad, ni por herencia,
ni por hacienda, y ser mejor nacidos:
mas la virtud del brazo y la excelencia,
ésta hace los hombres preferidos,
ésta ilustra, habilita, perficiona,
y quilata el valor de la persona.

Los que estan á la guerra dedicados
no son á otro servicio constreñidos,
del trabajo y labranza reservados,
y de la gente baxa mantenidos:
pero son por las leyes obligados
de estar á punto de armas proveidos,
y á saber diestramente gobernallas
en las licitas guerras y batallas.

Las armas dellos mas exercitadas
son picas, alabardas y lanzones,
con otras puntas largas enhastadas
de la facion y forma de punzones:
hachas, martillos, mazas barreadas,
dardos, sargentas, flechas y bastones,
lazos de fuertes mimbres y bexucos,
tiros arrojadizos y trabucos.

Algunas de estas armas han tomado
de los Christianos nuevamente agora;
que el continuo exercicio y el cuidado
enseña y aprovecha cada hora:
y otras segun los tiempos inventado;
que es la necesidad grande inventora,
y el trabajo solícito en las cosas
maestro de invenciones ingeniosas.

Tienen fuertes y dobles coseletes,
arma comun á todos los soldados,
y otros á la manera de sayetes,
que son aunque modernos mas usados:
grevas, brazales, golas, capacetes
de diversas hechuras encajados,
hechos de piel curtida, y duro cuero,
que no basta á ofenderle el fino acero.

Cada soldado una arma solamente
ha de aprender, y en ella exercitarse,
y es aquella á que mas naturalmente
en la niñez mostrare aficionarse:
desta sola procura diestramente
saberse aprovechar, y no empacharse
en jugar de la pica el que es flechero,
ni de la maza y flechas el piquero.

Hacen su campo, y muéstranse en formados
esquadrones distintos muy enteros,
cada hila de mas de cien soldados,
entre una pica y otra los flecheros,
que de léjos ofenden desmandados
baxo la proteccion de los piqueros,
que van hombro con hombro como digo
hasta medir á pica al enemigo.

Si el esquadron primero que acomete,
por fuerza viene á ser desbaratado,
tan presto á socorrerle otro se mete,
que casi no da tiempo á ser notado:
si aquel se desbarata , otro arremete,
y estando ya el primero reformado,
moverse de su término no puede
hasta ver lo que al otro le sucede.

De pantános procuran guarnecerse
por el daño y temor de los caballos,
donde suelen á veces acogerse,
si viene á suceder desbaratallos:
allí pueden seguros rehacerse,
ofenden sin que puedan enojallos,
que el falso sitio y gran inconveniente
impide la llegada á nuestra gente.

Del esquadron se van adelantando
los bárbaros que son sobresalientes,
soberbios cielo y tierra despreciando,
ganosos de estremarse por valientes:
las picas por los cuentos arrastrando,
poniéndose en posturas diferentes,
diciendo: si hay valiente algun Christiano
salga luego adelante mano á mano.

Hasta treinta ó quarenta en compañía,
ambiciosos de crédito y loores,
vienen con grande orgullo y bizarría
al son de presurosos atambores:
las armas matizadas á porfia
con varias y finísimas colores,
de poblados penachos adornados,
saltando acá y allá por todos lados.

Hacen fuerzas ó fuertes quando entienden
ser el lugar y sitio en su provecho,
ó si ocupar un término pretenden,
ó por algun aprieto y grande estrecho;
de do mas á su salvo se defienden,
y salen de rebato á caso hecho,
recogiéndose á tiempo al sitio fuerte
que su forma y hechura es desta suerte.

Señalado el lugar, hecha la traza,
de poderosos árboles labrados
cercan una quadrada y ancha plaza,
en valientes estacas afirmados,
que á los de fuera impide y embaraza
la entrada y combatir, porque guardados
del muro los de dentro, fácilmente
de mucha se defiende poca gente.

Solian antiguamente de tablones
hacer dentro del fuerte otro apartado,
puestos de trecho en trecho unos troncones,
en los quales el muro iba fixado
con quatro levantados torreones
á caballero del primer cercado,
de pequeñas troneras lleno el muro
para jugar sin miedo y mas seguro.

En torno desta plaza poco trecho
cercan de espesos hoyos por defuera,
qual es largo, qual ancho, qual estrecho,
y así van sin faltar de esta manera;
para el incauto mozo que de hecho
apresura el caballo en la carrera
tras el astuto bárbaro engañoso,
que le mete en el cerco peligroso.

Tambien suelen hacer hoyos mayores
con estacas agudas en el suelo,
cubiertos de carrizos, yerba y flores,
porque puedan picar mas sin recelo:
allí los indiscretos corredores,
teniendo solo por remedio el cielo,
se sumen dentro, y quedan enterrados
en las agudas puntas estacados.

De consejo y acuerdo una manera
tienen de tiempo antiguo acostumbrada,
que es hacer un convite y borrachera
quando sucede cosa señalada:
y así á qualquier Señor que la primera
nueva de tal suceso le es llegada,
despacha con presteza embaxadores
á todos los Caciques y Señores;

Haciéndoles saber, como se ofrece
necesidad y tiempo de juntarse,
pues á todos les toca y pertenece,
que es bien con brevedad comunicarse:
segun el caso, así se lo encarece,
y el daño que se sigue dilatarse;
lo qual visto que á todos les conviene,
ninguno venir puede que no viene.

Juntos pues los Caciques del Senado
propóneles el caso nuevamente,
el qual por ellos visto y ponderado
se trata del remedio conveniente:
y resueltos en uno y decretado,
si alguno de opinion es diferente,
no puede en quanto al débito eximirse,
que allí la mayor voz ha de seguirse.

Despues que cosa en contra no se halla,
se va el nuevo decreto declarando
por la gente comun y de canalla,
que alguna novedad está aguardando:
si viene á averiguarse por batalla,
con gran rumor lo van manifestando
de trompas y atambores altamente,
porque á noticia venga de la gente.

Tienen un plazo puesto y señalado
para se ver sobre ello y remirarse,
tres dias se han de haber ratificado
en la difinicion sin retratarse:
y el franco y libre término pasado
es de ley imposible revocarse,
y así como á forzoso acaecimiento
se disponen al nuevo movimiento.

Hácese este concilio en un gracioso
asiento en mil florestas escogido,
donde se muestra el campo mas hermoso
de infinidad de flores guarnecido:
allí de un viento fresco y amoroso
los árboles se mueven con ruido,
cruzando muchas veces por el prado
un claro arroyo limpio y sosegado.

Do una fresca y altísima alameda
por órden y artificio tienen puesta
en torno de la plaza y ancha rueda,
capaz de qualquier junta y grande fiesta,
que convida á descanso, y al sol veda
la entrada y paso en la enojosa siesta:
allí se oye la dulce melodia
del canto de las aves y armonía.

Gente es sin Dios, ni ley, aunque respeta
á aquel que fué del cielo derribado,
que como á poderoso y gran profeta
es siempre en sus cantares celebrado:
invocan su furor con falsa seta,
y á todos sus negocios es llamado,
teniendo quanto dice por seguro
del próspero suceso ó mal futuro.

Y quando quieren dar una batalla
con él lo comunican en su rito,
si no responde bien, dexan de dalla,
aunque mas les insista el apetito:
caso grave y negocio no se halla
do no sea convocado este maldito;
llámanle *Eponamon*; y comunmente
dan este nombre á alguno si es valiente.

Usan el falso oficio de hechiceros,
ciencia á que naturalmente se inclinan,
en señales mirando y en agüeros
por las quales sus cosas determinan:
veneran á los necios agoreros
que los casos futuros adivinan,
el agüero acrecienta su osadía,
y les infunde miedo y cobardía.

Algunos destos son predicadores
tenidos en sagrada reverencia,
que solo se mantienen de loores,
y guardan vida estrecha y abstinencia:
estos son los que ponen en errores
al liviano comun con su eloqüencia;
teniendo por tan cierta su locura,
como nos la Evangélica Escritura.

Y estos que guardan órden algo estrecha
no tienen ley, ni Dios, ni que hay pecados;
mas solo aquel vivir les aprovecha
de ser por sabios hombres reputados:
pero la espada, lanza, el arco y flecha
tienen por mejor ciencia otros soldados,
diciendo que el agüero alegre ó triste
en la fuerza y el ánimo consiste.

En fin el hado y clima de esta tierra,
si su estrella y pronóstico se miran,
es contienda, furor, discordia, guerra;
y á solo esto los ánimos aspiran:
todo su bien y mal aquí se encierra,
son hombres que de subito se aíran,
de condicion foroces, impacientes,
amigos de domar extrañas gentes.

Son de gestos robustos, desbarbados,
bien formados los cuerpos y crecidos,
espaldas grandes, pechos levantados,
recios miembros, de niervos bien fornidos:
ágiles, desenvueltos, alentados,
animosos, valientes, atrevidos,
duros en el trabajo, y sufridores
de frios mortales, hambres y calores.

No ha habido Rey jamás que sujetase
esta soberbia gente libertada,
ni extragera nacion que se jactase
de haber dado en sus términos pisada,
ni comarcana tierra que se osase
mover encontra y levantar espada:
siempre fué exênta, indómita, temida,
de leyes libre, y de cerviz erguida.

El potente Rey Inga aventajado
en todas las Antárticas regiones,
fué un Señor en extremo aficionado
á ver y conquistar nuevas naciones,
y por la gran noticia del Estado
á Chile despachó sus Orejones;
mas la parlera fama de esta gente
la sangre les templó, y ánimo ardiente.

Pero los nobles Ingas valerosos
los despoblados ásperos rompiéron,
y en Chile algunos pueblos belicosos
por fuerza á servidumbre los truxéron,
á do leyes y edictos trabajosos
con dura mano armada introduxéron;
haciéndolos con fueros disolutos
pagar grandes subsidios y tributos.

Dado asiento en la tierra, y reformado
el campo con exército pujante,
en demanda del Reyno deseado
moviéron sus esquadras adelante:
no hubiéron muchas millas caminado,
quando entendiéron que era semejante
el valor á la fama que alcanzada
tenia el pueblo Araucano por la espada.

Los Promaucaes de Maule que supiéron
el vano intento de los Ingas vanos,
al paso y duro encuentro les saliéron,
no ménos en buen órden que lozanos:
y las cosas de suerte sucediéron,
que llegando estas gentes á las manos
muriéron infinitos Orejones,
perdiendo el campo y todos los pendones.

Los Indios Promaucaes es una gente
que está cien millas ántes del Estado,
brava, soberbia, próspera y valiente,
que bien los Españoles la han probado;
pero con quanto digo, es diferente
de la fiera nacion, que cotejado
el valor de las armas y excelencia,
es grande la ventaja y diferencia.

Los Ingas que la fuerza conocian
que en la Provincia indómita se encierra,
y quán poco á los brazos ganarian
llevada al cabo la empezada guerra;
visto el errado intento que traian,
desamparando la ganada tierra,
volviéron á los pueblos que dexáron,
donde por algun tiempo reposáron.

Pues Don Diego de Almagro, Adelantado,
que en otras mil conquistas se habia visto,
por sabio en todas ellas reputado,
animoso, valiente, franco y quisto,
á Chile caminó determinado
de estender y ensanchar la Fe de Christo;
pero llegando al fin de este camino
dar en breve la vuelta le convino.

A solo el de Valdivia esta victoria
con justa y gran razon le fué otorgada,
y es bien que se celebre su memoria,
pues pudo adelantar tanto su espada:
éste alcanzó en Arauco aquella gloria
que de nadie hasta allí fuera alcanzada:
la altiva gente al grave yugo truxo,
y en opresion la libertad reduxo.

Con una espada y capa solamente
ayudado de industria que tenia,
hizo con brevedad de buena gente
una lucida y gruesa compañía:
y con designio y ánimo valiente
toma de Chile la derecha via,
resuelto en acabar de esta salida
la demanda dificil, ó la vida.

Vióse en el largo y áspero camino
por la hambre, sed y frio en gran estrecho;
pero con la constancia que convino,
puso al trabajo el animoso pecho:
y el diestro hado y próspero destino
en Chile le metiéron, á despecho
de quantos estorbarlo procuráron,
que en su daño las armas levantáron.

Tuvo á la entrada con aquellas gentes
batallas y rencuentros peligrosos
en tiempos y lugares diferentes,
que estuviéron los fines muy dudosos;
pero al cabo por fuerza los valientes
Españoles con brazos valerosos,
siguiendo el hado y con rigor la guerra,
ocupáron gran parte de la tierra.

No sin gran riesgo y pérdida de vidas
asediados seis años sostuviéron,
y de incultas raices desabridas
los trabajados cuerpos mantuviéron,
do á las bárbaras armas oprimidas
á la Española devocion truxéron
por ánimo constante y raras pruebas,
criando en los trabajos fuerzas nuevas.

Despues entró Valdivia conquistando
con esfuerzo y espada rigurosa;
los Promaucaes por fuerza sujetando,
Curios, Cauquenes, gente belicosa:
y el Maule, y raudo Itáta atravesando,
llegó al Andalien, do la famosa
ciudad fundó de muros levantada,
felice en poco tiempo y desdichada.

Una batalla tuvo aquí sangrienta,
donde á punto llegó de ser perdido;
pero Dios le acorrió en aquella afrenta
que todas las demas le habia acorrido:
otros dello darán mas larga cuenta,
que les está este cargo cometido:
allí fué preso el bárbaro Aynavillo,
honor de los Pencones y caudillo.

De allí llegó al famoso Biobio,
el qual divide á Penco del Estado,
que del Nibequeten copioso rio
y de otros viene al mas acompañado:
de donde con presteza y nuevo brio,
en órden buena y esquadron formado
pasó de Andalican la áspera sierra,
pisando la Araucana y fértil tierra.

No quiero detenerme mas en esto,
pues que no es mi intencion dar pesadumbre,
y así pienso pasar por todo presto,
huyendo de importunos la costumbre:
digo con tal intento y presupuesto,
que ántes que los de Arauco á servidumbre
viniesen, fuéron tantas las batallas,
que dexo de prolijas de contallas.

Ayudó mucho el ignorante engaño
de ver en animales corregidos
hombres, que por milagro y caso extraño
de la region celeste eran venidos:
y del súbito estruendo y grave daño
de los tiros de pólvora sentidos,
como á inmortales dioses los temian
que con ardientes rayos combatian.

Los Españoles hechos hazañosos
el error confirmaban de inmortales,
afirmando los mas supersticiosos
por los presentes los futuros males:
y así tibios, suspensos y dudosos,
viendo de su opresion claras señales,
debaxo de hermandad y fe jurada
dió Arauco la obediencia jamás dada.

Dexando allí el seguro suficiente
adelante los nuestros camináron;
pero todas las tierras llanamente
viendo á Arauco sujeta, se entregáron
y reduciendo á su opinion gran gente,
siete ciudades prósperas fundáron,
Coquimbo, Pénco, Angól, y Santiago,
la Imperial, Villarrica y la del Lago.

El felice suceso, la vitoria,
la fama, y posesiones que adquirian,
los truxo á tal soberbia y vanagloria,
que en mil leguas diez hombres no cabian:
sin pasarles jamás por la memoria,
que en siete pies de tierra alfin habian
de venir á caber sus hinchazones,
su gloria vana, y vanas pretensiones.

Crecian los intereses y malicia
á costa del sudor y daño ageno,
y la hambrienta y mísera codicia
con libertad paciendo iba sin freno:
la ley, derecho, el fuero, y la justicia
era lo que Valdivia habia por bueno,
remiso en graves culpas y piadoso,
y en los casos livianos riguroso.

Así el ingrato pueblo Castellano
en mal y estimacion iba creciendo,
y siguiendo el soberbio intento vano
tras su fortuna próspera corriendo;
pero el Padre del cielo soberano
atajó este camino, permitiendo
que aquel á quien él mismo puso el yugo,
fuese el cuchillo y áspero verdugo.

El Estado Araucano, acostumbrado
á dar leyes, mandar, y ser temido,
viéndose de su trono derribado,
y de mortales hombres oprimido;
de adquirir libertad determinado,
reprobando el subsidio padecido,
acude al exercicio de la espada
ya por la paz ociosa desusada.

Diéron señal primero y nuevo tiento,
por ver con qué rigor se tomaria,
en dos soldados nuestros , que á tormento
matáron sin razon y causa un dia:
disimulóse aquel atrevimiento,
y con esto crecióles la osadía,
no aguardando á mas tiempo abiertamente
comienzan á llamar y juntar gente.

Principio fué del daño no pensado
el no tomar Valdivia presta enmienda
con exemplar castigo del Estado;
pero nadie castiga en su hacienda.
El pueblo sin temor desvergonzado
con nueva libertad rompe la rienda
del homenage hecho y la promesa;
como el segundo Canto aquí lo expresa.

CANTO II.

Pónese la discordia que entre los Caciques de Arauco hubo sobre la eleccion de Capitan General, y el medio que se tomó por el consejo del Cacique Colocólo, con la entrada que por engaño los bárbaros hiciéron en la Casafuerte de Tucapél, y la batalla que con los Españoles tuviéron.

Muchos hay en el mundo, que han llegado
á la engañosa alteza desta vida:
que fortuna los ha siempre ayudado,
y dádoles la mano á la subida,
para despues de haberlos levantado
derribarlos con mísera caida,
quando es menor el golpe y sentimiento,
y ménos el pensar que hay mudamiento.

No entienden con la próspera bonanza
que el contento es principio de tristeza,
no miran en la súbita mudanza
del consumidor tiempo y su presteza;
mas con altiva y vana confianza
quieren que en su fortuna haya firmeza,
la qual de su aspereza no olvidada
revuelve con la vuelta acostumbrada.

Con un revés de todo se desquita,
que no quiere que nadie se le atreva;
y mucho mas que da, siempre les quita;
no perdonando cosa vieja y nueva:
de crédito y de honor los necesita;
que en el fin de la vida está la prueba,
por el qual han de ser todos juzgados,
aunque lleven principios acertados.

¿Del bien perdido al cabo qué nos queda,
sino pena, dolor y pesadumbre?
pensar que en él fortuna ha de estar queda,
ántes dexará el sol de darnos lumbre:
que no es su condicion fijar la rueda,
y es malo de mudar vieja costumbre.
El mas seguro bien de la fortuna
es no haberla tenido vez alguna.

Esto verse podrá por esta historia,
exemplo dello aquí puede sacarse,
que no bastó riqueza, honor y gloria
con todo el bien que puede desearse
á llevar adelante la vitoria;
que el claro cielo alfin vino á turbarse,
mudando la fortuna en triste estado
el curso y órden próspera del hado.

La gente nuestra ingrata se hallaba
en la prosperidad que arriba cuento,
y en otro mayor bien, que me olvidaba,
hallado en pocas casas, que es, contento:
de tal manera en él se descuidaba,
cierta señal de triste acaecimiento,
que en una hora perdió el honor y estado,
que en mil años de afan habia ganado.

Por dioses, como dixe, eran tenidos
de los Indios los nuestros; pero oliéron
que de muger y hombre eran nacidos,
y todas sus flaquezas entendiéron,
viéndolos á miserias sometidos
el error ignorante conociéron,
ardiendo en viva rabia avergonzados
por verse de mortales conquistados.

No queriendo á mas plazo difirirlo,
entre ellos comenzó luego á tratarse
que para en breve tiempo concluirlo
y dar el modo y órden de vengarse,
se junten á consulta á difinirlo;
do venga la sentencia á pronunciarse
dura, exemplar, cruel, irrevocable,
horrenda á todo el mundo, y espantable.

Iban ya los Caciques ocupando
los campos con la gente que marchaba;
y no fué menester general bando,
que el deseo de la guerra los llamaba
sin promesas, ni pagas, deseando
el esperado tiempo, que tardaba
para el decreto y áspero castigo
con muerte y destruicion del enemigo.

De algunos que en la junta se halláron
es bien que haya memoria de sus nombres,
que siendo incultos bárbaros ganáron
con no poca razon claros renombres:
pues en tan breve término alcanzáron
grandes vitorias de notables hombres,
que dellas darán fe los que viviéren,
y los muertos allá donde estuviéren.

Tucapél se llamaba aquel primero
que al plazo señalado habia venido:
éste fué de Christianos carnicero,
siempre en su enemistad endurecido:
tiene tres mil vasallos el guerrero,
de todos como Rey obedecido.
Ongól luego llegó, mozo valiente,
gobierna quatro mil lucida gente.

Cayocupil, Cacique bullicioso,
no fué el postrero que dexó su tierra,
que allí llegó el tercero deseoso
de hacer á todo el mundo él solo guerra:
tres mil vasallos tiene este famoso
usados tras las fieras en la sierra.
Millarapué, aunque viejo, el quarto vino,
que cinco mil gobierna de contino.

Paycabí se juntó aquel mismo dia,
tres mil diestros soldados señorea:
no léjos Lemolémo dél venia,
que tiene seis mil hombres de pelea.
Mareguáno, Gualemo, y Lebopía
se dan priesa á llegar, porque se vea,
que quieren ser en todo los primeros:
gobiernan estos tres tres mil guerreros.

No se tardó en venir, pues Elicura,
que al tiempo y plazo puesto habia llegado,
de gran cuerpo, robusto en la hechura,
por uno de los fuertes reputado,
dice, que ser sujeto es gran locura
quien seis mil hombres tiene á su mandado.
Luego llegó el anciano Colocólo:
otros tantos y mas rige éste solo.

Tras éste á la consulta Ongolmo, viene,
que quatro mil guerreros gobernaba.
Purén en arribar no se detiene,
seis mil súbditos éste administraba.
Pasados de seis mil Lincóya tiene,
que bravo y orgulloso ya llegaba,
diestro, gallardo, fiero en el semblante,
de proporcion y altura de gigante.

Peteguelén, Cacique señalado,
que el gran valle de Arauco le obedece
por natural Señor, y asi el Estado
este nombre tomó segun parece,
como Venecia pueblo libertado
que en todo aquel gobierno mas florece,
tomando el nombre de él la Señoria:
así guarda el Estado el nombre hoy dia.

Este no se halló personalmente
por estar impedido de Christianos;
pero de seis mil hombres que él valiente
gobierna, naturales Araucanos,
acudió desmandada alguna gente
á ver si es menester mandar las manos.
Caupolicán el fuerte no venia,
que toda Pilmayquen le obedecia.

Thomé y Andalicán tambien viniéron,
que eran del Araucano regimiento,
y otros muchos Caciques acudiéron,
que por no ser prolijo no los cuento.
Todos con leda faz se recibiéron,
mostrando en verse juntos gran contento:
despues de razonar en su venida,
se comenzó la espléndida comida.

Al tiempo que el beber furioso andaba,
y mal de las tinajas el partido,
de palabra en palabra se llegaba
á encenderse entre todos gran ruido:
la razon uno de otro no escuchaba,
sabida la ocasion do habia nacido:
vino sobre quál era el mas valiente,
y digno del gobierno de la gente.

Así creció el furor, que derribando
las mesas de manjares ocupadas,
aguijan á las armas desgajando
la ramas al depósito obligadas;
y dellas se aperciben, no cesando
palabras peligrosas y pesadas,
que atizaban la cólera encendida
con el calor del vino y la comida.

El audaz Tucapel claro decia,
que el cargo del mandar le pertenece;
pues todo el universo conocia
que si va por valor, que lo merece:
ninguno se me iguala en valentia,
de mostrarlo estoy presto si se ofrece,
añade el jactancioso, á quien quisiere;
y á aquel que esta razon contradixere.

Sin dexarle acabar dixo Elicura:
á mí es dado el gobierno desta danza,
y el simple que intentare otra locura
ha de probar el hierro de mi lanza.
Ongolmo que el primero ser procura
dice: yo no he perdido la esperanza
en tanto que este brazo sustentare,
y con él la ferrada gobernare.

De cólera Lincóya y rabia insano
responde: tratar deso es devaneo,
que ser Señor del mundo es en mi mano,
si en ella libre este baston poseo.
Ninguno dice Angól será tan vano,
que ponga en igualárseme el deseo;
pues es mas el temor que pasaria,
que la gloria que el hecho le daria.

Cayocupíl furioso y arrogante
la maza esgrime haciéndose á lo largo,
diciendo: yo veré quién es bastante
á dar de lo que ha dicho mas descargo;
haceos los pretensores adelante,
veremos de quál dellos es el cargo;
que de probar aquí luego me ofrezco
que mas que todos juntos le merezco.

Alto sus, que yo acepto el desafio,
responde Lemolémo, y tengo en nada
poner á nueva prueba lo que es mio,
que mas quiero librarlo por la espada:
mostraré ser verdad lo que porfio
á dos, á quatro, á seis en la estacada;
y si todos qüestion quereis conmigo,
os haré manifiesto lo que digo.

Purén, que estaba aparte, habiendo oido
la plática enconosa y rumor grande,
diciendo enmedio dellos se ha metido,
que nadie en su presencia se desmande;
¿y quién á imaginar es atrevido,
que donde está Purén mas otro mande?
La grita y el furor se multiplica,
quien esgrime la maza, y quien la pica.

Thomé y otros Caciques se metiéron
enmedio destos bárbaros de presto,
y con dificultad los despartiéron;
que no hiciéron poco en hacer esto:
de herirse lugar aun no tuviéron,
y en voz ayrada, ya el temor pospuesto,
Colocólo el Cacique mas anciano
á razonar así tomó la mano.

"Caciques, del Estado defensores,
,, codicia del mandar no me convida
,, á pesarme de veros pretensores
,, de cosa que á mí tanto era debida;
,, porque segun mi edad, ya veis, señores,
,, que estoy al otro mundo de partida;
,, mas el amor que siempre os he mostrado,
,, á bien aconsejaros me ha incitado.

,, ¿Por qué cargos honrosos pretendemos,
,, y ser en opinion grande tenidos,
,, pues que negar al mundo no podemos
,, haber sido sujetos y vencidos?
,, y en esto averiguarnos no queremos
,, estando aun de Españoles oprimidos:
,, mejor fuera esta furia executalla
,, contra el fiero enemigo en la batalla.

,, ¿Qué furor es el vuestro, ó Araucanos,
,, que á perdicion os lleva sin sentillo?
,, ¿contra vuestras entrañas teneis manos,
,, y no contra el tirano en resistillo?
,, ¿Teniendo tan á golpe á los Christianos,
,, volveis contra vosotros el cuchillo?
,, si gana de morir os ha movido,
,, no sea en tan baxo estado y abatido.

,, Volved las armas y ánimo furioso
,, á los pechos de aquellos que os han puesto
,, en dura sujecion con afrentoso
,, partido á todo el mundo manifiesto:
,, lanzad de vos el yugo vergonzoso:
,, mostrad vuestro valor y fuerza en esto:
,, no derrameis la sangre del Estado,
,, que para redimir nos ha quedado.
,, No me pesa de ver la lozanía
,, de vuestro corazon, ántes me esfuerza;
,, mas temo que esta vuestra valentía
,, por mal gobierno el buen camino tuerza:
,, que vuelta entre nosotros la porfia,
,, degolleis vuestra patria con su fuerza:
,, cortad pues, si ha de ser desa manera,
,, esta vieja garganta la primera.
,, Que esta flaca persona atormentada
,, de golpes de fortuna, no procura
,, sino el agudo filo de una espada,
,, pues no la acaban tanta desventura:
,, aquella vida es bien afortunada,
,, que la temprana muerte la asegura;
,, pero á nuestro bien público atendiendo,
,, quiero decir en esto lo que entiendo.
,, Pares sois en valor y fortaleza:
,, el cielo os igualó en el nacimiento:
,, de linage, de estado y de riqueza
,, hizo á todos igual repartimiento;
,, y en singular por ánimo y grandeza
,, podeis tener del mundo el regimiento;
,, que este gracioso don no agradecido
,, nos ha al presente término traido.

,, En la virtud de vuestro brazo espero,
,, que puede en breve tiempo remediarse;
,, mas ha de haber un Capitan primero,
,, que todos por él quieran gobernarse:
,, éste será quien mas un gran madero
,, sustentare en el hombro sin pararse;
,, y pues que sois iguales en la suerte,
,, procure cada qual ser el mas fuerte."

Ningun hombre dexó de estar atento
oyendo del anciano las razones;
y puesto ya silencio al Parlamento
hubo entre ellos diversas opiniones:
alfin de general consentimiento,
siguiendo las mejores intenciones,
por todos los Caciques acordado
lo propuesto del viejo fué aceptado.

Podria de alguno ser aquí una cosa
que parece sin término, notada;
y es, que en una Provincia poderosa,
en la milicia tanto exercitada,
de leyes y ordenanzas abundosa,
no hubiese una cabeza señalada
á quien tocase el mando y regimiento,
sin allegar á tanto rompimiento.

Respondo á esto, que nunca sin Caudillo
la tierra estuvo electo del Senado,
que como dixe en Penco el Aynavillo
fué por nuestra nacion desbaratado;
y viniendo de paz en un Castillo
se dice, aunque no es cierto, que un bocado
le diéron de veneno en la comida,
donde acabó su cargo con la vida.

Pues el madero súbito traido
no me atrevo á decir lo que pesaba:
era un macizo líbano fornido,
que con dificultad se rodeaba:
Paycabí le aferró ménos sufrido,
y en los valientes hombros le afirmaba:
seis horas lo sostuvo aquel membrudo;
pero llegar á siete jamás pudo.

Cayocupíl al tronco aguija presto
de ser el mas valiente confiado,
y encima de los altos hombros puesto
lo dexa á las cinco horas de cansado.
Gualémo lo probó, jóven dispuesto,
mas no pasó de allí; y esto acabado,
Angól el grueso leño tomó luego:
duró seis horas largas en el juego.

Purén tras él lo truxo medio dia,
y el esforzado Ongolmo mas de medio,
y quatro horas y media Lebopía,
que de sufrirle mas no hubo remedio:
Lemolémo siete horas le traia,
el qual jamás en todo este comedio
dexó de andar acá y allá saltando,
hasta que ya el vigor le fué faltando.

Elicura á la prueba se previene,
y en sustentar el líbano trabaja:
á nueve horas dexarle le conviene,
que no pudiera mas, si fuera paja:
Tucapélo catorce lo sostiene,
encareciendo todos la ventaja;
pero en esto Lincóya apercibido
mudó en un gran silencio aquel ruido.

De los hombros el manto derribando
las terribles espaldas descubria,
y el duro y grave leño levantando
sobre el fornido asiento le ponia:
corre ligero aquí y allı mostrando,
que poco aquella carga le impedia:
era de sol á sol el dia pasado,
y el peso sustentaba aun no cansado.
Venia aprisa la noche aborrecida
por la ausencia del sol, pero Diana
les daba claridad con su salida,
mostrándose á tal tiempo mas lozana:
Lincóya con la carga no convida,
aunque ya disputaba la mañana,
hasta que llegó el sol al medio cielo,
que dió con ella entónces en el suelo.
No se vió allí persona en tanta gente
que no quedase atónita de espanto,
creyendo no haber hombre tan potente
que la pesada carga sufra tanto:
la ventaja le daban juntamente
con el gobierno, mando, y todo quanto
á digno General era debido,
hasta allí justamente merecido.
Ufano andaba el bárbaro contento
de haberse mas que todos señalado,
quando Caupolicán á aquel asiento
sin gente á la ligera habia llegado:
tenia un ojo sin luz de nacimiento,
como un fino granate colorado;
pero lo que en la vista le faltaba,
en la fuerza y esfuerzo le sobraba.

Era este noble mozo de alto hecho,
varon de autoridad, greve y severo,
amigo de guardar todo derecho,
áspero, riguroso y justiciero:
de cuerpo grande y relevado pecho:
hábil, diestro, fortísimo y ligero,
sabio, astuto, sagaz, determinado,
y en cosas de repente reportado.

Fué con alegre muestra recibido,
aunque no sé si todos se alegráron:
el caso en esta suma referido
por su término y puntos le contáron.
Viendo que Apolo ya se habia escondido
en el profundo mar, determináron
que la prueba de aquel se dilatase
hasta que la esperada luz llegase.

Pasábase la noche en gran porfia,
que causó esta venida entre la gente:
qual se atiende á Lincóya, y qual decia,
que es el Caupolicáno mas valiente;
apuestas en favor y contra habia:
otros sin apostar dudosamente
hácia el Oriente vueltos, aguardaban
si los Febeos caballos asomaban.

Ya la rosada Aurora comenzaba
las nubes á bordar de mil labores,
y á la usada labranza despertaba
la miserable gente y labradores:
ya á los marchitos campos restauraba
la frescura perdida y sus colores,
aclarando aquel valle la luz nueva,
quando Caupolicán viene á la prueba.

Con un desden y muestra confiada
asiendo del troncon duro y nudoso,
como si fuera vara delicada,
se le pone en el hombro poderoso:
la gente enmudeció maravillada
de ver el fuerte cuerpo tan nervoso:
la color á Lincóya se le muda
poniendo en su vitoria mucha duda.

El bárbaro sagaz despacio andaba,
y á toda prisa entraba el claro dia:
el sol las largas sombras acortaba;
mas él nunca descrece en su porfia:
al ocaso la luz se retiraba;
ni por eso flaqueza en él habia:
las estrellas se muestran claramente;
y no muestra cansancio aquel valiente.

Salió la clara luna á ver la fiesta
del tenebroso albergue húmedo y frio,
desocupando el campo y la floresta
de un negro velo lóbrego y sombrío:
Caupolicán no afloja de su apuesta;
ántes con mayor fuerza y mayor brio
se mueve y representa de manera,
como si peso alguno no truxera.

Por entre dos altísimos egidos
la esposa de Titón ya parecia,
los dorados cabellos esparcidos
que de la fresca helada sacudia,
con que á los mustios prados florecidos
con el humedo humor reverdecia,
y quedaba engastado así en las flores
qual perlas entre piedras de colores.

El carro de Faetón sale corriendo
del mar por el camino acostumbrado:
sus sombras van los montes recogiendo
de la vista del sol, y el esforzado
varon el grave peso sosteniendo
acá y allá se mueve no cansado,
aunque otra vez la negra sombra espesa
tornaba á parecer, corriendo á priesa.

La luna su salida provechosa
por un espacio largo dilataba:
alfin turbia, encendida y perezosa,
de rostro y luz escasa se mostraba:
paróse al medio curso mas hermosa
á ver la estraña prueba en qué paraba;
y viéndola en el punto y ser primero,
se derribó en el Artico emisfero.

Y el bárbaro en el hombro la gran viga,
sin muestra de mudanza y pesadumbre,
venciendo con esfuerzo la fatiga,
y creciendo la fuerza por costumbre.
Apolo en seguimiento de su amiga,
tendido habia los rayos de su lumbre;
y el hijo de Leocán en el semblante
mas firme que al principio y mas constante.

Era salido el sol quando el enorme
peso de las espaldas despedia,
y un salto dió en lanzándole disforme,
mostrando que aun mas ánimo tenia:
el circunstante pueblo en voz conforme
pronunció la sentencia, y le decia:
sobre tan firmes hombros descargamos
el peso y grande carga que tomamos.

El nuevo juego y pleyto difinido,
con las mas ceremonias que supiéron
por sumo Capitan fué recibido,
y á su gobernacion se sometiéron:
creció en reputacion, fué tan temido,
y en opinion tan grande le tuviéron,
que ausentes muchas leguas del temblaban,
y casi como á Rey le respetaban.

Es cosa en que mil gentes han parado,
y estan en duda muchos hoy en dia,
pareciéndoles que esto que he contado,
es alguna ficcion ó fantasía;
pues en razon no cabe, que un Senado
de tan gran disciplina y policía
pusiese una eleccion de tanto peso
en la robusta fuerza, y no en el seso.

Sabed que fué artificio, fué prudencia
del sabio Colocólo que miraba
la dañosa discordia y diferencia,
y el gran peligro en que su patria andaba:
conociendo el valor y suficiencia
deste Caupolicán que ausente estaba,
varon en cuerpo y fuerzas estremado,
de rara industria y ánimo dotado.

Así propuso astuta y sabiamente
para que la eleccion se dilatase,
la prueba al parecer impertinente
en que Caupolicáno se extremase;
y en esta dilacion secretamente
dándole aviso á la eleccion llegase,
trayendo así el negocio por rodeo
á conseguir su fin y buen deseo.

Celebraba con pompa allí el Senado
de la justa eleccion la fiesta honrosa;
y el nuevo Capitan ya con cuidado
de dar principio á alguna grande cosa
manda á Palta Sargento que callado
de la gente mas presta y animosa
ochenta diestros hombres aperciba,
y á su cargo apartados los reciba.

Fuéron pues escogidos los ochenta
de mas esfuerzo, y ménos conocidos:
entre ellos dos soldados de gran cuenta,
por quien fuesen mandados y regidos:
hombres diestros, usados en afrenta,
á qualquiera peligro apercibidos:
el uno se llamaba Cayeguano,
el otro Alcatipay de Talcaguano.

Tres castillos los nuestros ocupados
tenian para el seguro de la tierra,
de fuertes y anchos muros fabricados,
con foso que los ciñe entorno y cierra,
guarnecidos de pláticos soldados
usados al trabajo de la guerra:
caballos, bastimento, artillería,
que en espesas troneras asistia.

Estaba el uno cerca del asiento
adonde era la fiesta celebrada,
y el Araucano exército contento
mostrando no tener al mundo en nada,
que con discurso vano y movimiento
queria llevarlo todo á pura espada;
pero Caupolicán mas cuerdamente
trataba del remedio conveniente.

Habia entre ellos algunas opiniones
de cercar el castillo mas vecino:
otros, que con formados esquadrones
á Penco enderezasen el camino:
dadas de cada parte sus razones
Caupolicán en nada desto vino;
ántes al pabellon se retiraba,
y á los ochenta bárbaros llamaba.

Para entrar el castillo fácilmente
les da industria y manera disfrazada
con expresa instruccion, que plaza y gente
metan á fuego y á rigor de espada;
porque él luego tras ellos diligente
ocupará los pasos y la entrada:
despues de haberlos bien amonestado
pusiéron en efecto lo tratado.

Era en aquella plaza y edificio
la entrada á los de Arauco defendida,
salvo los necesarios al servicio
de la gente Española estatuida
á la defensa della, y exercicio
de la fiera Belona embravecida;
y así los cautos bárbaros soldados
de feno, yerba y leña iban cargados.

Sordos á las demandas y preguntas
siguen su intento y el camino usado,
las cargas en hilera y órden juntas,
habiendo entre los haces sepultado
hastas fornidas de ferradas puntas;
y así contra el castillo descuidado
del encubierto engaño caminaban,
y en los vedados límites entraban.

El puente, muro y puerta atravesando
miserables, los gestos afligidos,
algunos de cansados cojeando,
mostrándose marchitos y encogidos;
pero dentro las cargas desatando,
arrebatan las armas atrevidos
con amenaza, orgullo y confianza
de la esperada y subita venganza.

Los fuertes Españoles salteados
viendo la ayrada muerte tan vecina,
corren presto á las armas alterados
de la extraña cautela repentina:
y á vencer ó morir determinados,
qual con celada, qual con coracina,
salen á resistir la furia insana
de la brava y audaz gente Araucana.

Asáltanse con ímpetu furioso,
suenan los hierros de una y otra parte:
allí muestra su fuerza el sanguinoso
y mas que nunca embravecido Marte:
de vencer cada uno deseoso
buscaba nuevo modo, industria y arte
de encaminar el golpe de la espada
por do diese á la muerte franca entrada.

La saña y el corage se renueva
con la sangre que saca el hierro duro:
ya la Española gente á la India lleva
á dar de las espaldas en el muro:
ya el infiel esquadron con fuerza nueva
cobra el perdido campo mal seguro,
que estaba de los golpes esforzados
cubierto de armas, y ellos desarmados.

Viendose en tanto estrecho los Christianos
de temor y vergüenza constreñidos,
las espadas aprietan en las manos
en ira enveltos y en furor metidos:
cargan sobre los fieros Araucanos
por el ímpetu nuevo enflaquecidos:
entran en ellos, hieren y derriban,
y á muchos de cuidado y vida privan.

Siempre los Españoles mejoraban
haciendo fiero estrago y tan sangriento
en los osados Indios, que pagaban
el poco seso y mucho atrevimiento:
casi defensa en ellos no hallaban:
pierden la plaza y cobran escarmiento:
alfin de tal manera los tratáron
que fuera de los muros los lanzáron.

Apénas Cayeguán y Talcaguano
salian, quando con paso apresurado
asomó el esquadron Caupolicáno
teniendo el hecho ya por acabado;
mas viendo el esperado efecto vano,
y el puente del castillo levantado,
pone cerco sobre él con juramento
de no dexarle piedra en el cimiento.

Sintiendo un Español mozo que habia
demasiado temor en nuestra gente,
mas de temeridad que de osadía
cala sin miedo y sin ayuda el puente;
y puesto en medio dél alto decia:
Salga adelante, salga el mas valiente:
uno por uno á treinta desafio,
y á mil no negaré este cuerpo mio.

No tan presto las fieras acudiéron
al bramar de la res desamparada,
que de léjos sin órden conociéron
del pueblo y moradores apartada,
como los Araucanos quando oyéron
del valiente Español la voz osada,
partiendo mas de ciento presurosos
del lance y cierta presa codiciosos.

No porque tantos vengan temor tiene
el gallardo Español, ni esto le espanta;
ántes al esquadron que espeso viene
por mejor recibirle se adelanta:
el curso enfrena, el ímpetu detiene
de los fieros contrarios, que con tanta
furia se arroja entre ellos sin recelo,
que rodáron algunos por el suelo.

De dos golpes á dos tendió por tierra,
la espada revolviendo á todos lados:
aquí esparce una junta, y allí cierra
adonde ve los mas amontonados:
igual andaba la desigual guerra,
quando los Españoles bien armados
abriendo con presteza un gran postigo
salen á la defensa del amigo.

Acuden los contrarios de otra parte,
y en medio de aquel campo y ancho llano
al exercicio del sangriento Marte
viene el bando Español y el Araucano:
la primera batalla se desparte,
que era de ciento á un solo Castellano:
vuelven el crudo hierro no teñido
contra los que del fuerte habian salido,

Arrójanse con furia no dudando,
en las agudas armas por juntarse;
y con las duras puntas van tentando
las partes por do mas puede dañarse:
qual los Cyclopes suelen martillando
en las Vulcanas yunques fatigarse,
así martillan, baten y cercenan,
y las cavernas cóncavas atruenan.

Andaba la vitoria así igualmente;
mas gran ventaja y difencia habia
en el número y copia de la gente,
aunque el valor de España lo suplia;
pero el soberbio bárbaro impaciente
viendo que un nuestro á ciento resistia,
con diabólica furia y movimiento
arranca á los Christianos del asiento.

Los Españoles sin poder sufrillo
dexan el campo, y de tropel corriendo
se lanzan por las puertas del castillo,
al bárbaro la entrada resistiendo:
levan el puente, calan el rastrillo,
reparos y defensas previniendo:
suben tiros y fuegos á lo alto,
temiendo el enemigo y fiero asalto.

Pero viendo ser todo perdimiento,
y aprovecharles poco ó casi nada,
de voto y de comun consentimiento
su clara destruicion considerada,
acuerdan de dexar el fuerte asiento;
y así en la escura noche deseada
quando se muestra el mundo mas quieto
la partida pusiéron en efeto.

A punto estaban y á caballo , quando
abren las puertas derribando el puente;
y á los prestos caballos aguijando
el esquadron envisten de la frente:
rompen por él , hiriendo y tropellando,
y sin hombre perder dichosamente
arriban á Purén , plaza segura,
cubiertos de la noche y sombra escura.

Miéntras esto en Arauco sucedia,
en el pueblo de Penco mas vecino
que á la sazon en Chile florecia,
fértil de ricas minas de oro fino,
el Capitan Valdivia residia,
donde la nueva por el ayre vino
que afirmaba con término asignado
la alteracion y junta del Estado.

El comun siempre amigo de ruido
la libertad y guerra deseando,
por su parte alterado y removido
se va con este son desentonando:
al servicio no acude prometido
sacudiendo la carga , y levantando
la soberbia cerviz desvergonzada,
negando la obediencia á Cárlos dada.

Valdivia perezoso y negligente,
incrédulo , remiso y descuidado
hizo en la Concepcion copia de gente
mas que en ella , en su dicha confiado:
el qual si fuera un poco diligente,
hallára en pie el castillo arruinado,
con soldados , con armas , municiones,
seis piezas de campaña y dos cañones.

Tenia con la Imperial concierto hecho,
que alguna gente armada le enviase,
la qual á Tucapél fuese derecho,
donde con él á tiempo se juntase:
resoluto de hacer allí de hecho
un exemplar castigo que sonase
en todos los confines de la tierra,
porque jamás moviesen otra guerra.

Pero dexó el camino provechoso,
y descuidado dél torció la via,
metiéndose por otro codicioso,
que era donde una mina de oro habia:
y de ver el tributo y don hermoso
que de sus ricas venas ofrecia
paró de la codicia embarazado,
cortando el hilo próspero del hado.

A partir, como dixe ántes, llegaba
al concierto en el tiempo prometido;
mas el metal goloso que sacaba
le tuvo á tal sazon embebecido:
despues salió de allí, y se apresuraba
quando fuera mejor no haber salido:
quiero dar fin al canto, porque pueda
decir de la codicia lo que queda.

CANTO III.

Valdivia con pocos Españoles y algunos Indios amigos camina á la casa de Tucapél para hacer el castigo. Mátanle los Araucanos los corredores en el camino en un paso estrecho, y danle despues la batalla, en la qual fué muerto él y toda su gente por el gran esfuerzo y valentía de Lautaro.

O incurable mal, ó gran fatiga,
con tanta diligencia alimentada,
vicio comun y pegajosa liga,
voluntad sin razon desenfrenada,
del provecho y bien público enemiga,
sedienta bestia, hidrópica, hinchada,
principio y fin de todos nuestros males,
ó insaciable codicia de mortales!

No en el pomposo estado á los señores
contentos en el alto asiento vemos,
ni á pobrecillos baxos labradores
libres desta dolencia conocemos;
ni el deseo y ambicion de ser mayores
que tenga fin y límite sabemos:
el fausto, la riqueza, y el estado
hincha, pero no harta al mas templado.

A Valdivia mirad de pobre infante
si era poco el estado que tenia,
cincuenta mil vasallos que delante
le ofrecen doce marcos de oro al dia:
esto y aun mucho mas no era bastante,
y así la hambre allí lo detenia:
codicia fué ocasion de tanta guerra,
y perdicion total de aquesta tierra.

Esta fué quien halló los apartados
Indios de las Antárticas regiones:
por ésta eran sin órden trabajados
con dura imposicion y vexaciones;
pero rotas las cinchas de apretados
buscáron modo y nuevas invenciones
de libertad con áspera venganza,
levantando el trabajo la esperanza.

Quan cierto es, como claro conocemos,
que al doliente en salud consejo damos,
y aprovecharnos dellos no sabemos,
pero de predicarlos nos preciamos.
Quando en la sosegada paz nos vemos,
qué bien la dura guerra platicamos!
qué bien damos consejos y razones
léjos de los peligros y ocasiones!

Cómo de los que yerran abominan
los que estan libres en seguro puerto!
qué bien de allí las cosas encaminan
y dan en todo un medio y buen concierto!
con qué facilidad se determinan
visto el suceso y daño descubierto!
Dios sabe aquel que á la derecha via
metido en la ocasion acertaria.

Valdivia iba siguiendo su jornada
y el duro disponer del hado duro,
no con la furia y priesa acostumbrada
presagio y con temor del mal futuro:
sospechoso de bárbara emboscada,
por hacer el camino mas seguro,
echó algunos delante para prueba;
pero jamás volviéron con la nueva.

Viendo los nuestros ya que al plazo puesto
los tardos corredores no volvian,
unos juzgan el daño manifiesto,
otros impedimentos les ponian:
hubo consejo y parecer sobre esto,
alcabo en caminar se resolvian
ofreciéndose todos á una suerte,
á un mismo caso, y á una misma muerte.

Aunque el temor allí tras esto vino,
en sus valientes brazos se atreviéron,
y á su próspera suerte y buen destino
el dudoso suceso cometiéron:
no dos leguas andadas del camino
las amigas cabezas conociéron
de los sangrientos cuerpos apartadas,
y en empinados palos levantadas.

No el horrendo espectáculo presente
causó en los firmes ánimos mudanza,
ántes con ira y cólera impaciente
se encienden mas sedientos de venganza:
y de rabia incitados nuevamente
maldicen y murmuran la tardanza:
solo Valdivia calla y teme al punto;
pero rompió el silencio y pena junto.

Diciendo: " ¡O compañeros, do se encierra
,, todo esfuerzo, valor y entendimiento!
,, ya veis la desvergüenza de la tierra
,, que en nuestro daño da vandera al viento:
,, veis quebrada la fe, rota la guerra,
,, los pactos van del todo en rompimiento:
,, siento la áspera trompa en el oido,
,, y veo un fuego diabólico encendido.
,, Bien conoceis la fuerza del Estado,
,, con tanto daño nuestro autorizada:
,, mirad lo que fortuna os ha ayudado,
,, guiando con su mano vuestra espada:
,, el trabajo y la sangre que ha costado,
,, que della está la tierra alimentada;
,, y pues tenemos tiempo y aparejo,
,, será bueno tomar nuevo consejo.
,, Quién estos son tendreis en la memoria
,, pues hay tanta razon de conocellos;
,, que si dellos no hubiésemos vitoria,
,, y en campo no pudiésemos vencellos,
,, será tal su arrogancia y vanagloria
,, que el mundo no podrá despues con ellos:
,, dudoso estoy, no sé, no sé que haga
,, que á nuestro honor y causa satisfaga."
La poca edad y ménos experiencia
de los mozos livianos que allí habia,
descubrió con la usada inadvertencia
á tal tiempo su necia valentía,
diciendo: " O Capitan, danos licencia,
,, que solos diez sin otra compañía
,, el bando asolarémos Araucano,
,, y harémos el camino y paso llano.

,, Lo que jamás hicimos en estrecho
,, no es bien por nuestro honor que lo hagamos;
,, pues es cierto que quanto habemos hecho
,, volviendo atrás un paso lo manchamos:
,, mostremos al peligro osado pecho,
,, que en él está la gloria que buscamos."
Valdivia de la réplica sentido
enmudeció de rabia y de corrido.

O Valdivia, varon acreditado,
quánto la verde plática sentiste!
no solias tu temer como soldado,
mas de buen Capitan ahora temiste:
vas á precisa muerte condenado,
que como diestro y sabio la entendiste;
pero quieres perder ántes la vida,
que sea en tí una flaqueza conocida.

En esto acaso llega un Indio amigo,
y á sus pies en voz alta arrodillado
le dice: "O Capitan! mira que digo
,, que no pases el término vedado:
,, veinte mil conjurados, yo testigo,
,, en Tucapél te esperan, protestado
,, de pasar sin temor la muerte honrosa
,, ántes que vivir vida vergonzosa."

Alguna turbacion dió de repente
lo que el amigo bárbaro propuso,
discurre un miedo helado por la gente,
la triste muerte en medio se les puso;
pero el Gobernador osadamente,
que tambien hasta allí estuvo confuso,
les dice: "Caballeros: ¿qué dudamos?
,, ¿sin ver los enemigos nos turbamos?

Al caballo con ánimo hiriendo
sin mas les persuadir rompe la via,
de los miembros el miedo sacudiendo
le sigue la esforzada compañía:
y en breve espacio el valle descubriendo
de Tucapél , bien léjos parecia
el muro ántes vistoso levantado
por los anchos cimientos asolado.

Valdivia aquí paró y dixo : "O constante
,, Española nacion de confianza!
,, por tierra está el castillo tan pujante,
,, que en él solo estrivaba mi esperanza:
,, el pérfido enemigo veis delante,
,, ya os amenaza la contraria lanza;
,, en esto mas no tengo que avisaros,
,, pues solo el pelear puede salvaros."

Estaba como digo así hablando
que aun no acababa bien estas razones,
quando por todas partes rodeando
los iban con espesos esquadrones
las hastas de anchos hierros blandeando,
gritando : "engañadores y ladrones,
,, la tierra dexareis hoy con la vida
,, pagándonos la deuda tan debida."

Viendo Valdivia serle ya forzoso
que la fuerza y fortuna se probase,
mandó que al esquadrôn ménos copioso
y mas vecino , afin que no cerrase,
saliese Bovadilla, el qual furioso,
sin que Valdivia mas le amonestase,
con poca gente y con esfuerzo grande
asalta el esquadron de Mareande.

La piqueria del bárbaro calada
á los pocos soldados atendia;
pero al tiempo del golpe levantada
abriendo un gran portillo se desvia:
dales sin resistir franca la entrada,
y en medio el esquadron los recogia,
las hileras abiertas se cerráron,
y dentro á los Christianos sepultáron.

Como el cayman hambriento quando siente
el esquadron de peces, que cortando
viene con gran bullicio la corriente
el agua clara entorno alborotando;
que abriendo la gran boca cautamente
recoge allí el pescado, y apretando
las cóncavas quixadas lo deshace,
y al insaciable vientre satisface.

Pues de aquella manera recogido
fué el pequeño esquadron del homicida,
y en un espacio breve consumido
sin escapar Christiano con la vida.
Ya el Araucano exército movido
por la ronca trompeta obedecida,
con gran estruendo y pasos ordenados
cerraba sin temor por todos lados.

La esquadra de Mereande encarnizada
tendia el paso con mas atrevimiento:
viéndola así Valdivia adelantada,
no escarmentando manda á su Sargento
que escogiendo la gente mas granada
dé sobre ella con recio movimiento;
pero diez Españoles solamente
pusiéron á la muerte osada frente.

Contra el esquadron bárbaro importuno
ir se dexan sin miedo á rienda floxa,
y en el encuentro de los diez ninguno
dexó allí de sacar la lanza roxa:
desocupó la silla solo uno,
que con la vasca y última congoxa
de la rabiosa muerte el pecho abierto
sobre la llaga en tierra cayó muerto.

Y los nueve despues tambien cayéron
haciendo tales hechos señalados,
que digna y justamente mereciéron,
ser de la eterna fama levantados:
hechos pedazos todos diez muriéron
quedando de su muerte ántes vengados.
En esto la Española trompa oida
dió la postrer señal de arremetida.

Salen los Españoles de tal suerte,
los dientes y las lanzas apretando,
que de quatro esquadrones al mas fuerte
le van un largo trecho retirando:
hieren, dañan, tropellan, dan la muerte,
piernas, brazos, cabezas cercenando:
los bárbaros por esto no se admiran,
ántes cobran el campo y los retiran.

Sobre la vida y muerte se contiende,
perdone Dios á aquel que allí cayere,
del un bando y del otro así se ofende,
que de ambas partes mucha gente muere:
bien se estima la plaza y se defiende,
volver un paso atrás ninguno quiere,
cubre la roxa sangre todo el prado
tornándole de verde colorado.

Del rigor de las armas homicidas
los templados arneses reteñian,
y las vivas entrañas escondidas
con carniceros golpes descubrian:
cabezas de los cuerpos divididas
que aun el vital espíritu tenian,
por el sangriento campo iban rodando,
vueltos los ojos ya paladeando.

El enemigo hierro riguroso
todo en color de sangre lo convierte,
siempre el acometer es mas furioso;
pero ya el combatir es ménos fuerte:
ninguno allí pretende otro reposo
que el último reposo de la muerte,
el mas medroso atiende con cuidado
á solo procurar morir vengado.

La rabia de la muerte y fin presente
crió en los nuestros fuerza tan estraña,
que con deshonra y daño de la gente
pierden los Araucanos la campaña:
alfin dan las espaldas claramente,
suenan voces : vitoria , España , España;
mas el incontrastable y duro hado
dió un estraño principio á lo ordenado.

Un hijo de un Cacique conocido
que á Valdivia de page le servia,
acariciado dél y favorido
en su servicio á la sazon venia:
del amor de su patria comovido
viendo que á mas andar se retraía,
comienza á grandes voces á animarla
y con tales razones á incitarla.

" O ciega gente del temor guiada!
,, ¿á do volveis los temerosos pechos?
,, que la fama en mil años alcanzada
,, aquí perece y todos vuestros hechos.
,, La fuerza pierden hoy jamás violada
,, vuestras leyes, los fueros y derechos:
,, de señores, de libres, de temidos,
,, quedais siervos, sujetos y abatidos.

,, Manchais la clara estirpe y decendencia,
,, y enxeris en el tronco generoso
,, una incurable plaga, una dolencia,
,, un deshonor perpetuo ignominioso:
,, mirad de los contrarios la impotencia,
,, la falta del aliento, y el fogoso
,, latir de los caballos las hijadas
,, llenas de sangre y de sudor bañadas.

,, No os desnudeis del hábito y costumbre
,, que de nuestros abuelos mantenemos,
,, ni el Araucano nombre de la cumbre
,, á estado tan infame derribemos:
,, huid el grave yugo y servidumbre,
,, al duro hierro osado pecho demos:
,, ¿por qué mostrais espaldas esforzadas
,, que son de los peligros reservadas?

,, Fijad esto que digo en la memoria,
,, que el ciego y torpe miedo os va turbando,
,, dexad de vos al mundo eterna historia,
,, vuestra sujeta patria libertando:
,, volved, no rehuseis tan gran vitoria,
,, que os está el hado próspero llamando:
,, aloménos fijad el pie ligero,
,, vereis como en defensa vuestra muero."

En esto una nervosa y gruesa lanza
contra Valdivia su señor blandia,
dando de sí gran muestra y esperanza,
por mas los persuadir arremetia;
y entre el hierro Español así se lanza,
como con gran calor en agua fria
se arroja el ciervo en el caliente estío
para templar el sol con algun frio.

De solo el primer bote uno atraviesa,
otro apunta por medio del costado,
y aunque la dura lanza era muy gruesa,
salió el hierro sangriento al otro lado:
saltá, vuelve, revuelve con gran priesa,
y barrenando el muslo á otro soldado,
en el la fuerte pica fué rompida,
quedando un grueso trozo en la herida.

Rota la fiera hasta luego afierra
del suelo una pesada y dura maza;
mata, hiere, destronca, y echa á tierra,
haciendo en breve espacio larga plaza:
en él se resumió toda la guerra,
cesa el alcançe y dan en él la caza;
mas él aquí y allí va tan liviano
que hieren por herirle el ayre vano.

¿De quién prueba se oyó tan espantosa,
ni en antigua escritura se ha leido,
que estando de la parte vitoriosa
se pase á la contraria del vencido?
¿y que solo valor y no otra cosa
de un bárbaro muchacho haya podido
arrebatar por fuerza á los Christianos
una tan gran vitoria de las manos?

No los dos Publios Decios que las vidas
sacrificáron por la patria amada,
ni Curcio, Horacio, Scevola, y Leonidas,
diéron muestra de sí tan señalada:
ni aquellos que en las guerras tan reñidas
alcanzáron gran fama por la espada,
Furio, Marcelo, Fulvio, Cincinato,
Marco Sergio, Filon, Sceva, y Dentato.

¿Decidme estos famosos qué hiciéron
que al hecho deste bárbaro igual fuese?
qué empresa, ó qué batalla acometiéron
que aloménos en duda no estuviese?
á qué riesgo y peligro se pusiéron
que la sed del reynar no les moviese?
y de intereses grandes insistidos
que á los tímidos hacen atrevidos?

Muchos emprenden hechos hazañosos,
y se ofrecen con ánimo á la muerte,
de fama y vanagloria codiciosos,
que no saben sufrir un golpe fuerte:
mostrándose constantes y animosos
hasta que ven ya declinar su suerte,
faltándoles valor y esfuerzo á una,
roto el crédito frágil de fortuna.

Este el decreto y la fatal sentencia
encontra de su patria declarada
turbó y reduxo á nueva diferencia,
y aifin bastó á que fuese revocada:
hizo á fortuna y hados resistencia,
forzó su voluntad determinada,
y contrastó el furor del vitorioso
sacando vencedor al temeroso.

Estaba el suelo de armas ocupado
y el desigual combate mas revuelto,
quando Caupolicáno reportado
á las amigas voces habia vuelto:
tambien habian sus gentes reparado
con vergonzoso ardor en ira envuelto
de ver que un solo mozo resistia
á lo que tanta gente no podia.

Qual suele acontecer á los de honrosos
ánimos de repente inadvertidos,
ó quando en los lugares sospechosos
piensan otros que van desconocidos,
que en pendencias y encuentros peligrosos
huyen; pero si ven que conocidos
fuéron de quien los sigue, avergonzados
vuelven furiosos del honor forzados.

Así los Araucanos revolviendo
contra los vencedores arremeten,
y las rendidas armas esgrimiendo
á voces de morir todos prometen;
teme y gime la tierra del horrendo
furor con que ambas partes se acometen,
derramando con rabia y fuerza brava
aquella poca sangre que quedaba.

Diego Oro allí derriba á Paynaguála
que de una punta le atraviesa el pecho;
pero Caupolicáno le señala,
dexándole gozar poco del hecho:
al sesgo la ferrada maza cala,
aunque el furioso golpe fué al derecho,
pues quedó por dedentro la celada
de los bullentes sesos rociada.

Trás este otro tendió desfigurado
tanto que nunca mas fué conocido,
que la armada cabeza y todo el lado
donde el golpe alcanzó, quedó molido:
Valdivia con Ongólmo se ha topado,
y hanse el uno y el otro acometido,
hiere Valdivia á Ongólmo en una mano
haciendo el Araucano el golpe en vano.

Pasa recio Valdivia y va furioso,
que con Ongólmo mas no se detiene,
y adonde Leucoton mozo animoso
estaba en una gran pendencia viene,
que contra Juan de Lamas y Reynoso
solo su parte y opinion mantiene,
el qual con su destreza y mucho seso
la guerra sustentaba en igual peso.

Partióse esta batalla, porque quando
Valdivia llegó adonde combatia,
parte acudió del Araucano bando
que en su ayuda y defensa se metia:
fuese el daño y destrozo renovando,
de un cabo y de otro gente concurria,
sube el alto rumor á las estrellas
sacando de los hierros mil centellas.

Gran rato anduvo en término dudoso
la confusa vitoria desta guerra,
lleno el ayre de estruendo sonoroso,
roja de sangre y húmeda la tierra:
quien busca y solo quiere un fin honroso,
quien á los brazos con el otro cierra,
y por darse mas presto cruda muerte
tienta con el puñal lo ménos fuerte.

A Juan de Gudiel no le fué sano
el tenerse en la lucha por maestro,
porque sin tiempo y con esfuerzó vano
cerró con Guaricól no ménos diestro;
y en aquella sazon Purén su hermano
que estaba cerca dél, en el siniestro
lado le abrió con daga una herida
por do la muerte entró y salió la vida.

Andres de Villarroel ya enflaquecido
por la falta de sangre derramada
andaba entre los bárbaros metido,
procurando la muerte mas honrrada:
tambien Juan de las Peñas mal herido
rompiendo por la espesa gente armada
se puso junto dél; y así la suerte
los hizo á un tiempo iguales en la muerte.

Era la diferencia incomparable
del número infiel al bautizado,
es el un esquadron inumerable,
el otro hasta sesenta numerado:
ya la incierta fortuna variable
que dudosa hasta entónces habia estado,
aprobó la maldad y dió por justa
la causa y opinion hasta allí injusta.

Dos mil amigos bárbaros soldados
que el bando de Valdivia sustentaban
en el flechar del arco exercitados
el sangriento destrozo acrecentaban;
derramando mas sangre y esforzados
en la muerte tambien acompañaban
á la Española gente no vencida
en quanto sustentar pudo la vida.

Quando de aqueste y quando de aquel canto
mostraba el buen Valdivia esfuerzo y arte,
haciendo por la espada todo quanto
pudiera hacer el poderoso Marte:
no basta á reparar él solo tanto,
que falta de los suyos la mas parte:
los otros aunque ven su fin tan cierto
ningun medio pretenden ni concierto.

De dos en dos , de tres en tres cayendo
iba la desangrada y poca gente,
siempre el ímpetu bárbaro creciendo
con el ya declarado fin presente:
fuese el número flaco resumiendo
en catorce soldados solamente,
que constantes rendir no se quisiéron
hasta que al crudo hierro se rindiéron.

Solo quedó Valdivia acompañado
de un clérigo que acaso allí venia,
y viendo así su campo destrozado,
el mal remedio y poca compañia,
dixo : pues pelear es escusado,
procuremos vivir por otra via:
pica en esto al caballo á toda prisa,
tras él corriendo el clérigo de Misa.

Qual suelen escapar de los monteros
dos grandes javalís fieros cerdosos
seguidos de solicitos rastreros
de la campestre sangre codiciosos,
y salen en su alcance los ligeros
lebreles Irlandeses generosos;
con no menor codicia y pies livianos
arrancan tras los míseros Christianos.

Tal tempestad de tiros, señor, lanzan
qual el turbion que granizando viene:
enfin á poco trecho los alcanzan
que un paso cenagoso los detiene;
los bárbaros sobre ellos se abalanzan,
por valiente el postrero no se tiene:
murió el clérigo luego, y maltratado
truxéron á Valdivia ante el Senado.

Caupolicán gozoso en verle vivo
y en el estado y término presente,
con voz de vencedor y gesto altivo
le amenaza y pregunta juntamente:
Valdivia como misero cautivo
responde, y pide humilde y obediente
que no le dé la muerte, y que le jura
dexar libre la tierra en paz segura.

Cuentan que estuvo de tomar movido
del contrito Valdivia aquel consejo;
mas un pariente suyo empedernido
á quien él respetaba por ser viejo,
le dice: ¿por dar crédito á un rendido
quieres perder tal tiempo y aparejo?
y apuntando á Vadivia en el celebro
descarga un gran baston de duro enebro.

Como el dañoso toro que apremiado
con fuerte amarra al palo está bramando
de la tímida gente rodeado,
que con admiracion le está mirando:
y el diestro carnicero exercitado
el grave y duro mazo levantando,
recio al cogote cóncavo deciende,
y muerto estremeciéndose le tiende.

Así el determinado viejo cano
que á Valdivia escuchaba con mal ceño,
ayudándose de una y otra mano,
en alto levantó el ferrado leño:
no hizo el crudo viejo golpe en vano
que á Valdivia entregó al eterno sueño,
y en el suelo con súbita caida
estremeciendo el cuerpo dió la vida.

Llamábase este bárbaro Leocato,
y el gran Caupolicán dello enojado
quiso enmendar el libre desacato;
pero fué del exército rogado:
salió el viejo de aquello alfin barato,
y el destrozo del todo fué acabado;
que no escapó Christiano desta prueba
para poder llevar la triste nueva.

Dos bárbaros quedáron con la vida
solos de los tres mil, que como viéron
la gente nuestra rota y de vencida,
en un jaral espeso se escondiéron:
de alli viéron el fin de la reñida
guerra y puestos en salvo lo dixéron,
que como las estrellas se mostráron,
sin ser de nadie vistos se escapáron.

La escura noche en esto se subia
á mas andar á la mitad del cielo,
y con las alas lóbregas cubria
el orbe y redondez del ancho suelo:
quando la vencedora compañía
arrimadas las armas sin recelo
danzas en anchos cercos ordenaban,
donde la gran vitoria celebraban.

Fué la nueva en un punto discurriendo
por todo el Araucano regimiento,
y ántes que el sol se fuese descubriendo
el campo se cubrió de bastimento:
gran multitud de gente concurriendo
se forma un general ayuntamiento
de mozos, viejos, niños y mugeres
partícipes en todos los placeres.

Quando la luz las aves anunciaban
y alegres sus cantares repetian,
un sitio de altos árboles cercaban
que una espaciosa plaza contenian,
y en ellos las cabezas empalaban
que de Españoles cuerpos dividian,
los troncos de su rama despojados
eran de los despojos adornados.

Y dentro de aquel círculo y asiento
cercado de una amena y gran floresta
en memoria y honor del vencimiento
celebran de beber la alegre fiesta:
el vino así aumentó el atrevimiento
que España en gran peligro estaba puesta;
pues que promete el mínimo soldado
de no dexar cimiento levantado.

Era állí la opinion generalmente
que sin tardar doblando las jornadas,
partiese un grueso número de gente
á dar en las ciudades descuidadas,
que tomadas de salto y de repente
serian con solo el miedo arruinadas,
y la patria en su honor restituida
no dexando Christiano con la vida.

Y dado órden bastante y esto hecho,
para acabar de executar su saña
con gran poder y exército de hecho
querian pasar la vuelta de la España:
pensándola poner en tanto estrecho
por fuerza de armas puestos en campaña
que fuesen cultivadas las Ibéras
tierras de las naciones estrangeras.

El hijo de Leocáno bien entiende
el vano intento y quiere desviarlo,
que como diestro y sabio otro pretende,
y por mejor camino enderezarlo:
el tiempo espera y la sazon atiende
que estén mejor dispuestos á tratarlo:
la fiesta era acabada y borrachera,
quando á todos los habla en tal manera.

" Ménos que vos, Señores, no pretendo
,, la dulce libertad tan estimada,
,, ni que sea nuestra patria yo defiendo
,, en el sublime trono restaurada;
,, mas hase de atender á que pudiendo
,, ganar, no se aventure perder nada;
,, y así con este zelo y fin procuro
,, no poner en peligro lo seguro.

,, Tomad con discrecion los pareceres
,, que van á la razon mas arrimados,
,, pues cobrar vuestros hijos y mugeres
,, está en ir los principios acertados:
,, vuestra fama, el honor, tierra y haberes
,, á punto estan de ser recuperados,
,, que el tiempo que es el padre del consejo
,, en las manos nos pone el aparejo.

,, A Valdivia y los suyos habeis muerto
,, y una importante plaza destruido,
,, venir á la venganza será cierto
,, luego que en las ciudades sea sabido:
,, demos al enemigo el paso abierto,
,, esto asegura mas nuestro partido:
,, vengan, vengan con furia á rienda suelta;
,, que dificil será despues la vuelta.
,, La vitoria tenemos en las manos,
,, y pasos en la tierra mil seguros
,, de ciénagas, lagunas y pantanos,
,, espesos montes, ásperos y duros:
,, mejor pelean aquí los Araucanos,
,, Españoles mejor dentro en sus muros;
,, qualquier hombre en su casa acometido
,, es mas sabio, mas fuerte y atrevido.
,, Esto os vengo á decir, porque se entienda
,, quanto con mas seguro acertaremos
,, para poder tomar la justa enmienda,
,, que en sitios escogidos esperemos:
,, donde no habrá en el mundo quien defienda
,, la razon y derecho que tenemos;
,, quando temor tuviesen de buscarnos
,, á sus casas iremos á alojarnos."
Con atencion de todos escuchada
fué la oracion que el General hacia,
siendo de los mas dellos aprobada
por ver que á su remedio convenia:
la gente ya del todo sosegada
Caupolicán al jóven se volvia,
por quien fué la vitoria ya perdida
con milagrosa prueba conseguida.

Por darle mas favor le tenia asido
con la siniestra de la diestra mano,
diciendole: "O varon que has estendido
,, el claro nombre y límite Araucano!
,, por tí ha sido el Estado redimido,
,, tú le sacaste del poder tirano,
,, á tí solo se debe esta vitoria,
,, digna de premio y de inmortal memoria.

,, Y señores, pues es tan manifiesto
(esto dixo volviéndose al Senado)
,, el punto en que Lautaro nos ha puesto
(que así el valiente mozo era llamado)
,, yo por remuneralle en algo desto
,, con vuestra autoridad que me habeis dado
,, por paga, aunque á tal deuda insuficiente,
,, le hago Capitan y mi Teniente.

,, Con la gente de guerra que escogiere,
,, pues que ya de sus obras sois testigos,
,, en el sitio que mas le pareciere
,, se ponga á recibir los enemigos,
,, adonde hasta que vengan los espere;
,, porque yo con la resta y mis amigos
,, ocuparé la entrada de Elicúra,
,, aguardando la misma coyuntura."

Del grato mozo el cargo fué acetado
con el favor que el General le daba:
aprobólo el comun aficionado,
si á alguno le pesó no lo mostraba:
y por el órden y uso acostumbrado
el gran Caupolicán le trasquilaba,
dexándole el copete en trenza largo,
insignia verdadera de aquel cargo.

Fué Lautaro industrioso, sabio, presto,
de gran consejo, término y cordura,
manso de condicion, y hermoso gesto,
ni grande, ni pequeño de estatura:
el ánimo en las cosas grandes puesto,
de fuerte travazon y compostura,
duros los miembros, recios y nerviosos,
anchas espaldas, pechos espaciosos.

Por él las fiestas fuéron alargadas,
exercitando siempre nuevos juegos
de saltos, luchas, pruebas nunca usadas,
danzas de noche entorno de los fuegos:
habia precios y joyas señaladas,
que nunca los Troyanos, ni los Griegos,
quando los juegos mas continuáron,
tan ricas y estimadas las sacáron.

Llegó á Caupolicán estando en esto
un bárbaro turbado sin aliento,
perdida la color, mudado el gesto,
cubierto de sudor y polvoriento,
diciendole: "Señor socorre presto,
,, tu campo es roto, y cierto el perdimento,
,, que la gente que estaba en la emboscada
,, es muerta la mas bella y destrozada.

,, Por tierra de Elicúra son baxados
,, catorce valentísimos guerreros,
,, de corazas finísimas armados
,, sobre caballos prestos y ligeros:
,, por estos solos son desbaratados
,, dos esquadones tuyos de piqueros,
,, y visto el gran estrago al improviso
,, partí corriendo á darte dello aviso."

Caupolicán con muestra no alterada
hizo que del temor se asegurase,
diciendo que tan poca gente armada
alcabo era imposible que escapase:
y con la diligencia acostumbrada
mandó al nuevo Teniente que guiase
con la mas presta gente por la via,
que luego con el resto le seguia.

Lautáro en lo aceptar no perezoso,
escogiendo una esquadra suficiente,
marcha con tanta prisa codicioso
de ganar opinion entre la gente.
Mas de Marte el estruendo sonoroso
me llama, que me tardo injustamente:
de los catorce es tiempo que se trate,
y del sangriento y áspero combate.

Estiéndase su fama y sea notoria,
pues que tanto su espada resplandece,
y dellos se eternice la memoria,
si valor en las armas lo merece:
testimonio dará dello la historia;
pero acabar el Canto me parece,
que á decir tan gran cosa no me atrevo,
sino es con nuevo aliento y Canto nuevo.

CANTO IV.

Vienen catorce Españoles por concierto á juntarse con Valdivia en la Fuerza de Tucapel: hallan los Indios en una emboscada, con los quales tuviéron un porfiado rencuentro: llega Lautáro con gente de refresco, mueren siete Españoles, y todos los amigos que llevaban: escápanse los otros por una gran ventura.

Quán buena es la justica y qué importante!
por ella son mil males atajados.
Que si el rebelde Arauco está pujante
con todos sus vecinos alterados,
y pasa su furor tan adelante,
fué por no ser á tiempo castigados:
la llaga que al principio no se cura
requiere alfin mas áspera la cura.

Que no es virtud; mas vicio y negligencia
quando de un daño otro mayor se espera
el no curar con hierro la dolencia,
si del mal lo requiere la manera;
mas no con tal rigor que la clemencia
pierda su fuerza y la virtud entera:
clemente es y piadoso el que sin miedo
por escapar el brazo corta el dedo.

No quiero yo decir que á cada paso
trayga el hierro en la mano la justicia,
sino segun la gravedad del caso
y la importancia y fin de la malicia:
pues vemos claro en el presente paso
que alcabo corrompida de avaricia
dió á la maldad lugar que se arraygase,
y en los ánimos mas se apoderase.

Mas no se ha de entender como el liviano
que se entrega al primero movimiento,
que por ser justiciero es inhumano,
y por alcanzar crédito es sangriento:
y como aquel que con injusta mano
sin término, sin causa y fundamento
por sola liviandad y vanagloria
quiere dexar de su maldad memoria.

No faltára materia y coyuntura
para mostrar la pluma aquí curiosa;
mas no quiero meterme en tal hondura,
que es cosa no importante y peligrosa:
el tiempo lo dirá, y no mi escritura,
que quizá la tendrán por sospechosa:
solo diré que es opinion de sabios
que adonde falta el Rey sobran agravios.

Pero á nuestro propósito tornando
dexaré de tratar de sinrazones,
que es trabajar en vano derramando
al viento en el desierto las razones:
de los nuestros diré que peleando
estaban con los fieros esquadrones
ganando fama y prez, honor y gloria,
haciendo cosas dignas de memoria.

Fué hecho tan notable que requiere
mucha atencion y autorizada pluma,
y así digo que aquel que le leyere
en que fué de los grandes se resuma:
diré quanto en mi estilo yo pudiere,
aunque toda será una breve suma,
y los nombres tambien de los soldados
que con razon merecen ser loados.

Almagro, Cortes, Córdova, Nereda,
Moran, Gonzalo, Hernandez, Maldonado,
Peñalosa, Vergara, Castañeda,
Diego García, Herrero el arriscado,
Pero Niño, Escalona, y otro queda,
con el qual es el número acabado:
Don Leonardo Manrique es el postrero,
igual en el valor siempre al primero.

Estos catorce son los que venian
á verse con Valdivia en el concierto,
que del pueblo Imperial partido habian
sin saber que Valdivia fuese muerto:
por la alta cuesta de Purén subian,
y en el mas alto asiento y descubierto
los caminos de rama ven sembrados,
señal de paga y junta de soldados.

Conocen que la tierra está alterada
y que de gentes hacen llamamiento,
no torciéron por esto la jornada,
ni les mudó el temor el firme intento:
la fresca y nueva Aurora colorada
daba con su venida gran contento,
y las sombras del Sol se retraían
quando el Lycureo valle descubrian.

Aquí estaban los Indios emboscados
esperando á los nuestros si viniesen
por cogerlos sin órden descuidados,
ántes que del peligro se advirtiesen;
de un bosque á mano hecho rodeados
para que mas cubiertos estuviesen,
hasta que inadvertidos del engaño
pudiesen á su salvo hacer el daño.

Los catorce Españoles abaxaban
por un repecho al valle enderezando,
donde ocultos los bárbaros estaban
cubiertos de los ramos aguardando:
los nuestros con el bosque aun no igualaban
quando los Indios súbito sonando
bárbaras trompas, roncos tamborinos,
los pasos ocupáron y caminos.

En cazador no entró tanta alegría,
quando mas sin pensar la liebre echada
de súbito por medio de la via
salta de entre los pies alborotada;
quanto causó la muestra y voceria
del vecino esquadron de la emboscada
á nuestros Españoles, que al instante
arrojan los caballos adelante.

En un punto los bárbaros formáron
de puntas de diamante una muralla;
pero los Españoles no paráron
hasta de parte á parte atravesalla:
hombres, picas y mazas tropelláron,
revuelven por dar fin á la batalla
con mas valor y esfuerzo que esperanza,
vista de los contrarios la pujanza.

De tres dos esquadrones desviados
el paso les cercáron y huida,
viéndose así de bárbaros cercados
piensan abrir por ellos la salida:
otra vez arremeten apiñados,
y aunque una esquadra dellos fué rompida,
volviéron á sus puestos recogidos,
quedando desta vuelta mal heridos.

Dos veces envistiéron desta suerte
las cerradas esquadras tropellando;
mas viéndose cercanos á la muerte
prosiguen su derrota, enderezando
al desolado sitio y Casafuerte,
á diestro y á siniestro derribando,
que los Indios entre ellos van mezclados,
hiriéndolos tambien por todos lados.

Estréchase el camino de Elicúra
por la pequeña falda de una sierra,
la causa y la razon desta angostura
es un lago que el valle abaxo cierra:
para los nuestros esto fué ventura,
pues siguen su jornada haciendo guerra,
que solo un Español que atras venia
la bárbara arrogancia resistia.

Ellos que iban así por una espesa
mata, al calar de un áspero collado
ven un Indio salir á toda priesa
el vestido y el rostro demudado,
el qual en el camino se atraviesa,
y del seno sacó un papel cerrado,
que Juan Gomez de Almagro el propio dia
dando aviso á Valdivia escrito habia.

El mismo mensagero ven lloroso
que dellos adelante habia partido,
de Valdivia el suceso lastimoso
les dixo y lo demas acontecido,
y que el castillo el bárbaro furioso
le habia por los cimientos destruido:
viendo el remedio y presupuesto vano
tomáron á la diestra un sitio llano.

Era el sitio de lo mas rodeado,
aunque por esta senda y paso abierto,
del Este, Norte, Oeste está abrigado,
y el Sur le hiere casi en descubierto:
por do seguido va el camino usado
de los ligeros bárbaros cubierto
en espaciosa hila prolongada,
sedientos de la sangre bautizada.

Tras los nuestros los bárbaros saliendo
en el llano asimismo reparáron,
y la gente esparcida recogiendo
dos gruesos esquadrones reformáron:
los catorce Españoles conociendo
que era mejor romper se aparejáron:
mueven los esquadrones concertados
por el fuerte Lincóya gobernados.

Con flautas, cuernos, roncos instrumentos,
alto estruendo, alaridos desdeñosos
salen los fieros bárbaros sangrientos
contra los Españoles valerosos,
que convertir esperan en lamentos
los arrogantes gritos orgullosos:
tanto el esfuerzo y ánimo les crece
que poca gente encontra les parece.

Aunque allí un Español disfigurado,
que yo no digo aquí qual dellos era,
dixo viendo tan poca gente al lado:
ó si nuestro esquadron de ciento fuera!
pero Gonzalo Hernandez animado
vuelto al cielo responde: á Dios pluguiera
fuéramos solos doce, y dos faltáran,
que doce de la fama nos llamáran.

Los caballos en esto apercibiendo
firmes y recogidos en las sillas
sueltan las riendas, y los pies batiendo
parten contra las bárbaras quadrillas:
las poderosas lanzas requiriendo,
afiladas en sangre las cuchillas,
llamando en alta voz á Dios del cielo
hacen gemir y retemblar el suelo.

Calan de fuerte fresno como vigas
los bárbaros las picas al momento,
de la suerte que suelen las espigas
derribarse al furor del recio viento:
no bastáron las armas enemigas
al ímpetu Español y movimiento;
que los nuestros rompiéron por un lado
dexando el esquadron aportillado.

A un tiempo los caballos volteando,
léjos las rotas lanzas arrojadas,
vuelven al enemigo y fiero vando
en alto ya desnudas las espadas:
otra vez arremeten, no bastando
infinidad de puntas enhastadas,
puestas encontra de la ayrada gente,
á que no se mezclasen igualmente.

Los unos que no saben ser vencidos,
los otros á vencer acostumbrados
son causa que se aumenten los heridos,
y que baxen los brazos mas pesados:
de llamas los arneses encendidos
con gran fuerza y presteza golpeados
formaban un rumor, que el alto cielo
del todo parecia venir al suelo.

El buen Gonzalo Hernandez presumiendo
imitar al de Córdova famoso,
iba por el exército rompiendo
no ménos diestro y fuerte que animoso:
Peñalosa y Vergara conociendo
que vencer ó morir era forzoso,
hacen de sus personas arriscadas
de esfuerzo y fuerza pruebas señaladas.

El valiente soldado de Escalona
la rigurosa espada exercitando
aventura y señala su persona,
mil bárbaros valientes señalando:
Don Leonardo Manrique no perdona
los golpes que recibe, ántes doblando
los suyos con gran priesa y mayor ira
los castiga, maltrata y los retira.

Otro pues que de Córdova se llama,
mozo de grande esfuerzo y valentía,
tanta sangre Araucana allí derrama,
que hizo cien viudas aquel dia:
por una que venganza al cielo clama
saltan todas las otras de alegría;
que alfin son las mugeres variables,
amigas de mudanzas y mudables.

Cortés y Pero Niño por un lado
hacen un fiero estrago y cruda guerra,
Moran, Gomez de Almagro, y Maldonado
siembran de cuerpos bárbaros la tierra:
el Herrero como hombre acostumbrado
y diestro en golpear, mata y atierra;
pues Nereda tambien que era maestro
hiere, derriba á diestro y á siniestro.

Como si fueran á morir desnudos
las rabiosas espadas así cortan,
con tanta fuerza baxan golpes crudos
que pocos fuertes armas les importan:
lo que sufrir no pueden los escudos
los insensibles cuerpos lo comportan
en furor encendidos de tal suerte,
que no sienten los golpes, ni aun la muerte.

Antes de rabia y cólera abrasados
con poderosos golpes los martillan,
y de muchos con fuerza redoblados
los cargados caballos arrodillan:
abollan los arneses relevados,
abren, desclavan, rompen, deshevillan,
ruedan las rotas picas y celadas,
y el ayre atruena el son de las espadas.

Lincóya combatiendo y derribando
anima con hervor los esquadrones,
contra su fuerza y maza no bastando
de crestas altas fuertes morriones:
Cortés un golpe suyo reparando
la cabeza inclinó entre los arzones,
llevándole el caballo medio muerto
suelto el freno corriendo á campo abierto.

Con el cuello inclinado adormecido
acá y allá el caballo le traía;
pero tornando luego en su sentido
vergonzoso las riendas recogia:
vuelve á buscar á aquel que le ha herido,
y al punto que miró le conocia,
que al mayor Araucano que allí andaba
de los hombros arriba le llevaba.

Conócelo tambien en la braveza
que mostraba animando allí su gente,
y en la facilidad y ligereza
con que esgrime la maza diestramente:
como el suelto lebrel por la maleza
se arroja al javalí fiero y valiente,
así asalta Cortés al Araucano
la adarga al pecho, el duro hierro en mano.

Al través le hirió por un costado,
no le valiendo el coselete duro;
mas de aquella manera le ha mudado
que mudára un peñasco ó fuerte muro:
pasa recio el caballo espoleando,
y Cortés de Lincóya ya seguro
por medio de la espesa esquadra hiende,
y al un lado y al otro muchos tiende.

Almagro cuerpo á cuerpo combatia
con el jóven Guacón soldado fuerte;
pero presto la lid se decidia,
que poco se mostró neutral la suerte:
de un golpe Almagro al bárbaro heria,
por donde una ancha puerta abrió á la muerte,
sale della de sangre roja un rio,
y ocupa el desangrado cuerpo el frio.

Ayrado Castañeda en la batalla
mata, tropella, daña, hiere, ofende;
acaso á Narpo á la derecha halla,
y allí la rigurosa espada tiende:
no le valió el jubon de fina malla,
ni un peto de dos cueros le defiende,
que la furiosa punta no calase,
y el cuerpo del espíritu privase.

La gente una con otra se embravece,
crece el hervor, corage y la revuelta,
y el rio de la corriente sangre crece
bárbara y Española toda envuelta:
del grueso aliento el ayre se escurece,
alguna infernal furia andaba suelta,
que por llevar á tantos en un dia
diabólico furor les infundia.

Tanto el teson entre ellos ha durado
que espanta como alzar pueden los brazos;
estaban por el uno y otro lado
de amontonados cuerpos los ribazos:
el sol habia en su curso declinado
quando ya sin vigor hechos pedazos
de manera igualmente enflaquecian,
que moverse adelante no podian.

Como el aliento y fuerzas van faltando
á dos valientes toros animosos.
quando en la fiera lucha porfiando
se muestran igualmente poderosos;
que se van poco á poco retirando
rostro á rostro con pasos perezosos,
cubiertos de un humor y espeso aliento,
y esparcen con los pies la arena al viento.

Los dos puestos así se retiráron
sin sangre y sin vigor desalentados,
que jamás las espaldas se mostráron,
mas siempre frente á frente careados:
ambos á un mismo tiempo reparáron,
á un punto hiciéron alto, y desviados
los unos de los otros tanto estaban
que aun un tiro de flecha no distaban.

Mirábanse del uno y otro vando
en el sitio y contrario alojamiento
cubiertos de agua y sangre hijadeando,
que no pueden hartarse del aliento:
los fatigados miembros regalando,
el pecho y boca abierta al fresco viento
que con templados soplos respiraba
mitigando del sol la fuerza brava.

Y desde allí con lenguas injuriosas
á falta de las manos se ofendian,
diciéndose palabras afrentosas
la muerte con rigor se prometian:
y á vueltas desto flechas peligrosas
los eneminos arcos despedian;
que aunque el aliento y fuerzas les faltaba
el rabioso rencor las arrojaba.

Yo no sé de quál brazo descansado
una flecha con ímpetu saliendo,
á manera de rayo arrebatado
el ayre con rumor iba rompiendo:
tocó en soslayo á Córdova en un lado,
y la furiosa punta no prendiendo
torció á Moran el curso, y encarnada
por el ojo derecho abrió la entrada.

El buen Moran con mano cruda y fuerte
sacó la flecha y ojo en ella asido,
Gonzalo al duro paso de la muerte
le apercibe y esfuerza condolido;
pero Moran gritó : no estoy de suerte
que me sienta de esfuerzo enflaquecido,
que solo así herido soy bastante
á vencer quantos veis que estan delante.

Pica el caballo temerariamente
que galopear no puede de cansado,
contra todo aquel número de gente
que en esquadron estaba reformado;
pero Gonzalo Hernandez diligente
se le puso delante acelerado,
que ya Lincóya al paso le salia,
y al puesto aunque por fuerza lo volvia.

Con grande alarde,estruendo y movimiento
sobre la cumbre de una verde loma
tendidas las vanderas por el viento
Lautáro con la presta gente asoma:
como quando de léjos el hambriento
leon viendo la presa placer toma,
y mira acá y allá feroz rugiendo
el vedijoso cuello sacudiendo.

Lautáro así velóz por un repecho
baxaba enderezando á los de España,
pensando él solo dar fin á aquel hecho
sino le desamparan la campaña:
delante de su gente va gran trecho,
digna es de celebrarse tal hazaña,
solos catorce esperan hechos piezas,
rotos los brazos, piernas y cabezas.

Quatro mil sobrevienen vitoriosos,
apiñados los nuestros los esperan
no de ver tanta gente temerosos,
porque aun morir con mas honor quisieran:
los fieros enemigos orgullosos
en alta voz gritaban: mueran, mueran;
y el Lincoyano exército animado
tambien acometió por otro lado.

Lanzáron los caballos los Christianos
batiendo bien de espacio el hueco suelo
contra los descansados Araucanos,
que fieros amenazan tierra y cielo:
vienen con tardos pies á prestas manos;
y del primer encuentro hecho un hielo
Pero Niño tocó la blanca arena
bañándola de sangre en larga vena.

Atravesóle el cuerpo la herida,
aunque en atribuirla hay desconcierto,
unos dicen que Angól fué el homicida,
otros que Leocotón, y esto es mas cierto:
qualquier dellos que fué, de gran caida
Pero Niño quedó en el campo muerto
con un trozo de pica atravesado,
donde fué del tropel despedazado.

Tambien el de Manrique volteando
á los pies de Lautáro muerto vino:
rompen los otros doce enderezando
por las espesas armas al camino;
pero Ongolmo los pies apresurando
de un golpe derribó fuera de tino
á Nereda que en guerras era experto:
Cortés de muy herido cayó muerto.

Tras él al suelo fué Diego García
de una llaga mortal abierto el pecho:
de otro golpe Escalona se tendia,
que Tucapél le acierta por derecho:
los demas Españoles en la via
(considere quien ya se vió en estrecho)
con quanta priesa baten las hijadas
de los lasos caballos desangradas.

El fiero Tucapél haciendo guerra
á todos con audacia los asalta,
y en viendo que estos dos baten la tierra
gallardo por encima dellos salta:
topa á Almagro y con él ligero cierra
en los pies levantado y la maza alta,
que sobre él derribándola venia
con toda la pujanza que tenia.

O fué mal tiento, ó furia que llevaba,
ó que el sumo Señor quiso librallo,
que el tiro á la cabeza señalaba
y á dar vino en las ancas del caballo;
con tanta fuerza el golpe le cargaba
que Almagro mas no pudo meneallo,
quedando derrengado de manera
que si fuera de masa ó blanda cera.

Almagro con presteza por un lado
viendo el caballo cojo se derriba,
ora fué su ventura y diestro hado,
ora siniestro del que tras él iba,
el qual era el valiente Maldonado
que envuelto en sangre y polvo al punto arriba,
que el golpe segundaba Tucapelo,
y por poco con él diera en el suelo.

Con el ginete estribo en el derecho
lado al bárbaro encuentra de pasada,
y quanto cinco pasos, ó mas trecho
lo lleva ácia adelante por la estrada:
brama el bárbaro ardiendo de despecho,
víbora no se vió mas enconada,
ni pisado escorpion vuelve tan presto
como el Indio volvió el ayrado gesto.

Muda el intento, muda la sentencia
que contra Juan de Almagro dado habia,
y la furiosa maza é impaciencia
al triste Maldonado revolvia:
cala un golpe con toda su potencia;
mas el presto caballo se desvia:
Tucapél de furioso el tiro yerra
y el ferrado troncon metió por tierra

No escapó Maldonado de la muerte,
que al punto llega el bravo Lemolémo
con un largo baston ñudoso y fuerte
á manera de corvo y grueso remo:
y un golpe le señala de tal suerte
que no le erró el ferrado y duro extremo,
ni celada prestó de estofa llena,
que los sesos saltáron por la arena.

En esto una gran nube tenebrosa
el ayre y cielo súbito turbando,
con una escuridad triste y medrosa
del sol la luz escasa fué ocupando:
salta Aquilon con furia procelosa
los árboles y plantas inclinando,
envuelto en raras gotas de agua gruesas
que luego descargáron mas espesas.

Con el diestro atambor que apercibiendo
al duro asalto y fiera bateria,
va con los tardos golpes previniendo
la presta y animosa compañía;
pero el punto y señal última oyendo
suena la horrenda y áspera harmonía:
así el negro nublado turbulento
lanza un diluvio súbito y violento.

En escura tiniebla el cielo vuelto
la furiosa tormenta se esforzaba,
agua, piedras y rayos todo envuelto
en espesos relámpagos lanzaba:
el Araucano exército revuelto
por acá y por allá se derramaba:
crece la tempestad horrenda tanto
que á los mas esforzados puso espanto.

De Juan Gomez la próspera ventura
hizo que al punto el cielo se cerrase,
y la tiniebla de la noche escura
gran rato en su favor se anticipase:
turbado se metió en una espesura
hasta tanto que el ímpetu pasase
de aquella gente bárbara furiosa,
de la Española sangre codiciosa.

Quando vió en su violencia el torvellino
y que él podia salir mas encubierto,
el bosque dexa y toma su camino
que el temor se le muestra bien abierto:
cayendo y levantando alcabo vino
de sangre, lodo y de sudor cubierto
junto donde los nuestros esperaban
si las furiosas aguas aplacaban.

Estaban del camino desviados,
y uno de los caballos relinchando
el Español con pasos sosegados
al alegre rumor se fué acercando:
llegó donde los seis amedrentados
con baxa voz estaban dél tratando,
y en aquella sazon se le presenta
dándoles del suceso entera cuenta.

Con espanto fué luego conocido
que entre ellos ya por muerto se tenia,
y cada uno de lástima movido
á morir en su ayuda se ofrecia;
mas él como animoso y entendido
viendo que aprovechar no le podia,
dice: de mí, señores, nadie cure,
la vida el que pudiere la asegure.

Esto no dixo bien quando esforzado
por el bosque tomó una senda incierta,
y aquella mas usada dexa á un lado
de gente y pueblos bárbaros cubierta:
otro trance mayor le está guardando;
pero pues hay de Chile historia cierta
allí lo podrá ver el que quisiere,
si gana de saberlo le viniere.

El Coronista Estrella escribe al justo
de Chile y del Piru en Latin la historia
con tanta erudicion, que será justo
que dure eternamente su memoria;
y la vida de Cárlos Quinto Augusto,
y en verso los encomios y la gloria
de varones ilustres en milicia,
gobernacion, en letras y justicia.

Vuelvo á los seis guerreros que sintiendo
la desgracia de Almagro lo mostraban;
pero ayudalle en ella no pudiendo
á la Imperial ciudad enderezaban:
la tempestad furiosa iba creciendo,
relámpagos y truenos no cesaban
hasta que salió el sol, y el claro dia
la plaza de Purén les descubria.

Era un castillo, el qual con poca gente
le habia Juan Gomez ántes sustentado
hallándose una noche de repente
de multitud de bárbaros cercado:
repelidos alfin gallardamente
fué por su industria el cerco levantado:
no escribo esta batalla aunque famosa
por no tardarme tanto en cada cosa.

Allí los seis guerreros arribados
fuéron con tierna muestra recibidos
de los caros amigos, admirados
de verlos á tal término traidos,
míseros, afligidos, demudados,
flacos, roncos, deshechos, consumidos,
corriendo sangre y lodo, sin celadas,
las armas con las carnes destrozadas

Casi veintiquatro horas sustentáron
las armas defendiendo su partido,
que nunca en este tiempo descansáron
haciendo lo que habeis, Señor, oido:
un rato en el castillo reposáron
del qual la noche atras habian salido,
no con poco temor de los de casa,
y mas quando supiéron lo que pasa.

La sangre les quajó un temor helado,
gran turbacion les puso á todos quando
el caso de Valdivia desastrado
les fuéron por sus términos narrando:
y así viendo el castillo mal parado,
de consejo comun considerando
la pujanza que el bárbaro traía,
le dexáron desierto el mismo dia.
Acia Gautén tomáron la jornada
llevando á Almagro acaso de camino,
que por venir la noche tan cerrada
libre salió del campo Lautarino:
la Fuerza fué por tierra derribada,
que luego el enemigo pueblo vino
talando municiones, y comidas
que en el castillo estaban recogidas.
Diéron vuelta los bárbaros gozosos
ácia do su exército venia,
retumbando en los montes cavernosos
el alegre rumor y vocería:
y por aquellos prados espaciosos
con la vitoria y gozo de aquel dia
tales cantos y juegos inventaban,
que el cansancio con ellos engañaban.
Juntos el General con grave muestra
los habla y los recibe alegremente,
y asiendo blandamente de la diestra
al valiente Lautáro su Teniente;
una esquadra le entrega de maestra,
escogida, gallarda, y buena gente,
en armas y trabajo exercitada
para qualquiera empresa y gran jornada.

A Lautáro dexemos pues en esto,
que mucho su proceso me detiene,
forzoso á tratar dél volveré presto,
que llegar hasta Penco me conviene;
pues hace tanto á nuestro presupuesto
decir como á la guerra se previene,
que sangrienta y mortal se aparejaba,
y el justo sentimiento que mostraba.

Ya la fama ligera embaxadora
de tristes nuevas y de grandes males
á Penco atormentaba de hora en hora,
esforzando su voz ruines señales:
quando llegan los Indios á deshora,
los dos que ya conté que en los jarales
viendo á Valdivia roto se escondiéron,
y estos el triste caso refiriéron.

Por mensageros ciertos entendiendo
el duro y desdichado acaecimiento,
viejos, mugeres, niños concurriendo
se forma un triste y general lamento:
el cielo con aguda voz rompiendo
hinchen de tristes lástimas el viento:
nuevas viudas, huérfanas doncellas
era una dolorosa cosa vellas.

Los blancos rostros mas que flores bellos
eran de crudos puños ofendidos,
y manojos dorados de cabellos
andaban por los suelos esparcidos:
vieran pechos de nieve, y tersos cuellos
de sangre y vivas lágrimas teñidos,
y rotos por mil partes y arrojados
ricos vestidos, joyas y tocados.

No con menor estruendo los varones
de la edad mas robusta juntamente
daban de su valor demostraciones,
pero con otro modo diferente:
suenan las armas, suenan municiones,
suena el nuevo aparato de la gente,
y la ronca trompeta del dios Marte
á guerra incita ya por toda parte.

Unos botas espadas afilaban,
otros petos mohosos enlucian,
otros las viejas cotas remallaban,
hierros otros en hastas enxerian:
cañones reforzados apuntaban,
al viento las vanderas descogian,
y en alardosa muestra los soldados
iban por todas partes ocupados.

Caudillo era y cabeza de la gente
Francisco Villagrán, varon tenido
por sabio en la milicia y suficiente,
con suma diligencia prevenido:
de Pedro de Valdivia fué Teniente
despues de su persona obedecido,
sentido del suceso y caso fuerte
brama por la venganza de su muerte.

Las mugeres de nuevos alaridos
hieren el alto cóncavo del cielo,
viendo al peligro puestos los maridos,
y ellas en tal trabajo y desconsuelo:
con lagrimosos ojos y gemidos
echadas de rodillas por el suelo
les ponen los hijuelos por delante;
pero cosa á moverlos no es bastante.

Ya de lo necesario aparejados
en demanda del bárbaro salian,
de arneses lucidísimos armados
que vistosos de léjos parecian:
las mugeres por torres y tejados
con fixos ojos tiernos los seguian,
y echándeles de allí mil bendiciones
vuelven á Dios el ruego y peticiones.

Del tropel se despiden ciudadano,
que del pueblo saliera á acompañallos,
y en busca del exército Araucano
pican á toda priesa los caballos:
dexan á la siniestra á Mareguáno,
y á la diestra de Talca los vasallos,
hijo de Talcaguáno, que su tierra
la ciñe casi entorno el mar y sierra.

De los seguros límites pasando
pisan de Andalicán la enjuta arena,
y el espacioso llano atravesando
suben las lomas, y rumor no suena:
y al pie del cerco Andálico llegando
sin entender lo que Lautáro ordena,
solo el miedo de entrar por el Estado
les mitigó el furor demasiado.

Un paso peligroso, agrio y estrecho
de la vanda del Norte está á la entrada
por un monte asperísimo y derecho,
la cumbre hasta los cielos levantada:
está tras éste un llano poco trecho,
y luego otra menor cuesta tajada,
que divide el distrito Andalicano
del fértil Valle y límite Araucano.

Esta cuesta Lautáro habia elegido
para dar la batalla, y por concierto
tenia todo su exército tendido
en lo mas alto della y descubierto:
viendo que á pie en lo llano es mal partido
seguir á los caballos campo abierto,
el alto y primer cerro dexa esento
pensando allí alcanzarlos por aliento.

Porque se tome bien del sitio el tino
quiero aquí figurarle por entero.
La subida no es mala del camino;
mas todo lo demas despeñadero:
tiene al Poniente al bravo mar vecino,
que bate al pie de un gran derrumbadero
y en la cumbre y mas alto de la cuesta
se allana quanto un tiro de ballesta.

Estaba el alto cerro coronado
del poderoso exército enemigo,
y el camino al entrar desocupado
sin defensa ni estorbo como digo:
pasando el primer monte habia llegado
al pie deste segundo el vando amigo:
pero aquí Villagrán confuso estuvo,
que el peligroso trance le detuvo.

Como el Romano Cesar, que dudoso
el pie en el Rubicón fixó á la entrada,
pensando allí de nuevo el peligroso
hecho que acometia y gran jornada:
alfin soltó las riendas animoso,
diciendo: sús, la suerte ya es echada;
así nuestro Español rompió el camino,
dando libre la rienda á su destino.

Apénas el primer paso habia dado,
quando luego tras él osadamente
por el fragoso monte levantado
alegre comenzó á subir la gente:
Lautáro sin moverse arrinconado
franca les da la entrada llanamente,
diez mil hombres gobierna, gente usada
en el duro exercicio de la espada.

Tenia su campo entorno de la cuesta,
y mandado que nadie se moviese
un paso á comenzar la dura fiesta
hasta que el son de arremeter se oyese:
con una irremisible pena puesta
para aquel que del término saliese,
que estaban así quedos y callados,
qual si fueran en mármoles mudados.

Pues la Española gente deseando
exercitar la vencedora diestra,
se va á los enemigos acercando
por la vanda del bárbaro siniestra:
Lautáro al puesto término llegando
presenta la batalla en bella muestra
con gran rumor de bárbaras trompetas,
atambores, vocinas, y cornetas.

Paréceme, señor, que será justo
dar fin al largo canto en este paso,
porque el deseo del otro mueva el gusto,
y porque de cantar me siento laso:
suplicoos que el tardar no os dé disgusto
pareciendoos que voy tan paso á paso,
que aun de gentes agravio una gran suma
atento á no llevar prolixa pluma.

CANTO V.

Contiene la reñida batalla que entre Españoles y Araucanos hubo en la cuesta de Andalicón, donde por la astucia de Lautáro y el demasiado trabajo de los Españoles fuéron los nuestros desbaratados, y muertos mas de la mitad dellos, juntamente con tres mil Indios amigos.

Siempre el benigno Dios por su clemencia
nos dilata el castigo merecido,
hasta ver sin enmienda la insolencia
y el corazon rebelde endurecido:
y es tanta la dañosa inadvertencia
que, aunque vemos el término cumplido
y exemplo de castigo en el vecino,
no queremos dexar el mal camino.

Dígolo porque viene muy contenta
nuestra gente Española á las espadas,
que en el fin de Valdivia no escarmienta
ni mira haber seguido sus pisadas:
presto la vereis dar estrecha cuenta
de las culpas presentes y pasadas,
que el verdugo Lautáro ardiendo en saña
se muestra con su gente en la campaña.

Villagrán con la suya á punto puesto
en el estrecho llano se detiene,
plantando seis cañones en buen puesto,
ordena aquí y allí lo que conviene:
estuvo sin moverse un rato en esto
por ver el órden que Lautáro tiene,
que ocupaba su gente tanto trecho,
que mitigó el ardor de mas de un pecho.

De muchos fué esta guerra deseada;
pero sabe ora Dios sus intenciones:
viendo toda la cuesta rodeada
de gente en concertados esquadrones,
la sangre del temor ya resfriada
con presteza acudió á los corazones,
los miembros del calor desamparados
fuéron luego de esfuerzo reformados.

Con nuevo encendimiento estan bramando
porque la trompa del partir no suena,
tanto el trance y batalla deseando,
que qualquiera tardanza les da pena:
de la otra parte el Araucano vando
sujeto á lo que su caudillo ordena
rabiaba por cerrar; mas la obediencia
le pone duro freno y resistencia.

Como el feroz caballo que impaciente
quando el competidor ve ya cercano
bufa, relincha, y con soberbia frente
hiere la tierra de una y otra mano:
así el bárbaro exército obediente
viendo tan cerca el campo Castellano
gime por ver el juego comenzado;
mas no pasa del término asignado.

Desta manera pues la cosa estaba,
ganosos de ambas partes por juntarse;
pero ya Villagrán consideraba
que era dalle mas ánimo el tardarse:
tres vandas de ginetes apartaba
de aquellos codiciosos de probarse,
que á la seña sin mas amonestallos
ponen las piernas recio á los caballos.

El campo con ligeros pies batiendo
salen con gran tropel y movimiento,
Rauco se estremeció del son horrendo,
y la mar hizo estraño sentimiento:
os corregidos bárbaros temiendo
de Lautáro el expreso sentimiento,
aunque por los herir se deshacian
el paso ácia adelante no movian.

Con el concierto y órden que en Castilla
uegan las cañas en solemne fiesta,
que parte y desembraza una quadrilla
revolviendo la adarga al pecho puesta
así los nuestros firmes en la silla
llegan hasta el remate de la cuesta,
y vuelven casi en cerco á retirarse
por no poder romper sin despeñarse.

Toman al retirar la vuelta larga,
y desta suerte muchas vueltas prueban;
pero todas las veces una carga
de flecha, dardo y piedra espesa llevan:
í algunos vale allí la buena adarga,
as celadas y grevas bien aprueban,
que no pueden venir al corto hierro
por ser peynado entorno el alto cerro.

Firme estaba Lautáro sin mudarse,
y cercada de gente la montaña
algunos que pretenden señalarse
salen con su licencia á la campaña:
quieren uno por uno exercitarse
de la pica y baston con los de España,
ó dos á dos, ó tres á tres soldados
á la franca eleccion de los llamados.

Usando de mudanzas y ademanes
vienen con muestra ayrosa y contoneo,
mas bizarros que bravos Alemanes
haciendo aquí y allí gentil paseo:
como los diestros y ágiles galanes
en público exercicio del torneo:
así llegan gallardos á juntarse,
y con las duras puntas á tentarse.

Quien piensa de la pica ser maestro
sale á probar la fuerza y el destino,
tentando el lado diestro y el siniestro
buscando lo mejor con sabio tino:
qual acomete, vanle, y hurta presto,
hallando para entrar franco el camino;
qual hace el golpe vano, y qual tan cierto
que da con su enemigo en tierra muerto.

Otros destas posturas no se curan,
ni paran en el ayre y gentileza,
que el golpe sea mortal solo procuran,
y en el cuerpo y los pies llevar firmeza:
con ánimo arrojado se aventuran
llevados de la cólera y braveza,
ésta á veces los golpes hace vanos,
y ellos venir mas juntos á las manos.

Pero por mas veloz en la corrida
el mozo Curiomán se señalaba,
que con gallarda muestra y atrevida;
larga carrera sin temor tomaba;
y blandiendo una lanza muy fornida
en medio de la furia la arrojaba,
que nunca de ballesta al torno armada
xara con tal presteza fué enviada.

Habia siete Españoles ya herido;
mas nadie se atraviesa á la venganza;
que era el valiente bárbaro temido
por esfuerzo , destreza y gran pujanza:
en esto Villagrán algo corrido
viéndole despedir la octava lanza
dixo con voz ayrada : ¿ no hay alguno
que castigue este bárbaro importuno?

Diciendo esto miraba á Diego Cano,
el qual de osado crédito tenia,
que una hasta gruesa en la derecha mano
su Rabican preciado apercibia:
y al tiempo quando el bárbaro lozano
con fuerza extrema el brazo sacudia,
en la silla los muslos enclavados
hiere al caballo á un tiempo entrambos lados.

Con menudo tropel y gran ruido
sale el presto caballo desenvuelto
ácia el gallardo bárbaro atrevido,
que en esto las espaldas habia vuelto:
pero el fuerte Español embebecido
en que no se le fuese , el freno suelto
bate al caballo apriesa los talones
hasta los enemigos esquadrones.

No el Araucano y fiero ayuntamiento
con las espesas picas derribadas,
ni el presuroso y recio movimiento
de mazas y de bárbaras espadas
pudiéron resistir al duro intento
del ayrado Español, que las pisadas
del ligero Araucano iba siguiendo,
la espesa turba y multitud rompiendo.

Donde á pesar de tantos y á despecho
con grande esfuerzo y valerosa mano
rompe por ellos, y la lanza el pecho
de aquel que dilató su muerte en vano:
y glorioso del bravo y alto hecho
al caballo picó á la diestra mano,
abriendo con esfuerzo y diestro tino
por medio de las armas el camino.

Luego se arroja el esquadron ginete
al Araucano exército llamando,
que á esperarle parece que acomete,
y vase luego al borde retirando:
una, quatro y diez veces arremete
poco el arremeter aprovechando,
que en aquella sazon ninguna espada
habia de sangre bárbara manchada.

Los cansados caballos trabajaban;
mas poco del trabajo se aprovecha,
que los nuestros en vano les picaban
heridos y hostigados de la flecha:
las bravezas algunos aplacaban
viéndose en aquel punto y cuenta estrecha,
ellos lasos, los otros descansados,
los pasos y caminos ya cerrados.

La presta y temerosa artillería
á toda furia y priesa disparaba,
y así en el esquadron Indio batia,
que quanto topa enhiesto lo allanaba:
de fuego y humo el cerro se cubria,
el ayre cerca y léjos retumbaba,
parece con estruendo abrirse el suelo,
y respirar un nuevo mongibelo.

Visto Lautáro serle conveniente
quitar y deshacer aquel ñublado,
que lanzaba los rayos en su gente
y habia gran parte della destrozado:
al esquadron que á Leucoton valiente
por su valor le estaba encomendado,
le manda arremeter con furia presta,
y en alta voz diciendo le amonesta:

"O fieles compañeros vitoriosos,
,, á quien fortuna llama á tales hechos!
,, ya es tiempo que los brazos valerosos
,, nuestras causas aprueben y derechos:
,, sus, sus calad las lanzas animosos,
,, rompan los hierros los contrarios pechos,
,, y por ellos abrid roxa corriente
,, sin respetar á amigo, ni á pariente.

,, A las piezas guiad, que si ganadas
,, por vuestro esfuerzo son, con tal vitoria
,, célebres quedarán vuestras espadas,
,, y eterna al mundo dellas la memoria:
,, el campo seguirá vuestras pisadas,
,, siendo vos los autores desta gloria."
Y con esto la gente envanecida
hizo la temeraria arremetida.

Por infame se tiene allí el postrero,
que es la cosa que entre ellos mas se nota,
el mas medroso quiere ser primero
al probar si la lanza lleva bota:
no espanta ver morir al compañero,
ni llevar quince ó veinte una pelota
volando por los ayres hechos piezas,
ni el ver quedar los cuerpos sin cabezas.

No los perturba y pone allí embarazo,
ni punto los detiene el temor ciego;
ántes si el tiro á alguno lleva el brazo,
con el otro la espada esgrime luego:
llegan sin reparar hasta el ribazo
donde estaba la máquina del fuego:
viéranse allí las balas escupidas
por la bárbara furia detenidas.

Los demas arremeten luego en rueda
y de tiros la tierra y sol cubrian,
pluma no basta, lengua no hay que pueda
figurar el furor con que venian:
de voces, fuego, humo y polvoreda
no se entienden allí, ni conocian;
mas poco aprovechó este impedimento,
que ciegos se juntaban por el tiento.

Tardáron poco espacio en concertarse
las enemigas haces ya mezcladas,
lo que allí se vió mas para notarse
era el presto batir de las espadas:
procuran ambas partes señalarse,
y asi viéran cabezas y celadas
en cantidad y numero partidas,
y piernas de sus troncos divididas.

Unos por defender la artillería
con tal ímpetu y furia acometida,
otros por dar remate á su porfia
traban una batalla bien reñida:
para un solo Español cincuenta habia,
la ventaja era fuera de medida;
mas cada qual por sí tanto trabaja
que iguala con valor á la ventaja.

No quieren que atras vuelva el estandarte
de Cárlos Quinto Máxîmo glorioso;
mas que á pesar del contrapuesto Marte
vaya siempre adelante vitorioso:
el qual terrible y fiero á cada parte
envuelto en ira y polvo sanguinoso
daba nuevo vigor á las espadas
de tanto combatir aun no cansadas.

Renuévase el furor y la braveza
segun es el herir apresurado,
con aquel mismo esfuerzo y entereza
que si entónces lo hubieran comenzado:
las muertes, el rigor y la crueza
esto no puede ser significado,
que la espesa y menuda yerba verde
en sangre convertida el color pierde.

Villagrán la batalla en peso tiene,
que no pierde una mínima su puesto,
de todo lo importante se previene,
aquí va, y allí acude, y vuelve presto:
hace de capitan lo que conviene
con usada experiencia, y fuera desto
como osado soldado y buen guerrero
se arroja á los peligros el primero.

Andando envuelto en sangre á Torbo mira
que en los Christianos hace gran matanza,
lleva el caballo, y él llevado de ira
requiere en la derecha bien la lanza:
en los estribos firme al pecho tira;
mas la codicia y sobra de pujanza
desatentó la presurosa mano,
haciendo ántes de tiempo el golpe en vano.

Hiende el caballo desapoderado
por la canalla bárbara enemiga,
revuelve á Torbo el Español ayrado
y en baxo el brazo la gineta abriga,
pásale un fuerte peto tresdoblado
y el jubon de algodon, y en la barriga
le abrió una gran herida, por do al punto
vertió de sangre un lago y la alma junto.

Saca entera la lanza, y derribando
el brazo atras con ira la arrojaba:
vuela la furiosa hasta rechinando
del ímpetu y pujanza que llevaba,
y á Corpillán que estaba descansando
por entre el brazo y cuerpo le pasaba,
y al suelo penetró sin dañar nada
quedando media braza en él fixada.

Y luego Villagrán la espada fuera
por medio de la hueste va á gran priesa,
haciendo con rigor ancha carrera
á donde va la turba mas espesa:
no ménos Pedro de Olmos de Aguilera
en todos los peligros se atraviesa,
habiendo él solo muerto por su mano
á Guancho, Canio, Pillo, y Titaguáno.

Hernando y Juan entrambos de Alvarado
daban de su valor notoria muestra,
y el viejo y gran ginete Maldonado
voltea el caballo allí con mano diestra,
exercitando con valor usado
la espada que en herir era maestra,
aunque la débil fuerza envejecida
hace pequeño el golpe y la herida.

Diego Cano á dos manos sin escudo
no dexa lanza enhiesta ni armadura,
que todo por rigor del filo agudo
hecho pedazos viene á la llanura:
pues Peña, aunque de lengua tartamudo,
se revuelve con tal desenvoltura,
qual Cesio entre las armas de Pompeo,
ó en Troya el fiero hijo de Peleo.

Por otra parte el Español Reynoso
de ponzoñosa rabia estimulado
con la espada sangrienta va furioso
hiriendo por el uno y otro lado:
mata de un golpe á Plata, y riguroso
la punta enderezó contra el costado
del fuerte Ron, y así acertó la vena
que la espada de sangre sacó llena.

Bernal, Pedro de Aguayo, Castañeda,
Ruiz, Gonzalo Hernandez, y Pantoja
tienen hecha de muertos una rueda,
y la tierra de sangre toda roxa:
no hay quien ganar del campo un paso pueda,
ni el espeso herir un punto afloxa,
haciendo los Christianos tales cosas
que las harán los tiempos milagrosas.

Mas eran los contrarios tanta gente,
y tan poco el remedio y confianza,
que á muchos les faltaba juntamente
la sangre, aliento, fuerza, y la esperanza:
llevados pues alfin de la corriente
sin poder resistir la gran pujanza,
pierden un largo trecho la montaña
con todas las seis piezas de campaña.

Del antiguo valor y fortaleza
sin afloxar los nuestros siempre usáron,
no se vió en Español jamas flaqueza
hasta que el campo y sitio les ganáron:
mas viéndose á tal hora en estrecheza
que pasaba de cinco que empezáron,
comienzan á dudar ya la batalla,
perdiendo la esperanza de ganalla.

Dudan por ver al bárbaro tan fuerte,
quando ellos en fuerza iban menguando,
representóles el temor la muerte,
las heridas y sangre resfriando:
algunos desaniman de tal suerte
que se van al camino retirando;
no del todo, señor, desbaratados;
mas haciéndoles rostro y ordenados.

Pero el buen Villagrán haciendo fuerza,
se arroja y contrapone al paso ayrado,
y con sabias razones los esfuerza,
como de capitan escarmentado,
diciendo: "Caballeros, nadie tuerza
„ de aquello que á su honor es obligado,
„ no os entregueis al miedo, que es yo os digo
„ de todo nuestro bien grande enemigo.

,, Sacudidle de vos , y vereis luego,
,, la deshonra y afrenta manifiesta,
,, mirad que el miedo infame , torpe y ciego
,, mas que el hierro enemigo, aquí os molesta:
,, no os turbeis, reportaos, tened sosiego,
,, que en este solo punto teneis puesta
,, vuestra fama , el honor , vida, y hacienda,
,, y es cosa que despues no tiene enmienda.

,, ¿A do volveis sin órden y sin tiento,
,, que los pasos tenemos impedidos?
,, ¿con quánto deshonor y abatimiento
,, seremos de los nuestros acogidos?
,, la vida y honra está en el vencimiento,
,, la muerte y deshonor en ser vencidos:
,, mirad esto , y vereis huyendo cierta
,, vuestra deshonra , y mas la vida incierta."

De la plaza no ganan quanto un dedo
por esta y otras cosas que decia,
segun era el terror y estraño miedo
en que el peligro puesto los habia:
¿dónde quedar mejor que aquí yo puedo?
diciendo Villagrán; con osadía
temeraria arremete á tanta gente
solo para morir honradamente.

La vida ofrece de acabar contenta
por no estar al rigor de ser juzgado,
teme mas que la muerte , alguna afrenta
y el verse con el dedo señalado:
no quiere andar á todos dando cuenta,
si volver las espaldas fué forzado,
que por dolencia ó mancha se reputa
tener puesto el honor hombre en disputa.

Quan bien desto salió, que del caballo
al suelo le truxéron aturdido,
qual procura prendello, qual matallo;
pero las buenas armas le han valido:
otros dicen á voces: desarmallo:
acude allí la gente y el ruido;
mas quien saber el fin desto quisiere
al otro Canto pido que me espere.

CANTO VI.

Prosigue la comenzada batalla con las estrañas y diversas muertes, que los Araucanos executáron en los vencidos, y la poca piedad que con los niños y mugeres usáron, pasándolos todos á cuchillo.

Al valeroso espíritu, ni suerte,
ni revolver de hado riguroso
le pueden presentar caso tan fuerte,
que le traigan á estado vergonzoso:
como ahora á Villagrán que con su muerte,
no siendo de otro modo poderoso,
piensa atajar el áspero camino,
á donde le tiraba su destino.

Sus soldados el paso apresurando
en confuso monton se retruxéron,
quando en el nuevo y gran rumor mirando
á su buen capitan en tierra viéron:
solos trece la vida despreciando
los rostros y las riendas revolviéron,
rasgando á los caballos los hijares
se arrojan á envestir tantos millares.

Con mas valor que yo sabré decillo
el pequeño esquadron ligero cierra,
abriendo en los contrarios un portillo
que casi puso en condicion la guerra:
rompen hasta do el mísero caudillo
de golpes aturdido estaba en tierra,
sin ayuda y favor desamparado,
de la enemiga turba rodeado.

Todos á un tiempo quieren ser primeros
en esta empresa y suerte señalada;
y estaban como lobos carniceros
sobre la mansa oveja desmandada,
quando discordes con ahullidos fieros
forman música en voz desentonada;
y en esto los mastines del exido
llegan con gran presteza á aquel ruido.

Así los enemigos apiñados
enmedio al triste Villagrán tenian,
que por darle la muerte embarazados
los unos á los otros se impedian;
mas los trece Españoles esforzados
rompiendo á la sazon sobrevenian,
de roxa y fresca sangre ya cubiertos
de aquellos que dexaban atras muertos.

Con gran presteza del amor movidos
á donde Villagrán ven se arrojaban,
y los agudos hierros atrevidos
de nuevo en sangre nueva remojaban:
desamparan el cerco los heridos,
acá y allá medrosos se apartaban,
algunos sustentaban con mas suerte
su parte y opinion hasta la muerte.

Si un espeso monton se deshacia
desocupando el campo escarmentados,
otra junta mayor luego nacia,
y estaban.sus lugares ocupados:
del sueño Villagrán aun no volvia;
mas tal mañana se diéron sus soldados,
y así las prestas armas revolviéron,
que en su acuerdo á caballo lo pusiéron.

A tardardese mas tiempo fuera muerto,
y á bien librar salió tan mal parado,
que, aunque estaba de planchas bien cubierto,
tenia el cuerpo molido y magullado;
pero del sueño súbito despierto
viendo trece Españoles á su lado,
olvidando el peligro en que aun estaba,
entre los duros hierros se lanzaba.

Por medio del exército enemigo
sin escarmiento ni temor hendia,
llevando en su defensa al vando amigo,
que detrozando bárbaros venia:
trillan, derriban, hacen tal castigo
que duran las reliquias hoy en dia,
y durará en Arauco muchos años
el estrago y memoria de los daños.

Bernal hiere á Maylongo de pasada
de un valiente altibaxo á fil derecho,
no le valió de acero la celada,
que los filos corriéron hasta el pecho:
Aguilera al través tendió la espada,
y al dispuesto Guaman dexó mal trecho,
haciendo ya el temor tan ancha senda
que bien pueden correr á toda rienda.

Salen pues los catorce vitoriosos
donde los otros de su vando estaban,
que turbados, sin órden, temerosos
de ver su muerte ya remolinaban:
no bastáron ni fuéron poderosos
Villagrán y los otros que llegaban
á estorbar el camino comenzado,
que ya el temor gran fuerza habia cobrado.

Viendo bravo y gallardo al Araucano
del todo de vencer desconfiados,
y los caballos sin aliento en vano
de importunas espuelas fatigados,
á grandes voces dicen: á lo llano,
no estemos desta suerte arrinconados;
y con nuevo temor y desatino
toman algunos dellos el camino.

Qual de cabras montesas la manada
quando á lugar estrecho es reducida,
de diestros cazadores rodeada
y de importunos tiros perseguida,
que viéndose ofendida y apretada,
una rompe el camino y la huida,
siguiendo las demas á la primera:
así abriéron los nuestros la carrera.

Uno, dos, diez y veinte desmandados
corren á la baxada de la cuesta,
sin órden ni atencion apresurados,
como si al palio fuéran sobre apuesta:
aunque algunos valientes ocupados
con firme rostro y con espada presta,
combatiendo animosos, no miraban
como así los amigos los dexaban.

No atienden al huir, ni se previenen
de remedio tan flaco y vergonzoso,
ántes en su batalla se mantienen
trayendo el fin á término dudoso:
y con heroycos ánimos detienen
de los Indios el ímpetu furioso,
y la disposicion del duro hado
en daño suyo y contra declarado.

Y así resisten, matan y destruyen
contrastando al destino, que parece
que el valor Araucano disminuyen,
y el suyo con dificil prueba crece:
mas viendo á los amigos como huyen,
que á mas correr la gente desparece,
hubiéron de seguir la misma via,
que ya fuera locura y no osadia.

Quiero mudar en lloro amargo el canto,
que será á la sazon mas conveniente;
pues me suena en la oreja el triste llanto
del pueblo amigo y género inocente:
no siento el ser vencidos tanto, quanto
ver pasar las espadas crudamente
por vírgenes, mugeres, servidores,
que penetran los cielos sus clamores.

La infantería Española sin pereza
y gente de servicio iban camino,
que el miedo les prestaba ligereza,
y mas de la que á algunos les convino;
pues con la turbacion y gran torpeza
muchos perdiéron de la cuesta el tino,
ruedan unos los lomos quebrantados,
otros hechos pedazos despeñados.

Quedan por el camino mil tendidos
los arroyos de sangre el llano riegan
rompiendo el ayre el planto y alaridos
que en son desentonado al cielo llegan:
y las lástimas tristes y gemidos
(puestas las manos altas) con que ruegan,
y piden de la vida gracia en vano
al inclemente bárbaro inhumano.

El qual siempre les iba caza dando
con mano presta y pies en la corrida,
hiriendo sin respeto y derribando
la inutil gente, mísera, impedida,
que á la amiga nacion iba invocando
la ayuda en vano á la amistad debida,
poniéndole delante con razones
la deuda, el interes y obligaciones.

Y aunque mas las razones obligaban,
si alguno á defenderlos revolvia,
viendo quanto los otros se alargaban
alargarse tambien le convenia:
ni á los que por amigos se trataban,
ni á las que por amigas se debia,
con quien habia amistad y cuenta estrecha,
llamar, gemir, llorar les aprovecha.

Que ya los nuestros sin parar en nada
por la carrera de su sangre roxa
dan siempre nueva furia á su jornada,
y á los caballos priesa y rienda floxa:
que ni la voz de virgen delicada,
ni obligacion de amigos los congoxa:
la pena y la fatiga que llevaban
era que los caballos no volaban.

Sordos á aquel clamor, y endurecidos
miden con sueltos pies el verde llano;
pero algunos de lástima movidos,
viendo el fiero espectáculo inhumano,
de una rabiosa cólera encendidos
vuelven contra el exército Araucano
que corre por el campo derramado,
la mas parte en la presa embarazado.

Determinados de morir revuelven
haciendo al sexô tímido reparo,
y de suerte en los bárbaros se envuelven
que á mas de diez la vuelta costó caro:
por esto los primeros aun no vuelven,
que quieren que el partido sea mas claro,
y no poner la vida en aventura,
quanto léjos de allí, tanto segura.

Torna la lid de nuevo á refrescarse,
de un lado y otro andaba igual travada,
pecho con pecho vienen á juntarse,
lanza con lanza, espada con espada:
pueden los Españoles sustentarse;
que la gente Araucana derramada
el alcance sin órden proseguia,
haciendo todo el daño que podia.

Qual vanda de cornejas esparcidas
que por el ayre claro el vuelo tienden,
que de la compañera condolidas
por los chirridos la prision entienden,
las batidoras alas recogidas
á darle ayuda en circulo decienden:
el bárbaro esquadron desta manera
al rumor endereza la carrera.

La gente que de acá y de allá discurre,
viendo el tumulto y ayre polvoroso,
dexa el alcance, y de tropel concurre
al son de las espadas sonoroso:
cada Araucano con presteza ocurre
adonde era el favor mas provechoso,
y los sangrientos hierros en las manos
cercan el esquadron de los Christianos.

La copia de los bárbaros creciendo,
crece el son de las armas y refriega,
y los nuestros se van disminuyendo,
que en su ayuda y socorro nadie llega;
pero con grande esfuerzo combatiendo,
ninguno la persona á ciento niega;
ni allí se vió Español que se notase
que á su deuda una mínima faltase.

Mas de la suerte como si del cielo
tuvieran el seguro de las vidas,
se meten, y se arrojan sin recelo
por las furiosas armas homicidas:
caen por tierra, y echan por el suelo,
dan, y reciben ásperas heridas,
que el número dispar y aventajado
suple el valor, y el ánimo sobrado.

Y así se contraponen, no temiendo
la muerte y furia bárbara importuna,
el ímpetu y pujanza resistiendo
de la gente, del hado y la fortuna:
mas contrastar á tantos no pudiendo
sin socorro, favor, ni ayuda alguna,
dilatando el morir, les fué forzoso
volver á su camino trabajoso.

Pareçe el esperar mas desatino,
ue van los delanteros como el viento;
ısar de aquel remedio les convino,
/ no del temerario atrevimiento:
nuchos mueren enmedio del camino
oor falta de caballos , y de aliento,
/ de sangre tambien , que el verde prado
quedaba de su rastro colorado.

Floxos ya los caballos y encalmados,
os bárbaros por pies los alcanzaban,
/ en los rendidos dueños derribados
a fuerza de los brazos ensayaban:
otros de los peones empachados,
digo de los Christianos que á pie andaban,
casi moverse al trote no podian,
que con solo el temor los detenian.

Los cansados peones se contentan
con las colas , ó acciones aferradas,
y en vano lastimosos representan
estrechas amistades olvidadas:
de sí los de á caballo los ausentan,
si no pueden á ruego , á cuchilladas,
como á los mas odiosos enemigos,
que no era á la sazon tiempo de amigos.

Atruena todo el valle el gran bullicio,
armas , grita y clamor triste se oia
de la gente Española , y de servicio
que á manos de los Indios perecia:
no se vió tan sangriento sacrificio,
ni tan estraña y cruda anotomía,
como los fieros bárbaros hiciéron
en dos mil y quinientos que muriéron.

Unos vienen al suelo mal heridos
de los lomos al vientre atravesados;
por medio de la frente otros hendidos;
otros mueren con honra degollados:
otros que piden medios y partidos,
de los cascos los ojos arrancados,
los fuerzan á correr por peligrosos
peñascos sin parar precipitosos.

Y á las tristes mugeres delicadas
el debido respeto no guardaban;
ántes con mas rigor por las espadas
sin escuchar sus ruegos las pasaban:
no tienen miramiento á las preñadas;
mas los golpes al vientre encaminaban,
y aconteció salir por las heridas
las tiernas pernezuelas no nacidas.

Suben por la gran cuesta al que mas puede,
y paga el perezoso y negligente,
que á ninguno mas vida se concede
de quanto puede andar ligeramente:
y aquel torpe es forzoso que se quede
que no es en la carrera diligente,
que la muerte que ayrada atras venia
en afirmando el pie, le sacudia.

Aunque la cuesta es áspera y derecha,
muchos á la alta cumbre han arribado,
adonde una albarrada hallaron hecha,
y el paso con maderos ocupado:
no tiene aquel camino otra desecha,
que el cerro casi entorno era tajado,
del un lado le bate la marina,
del otro un gran peñol con él confina.

Era de gruesos troncos mal pulidos
l nuevo muro en breve tiempo hecho
on arte unos en otros enxeridos
ue cerraban la senda y paso estrecho:
entro estaban los Indios prevenidos
as armas sobre el muro y antepecho,
ue segun orgullosos se mostraban,
l cielo, no á la gente amenazaban.
Viendo los Españoles ya cerrados
os pasos y cerrada la esperanza,
pasar ó morir determinados,
oniendo en Dios la firme confianza;
le la albarrada un trecho desviados
rueban de los caballos la pujanza,
orriendo un golpe dellos á romperla,
los bárbaros dentro á defenderla.
Así la gente estaba detenida,
ue todo su trabajo no importaba,
i al peligro hallaba la salida
asta que el viejo Villagrán llegaba:
ue vista la escusada arremetida
uan poco en el remedio aprovechaba,
in temor de morir, ni muestra alguna
ió aquí el último tiento á la fortuna.
Estaba en un caballo derrivado
e la española raza, poderoso,
ncho de quadra, espeso, bien travado,
astaño de color, presto, animoso,
eloz en la carrera, y alentado,
le grande fuerza, y de ímpetu furioso,
la furia sujeta y corregida
or un débil bocado y blanda brida.

El rostro le endereza y al momento
bate el presto Español recio la hijada,
que sale con furioso movimiento
y encuentra con los pechos la albarrada:
no hace en el romper mas sentimiento
que si fuera en carrera acostumbrada,
abriendo tal camino, que pasáron
todos los que de abaxo se escapáron.

Los bárbaros ayrados defendian
el paso; pero al cabo no pudiéron;
que por mas que las armas esgrimian,
los fuertes Españoles los rompiéron:
unos ácia la mano diestra guian,
otros tan buen camino no supiéron,
tomando á la siniestra un mal sendero
que á dar iba en un gran despeñadero.

A la siniestra mano ácia el Poniente
estaban dos caminos mal usados,
estos debian de ser antiguamente
por do al agua baxan los venados:
digo en tiempos pasados, que al presente
por mil partes estaban derrumbados,
y el remate tajado con un salto
de mas de ciento y veinte brazas de alto.

Por órden de natura no sabida,
ó por gran sequedad de aquella tierra,
ó algun diluvio grande y avenida
fué causa de tajarse aquella sierra:
pues por allí la gente mal regida
ocupada del miedo de la guerra,
huyendo de la muerte ya sin tino
á dar derechamente en ella vino.

La inadvertida gente iba rodando,
que repararse un paso no podia,
el segundo al primero tropellando,
y el tercero al segundo recio envia:
el número se va multiplicando,
un cuerpo mil pedazos se hacia,
siempre rodando con furor violento
hasta parar en el mas baxo asiento.

Como el fiero Tiféo presumiendo
lanzar de sí el gran monte y pesadumbre,
quando el terrible cuerpo estremeciendo
sacude los peñascos de la cumbre
que vienen con gran ímpetu y estruendo
hechos piezas abaxo en muchedumbre;
así la triste gente mal guiada
rodando al llano va despedazada.

Pero aquella que el buen camino tiene
de verle con presteza el fin procura,
ninguno por el otro se detiene,
que detenerse ya fuera locura:
rodar tambien alguno le conviene,
que mas de lo posible se apresura:
á caballo, y á pie, y aun de cabeza
llegáron á lo baxo en poca pieza.

Sueltos iban caballos por el prado,
que muertos los señores han caido,
otros desocuparlos fué forzado,
que por floxos la silla habian perdido:
qual ligero cavalga, y qual turbado
del temor de la muerte ya impedido
atinar al estrivo no podia,
y el caballo y sazon se le huia.

No aguardaban por estos, mas corriendo
juegan á mucha priesa los talones,
el delantero sin parar siguiendo,
que no le alcanzarán á dos tirones:
votos, promesas entre sí haciendo
de ayunos, romerías, oraciones,
y aun otros reservados solo al Papa,
si Dios deste peligro los escapa.

Venian ya los caballos por el llano
las orejas tremiendo derramadas,
quiérenlos aguijar; mas es en vano,
aunque recio les abren las hijadas:
el hermano no escucha al caro hermano,
las lástimas allí son escusadas,
quien dos pasos del otro se aventaja
por ganar otros dos muere y trabaja.

Como el que sueña que en el ancho coso
siente al furioso toro avecinarse,
que piensa atribulado y temeroso
huyendo de aquel ímpetu salvarse,
y se aflige y congoxa presuroso
por correr, y no puede menearse:
así estos á gran priesa á los caballos
no pueden, aunque quieren, aguijallos.

Haciendo el enemigo gran matanza
sigue el alcance, y siempre los aquexa,
dichoso aquel que buen caballo alcanza,
que de su furia un poco mas se alexa:
quien la adarga abandona, quien la lanza,
quien de cansado el propio cuerpo dexa,
y así la vencedora gente brava
la fiera sed con sangre mitigaba,

Aquel que por desdicha atrás venia,
ninguno (aunque sea amigo) le socorre,
de espacio el mas ligero se movia,
quien el caballo trota , mucho corre:
el cansancio y la sed los afligia:
mas Dios que en el mayor peligro acorre,
frenó el ímpetu y curso al enemigo,
segun en el siguiente Canto digo.

CANTO VII.

Llegan los Españoles á la ciudad de la Concepcion hechos pedazos, cuentan el destrozo y pérdida de nuestra gente, y vista la poca que para resistir tan gran pujanza de enemigos en la ciudad habia, y las muchas mugeres, niños y viejos que dentro estaban, se retiran en la ciudad de Santiago. Asimismo en este Canto se contiene el saco, incendio y ruina de la ciudad de la Concepcion.

Tener en mucho un pecho se debria
á do el temor jamás halló posada,
temor que honrosa muerte nos desvia
por una vida infame y deshonrada:
en los peligros grandes la osadía
merece ser de todos estimada,
el miedo es natural en el prudente,
y el saberlo vencer, es ser valiente.

Esto podrán decir los que picaban
los cansados caballos aguijando;
pues tanto de temor se apresuraban
que les daremos crédito aun callando:
con los prestos calcaños lo afirmaban,
con piernas, brazos, cuerpo hijadeando:
tambien los Araucanos sin aliento,
la furia iban perdiendo y movimiento.

Que del grande trabajo fatigados
en èl largo y veloz curso afloxáron,
y por el gran teson desalentados
á seis leguas de alcance los dexáron:
los nuestros del temor mas aguijados,
al entrar de la noche se halláron
en la estrema ribera de Biobió,
adonde pierde el nombre y ser de rio.

Y á la orilla un gran barco asido viéron
de una gruesa cadena á un viejo pino,
los mas heridos dentro se metiéron
abriendo por las aguas el camino:
y los demas con ánimo atendiéron
hasta que el esperado barco vino,
y con la diligencia comenzada
á la ciudad arriban deseada.

Puédese imaginar qual llegarian
del trabajo y heridas maltratados:
algunos casi rostros no traian,
otros los traen de golpes levantados:
del infierno parece que salian,
no hablan, ni responden elevados,
á todos con los ojos rodeaban,
y mas callando el daño declaraban.

Despues que dió el cansancio y torpe espanto
licencia de decir lo que pasaba,
dexando el pueblo atónito ya quanto,
súbito en triste tono levantaba
un alboroto y doloroso llanto,
que el gran desastre mas solemnizaba,
y al son discorde y áspera armonía
la casa mas vecina respondia.

Quien llora el muerto padre, quien marido,
quien hijos, quien sobrinos, quien hermanos,
mugeres como locas sin sentido
ansiosas tuercen las hermosas manos:
con el fresco dolor crece el gemido,
y los protestos de accidente vanos,
los niños abrazados con las madres
preguntaban llorando por sus padres.

De casa en casa corren publicando
las voces y clamores esforzados,
los muertos que muriéron peleando,
y aquellos infelices despeñados:
mozas, casadas, viudas lamentando,
puestas las manos y ojos levantados
piden á Dios para dolor tan fuerte
el ultimo remedio de la muerte.

La amarga noche sin dormir pasaban
al son de dolorosos instrumentos;
mas el dia venido se atajaban
con otro mayor mal estos lamentos:
diciendo que á gran furia se acercaban
los Araucanos bárbaros sangrientos,
en una mano hierro, en otra fuego,
sobre el pueblo Español de temor ciego.

Ya la parlera fama pregonando
torpes y rudas lenguas desataba,
las cosas de Lautáro acrecentando,
los enemigos ánimos menguaba,
que ya cada Español casi temblando,
dando fuerza á la fama, levantaba
al mas flaco Araucano hasta el cielo,
derramando en los ánimos un yelo.

Levántase un rumor de retirarse,
y la triste ciudad desamparalla,
diciendo que no pueden sustentarse
contra los enemigos en batalla:
corrillos comenzaban á formarse,
la voz comun aprueba el despoblalla;
algunos con razones importantes
reprobaban las causas no bastantes.

Dos varias partes eran admitidas
del temor, y el amor de la hacienda;
la poca gente, muertes y heridas
dicen que la ciudad no se defienda;
las haciendas y rentas adquiridas
al liberal temor cogen la rienda;
mas luego se esforzó y creció de modo,
que alfin se apoderó de todo en todo.

La gente principal claro pretende
desamparar el pueblo y propio nido,
el temeroso vulgo aun no lo entiende;
mas tiende oreja atenta á aquel ruido:
visto el público trato, mas no atiende,
que súbito alterado y removido
de nuevo esfuerza el llanto y las querellas,
poniendo un alarido en las estrellas.

Quien á su casa corre pregonando
la venida del bárbaro guerrero;
quien aguija á la silla procurando
cincharla en el caballo mas ligero:
las encerradas vírgenes llorando
por las calles sin manto ni escudero,
atónitas de acá, y de allá perdidas
á las madres buscaban desvalidas.

Como las corderillas temerosas
de las queridas madres apartadas,
balando van perdidas presurosas
haciendo en poco espacio mil paradas,
ponen atenta oreja á todas cosas,
corren aquí y allí desatinadas:
así las tiernas vírgenes llorando
á voces á las madres van llamando.

De rato en rato se renueva y crece
el llanto, la afliccion y el alarido;
tal vez ay que de subito enmudece,
reduciendo el sentir solo al oido:
qualquier sombra Lautáro les parece,
su rigurosa voz qualquier ruido,
alzan la grita; y corren no sabiendo
mas de ver á los otros ir corriendo.

Era cosa de oir bien lastimosa
los suspiros, clamores y lamento,
haciéndolos mayores qualquier cosa
que trate de nuevo el miedo por el viento:
desampara la turba temerosa
sus casas, posesion y heredamiento,
sedas, tapices, camas, recamados,
tejos de oro y de plata atesorados.

Si alguno hace protestas requiriendo
que no sea la ciudad desamparada,
responde el principal: yo no lo entiendo,
ni de mi voluntad soy parte en nada;
pero el temor un viejo posponiendo
les dice: gente vil acobardada,
deshonra del honor y ser de España,
¿qué es esto, dónde vais, quién os engaña?

No fué esta correccion de algun provecho,
ni otras cosas que el viejo les decia,
muestran todos hacerse á su despecho,
y van al que mas corre ya la via.
Es justo que la fama cante un hecho
digno de celebrarse hasta el dia
que cese la memoria por la pluma,
y todo pierda el ser y se consuma.

Doña Mencía de Nidos, una dama
noble, discreta, valerosa, osada,
es aquella que alcanza tanta fama
en tiempo que á los hombres es negada:
estando enferma y flaca en una cama,
siente el grande alboroto, y esforzada,
asiendo de una espada y un escudo,
salió tras los vecinos como pudo.

Ya por el monte arriba caminaban,
volviendo atras los rostros afligidos
á las casas y tierras que dexaban,
oyendo de gallinas mil graznidos:
los gatos con voz hórrida maullaban,
perros daban tristísimos ahullidos:
Prógne con la turbada Filomena
mostraban en sus cantos grave pena.

Pero con mas dolor Doña Mencía,
que dello daba indicio y muestra clara,
con la espada desnuda lo impedía,
y enmedio de la cuesta y dellos para,
el rostro á la ciudad vuelto decia:
¡ó valiente nacion, á quien tan cara
cuesta la tierra y opinion ganada
por el rigor y filo de la espada!

Decidme ¿qué es de aquella fortaleza,
que contra los que así temeis mostrastes?
¿qué es de aquel alto punto, y la grandeza
de la inmortalidad á que aspirastes?
¿qué es del esfuerzo, orgullo, la braveza,
y el natural valor de que os preciastes?
¿adónde vais cuitados de vosotros,
que no viene ninguno tras nosotros?

¡O quantas veces fuistes imputados
de impacientes, altivos, temerarios,
en los casos dudosos arrojados,
sin atender á medios necesarios;
y os vimos en el yugo traer domados
tan gran número y copia de adversarios,
y emprender y acabar empresas tales
que distes á entender ser inmortales!

Volved á vuestro pueblo ojos piadosos
por vos de sus cimientos levantado,
mirad los campos fértiles viciosos
que os tienen su tributo aparejado:
las ricas minas, y los caudalosos
rios de arenas de oro, y el ganado
que ya de cerro en cerro anda perdido
buscando á su pastor desconocido.

Hasta los animales que carecen
de vuestro racional entendimiento
usando de razon, se condolecen,
y muestran doloroso sentimiento:
los duros corazones se enternecen,
no usados á sentir; y por el viento
las fieras la gran lástima derraman,
y en voz casi formada nos infaman.

Dexais quietud, hacienda y vida honrosa
de vuestro esfuerzo y brazos adquirida,
por ir á casa agena embarazosa
á do tendremos mísera acogida:
¿qué cosa puede haber mas afrentosa,
que ser huesped toda nuestra vida?
Volved, que á los honrados vida honrada
les conviene, ó la mas muerte acelerada.

Volved, no vais así desa manera,
ni del temor os deis tan por amigos,
que yo me ofrezo aquí, que la primera
me arrojaré en los hierros enemigos:
haré yo esta palabra verdadera,
y vosotros sereis dello testigos:
volved, volved gritaba; pero en vano,
que á nadie pareció el consejo sano.

Como el honrado padre recatado,
que piensa reducir con persuasiones
al hijo del propósito dañado,
y está alegando en vano mil razones;
que al hijo incorregible y obstinado
le importunan y cansan los sermones:
así al temor la gente ya entregada
no sufre ser en esto aconsejada.

Ni á Paulo le pasó con tal presteza
por las sienes la Jáculo serpiente,
sin perder de su vuelo ligereza,
llevándole la vida juntamente;
como la odiosa plática y braveza
de la dama de Nidos por la gente;
pues apénas entró por un oido
quando ya por el otro habia salido.

Sin escuchar la plática del todo
llevados de su antojo caminaban
mugeres sin chapines por el lodo
á gran priesa las faldas arrastraban:
fuéron doce jornadas deste modo,
y á Mapochó alfin dellas arribaban:
Lautáro que se siente descansado
me da priesa, que mucho me he tardado.

No es bien que tanto dél nos descuidemos,
pues él no se descuida en nuestro daño,
y á donde le dexamos volverémos,
que fué donde dexó el alcance estraño:
en muy poco papel resumiremos
un gran proceso y término tamaño,
que fuera necesario larga historia
para ponerlo estenso por memoria.

Mas con la brevedad ya profesada
me detendré lo ménos que pudiere,
y las cosas menudas de pasada
tocaré lo mejor que yo supiere:
pido que atenta oreja me sea dada,
que el cuento es grave y atencion requiere,
para que con curiosa y fácil pluma
los hechos destos bárbaros resuma.

Que luego que el alcance hubo cesado,
volviendo al hijo de Pillán gozoso
que atras un largo trecho habia quedado
mas por autoridad, que de medroso:
al General despachan un soldado,
aloxándose el campo en el gracioso
valle de Talcamábida importante,
de pastos y comidas abundante.

Un bárbaro valiente, que tenia
la estancia y heredad en aquel valle,
halló un Indio christiano por la via;
pero no se preciando de matalle,
prisionero á su casa le traia,
y comienza en tal modo á razonalle:
la vida, oh miserable! quiero darte,
aunque no la mereces por tu parte.

Pues que ya que á la guerra tú venias
gozando del honor de los guerreros,
¿por qué con las mugeres te escondias
viendo á hierro morir tus compañeros?
muger debes de ser, pues que temias
tanto de alguna espada los aceros:
y así quiero que tengas el oficio
en todo lo que toca á mi servicio.

Mandó que del oficio se encargase
que á la muger honesta es permitido,
y la posada y cena concertase
en tanto que del sueño convencido
los fatigados miembros recrease:
y habiéndose á su cama recogido,
al mundo el sol dos vueltas habia dado,
y no habia el Araucano despertado.

Sepultado en un sueño tan profundo
como si de mil años fuera muerto,
hasta que el claro sol dió luz al mundo
á la vuelta tercera, que despierto
pidió la usada ropa, y lo segundo
si estaba la comida ya en concierto;
el diligente siervo respondia,
que depues de guisada estaba fria.

Diciéndole tambien como habia estado
cincuenta horas de término en el lecho
del trabajo y manjares olvidado,
con todo lo demas que se habia hecho,
y que el comer estaba aparejado
si del sueño se hallaba satisfecho:
el bárbaro responde: no me espanto
de haber sin despertar dormido tanto;

Que el cuidadoso Lautáro apercebido
por hacer desear vuestra llegada,
la gente en esquadrones ha tenido
con tanta diciplina castigada,
que aun el sentarnos era defendido
en acabando Apolo su jornada,
hasta que ya los rayos de su lumbre
nos daban de la vuelta certidumbre.

Si alguno de su puesto se movia,
sin esperar descargo le empalaba,
y aquel que de cansado se dormia,
enmedio de dos picas le colgaba:
quien cortaba una espiga allí moria
demas de la racion que se le daba:
con órdenes estrechas y precetos
nos tuvo como digo así sujetos.

Desta suerte estuvimos los soldados
mas de catorce noches aguardando,
las picas altas, á ellas arrimados,
vuestra tarda venida deseando:
del sueño y del cansancio quebrantados
pasando gran trabajo, hasta quando
supimos que llegabades ya junto,
que nos quitó el cansancio en aquel punto.

Viendo el silencio que en el valle habia,
le pregunta si el campo era partido:
el mozo dice : ayer ántes del dia
salió de aquí con súbito ruido:
afirmarte la causa no sabria,
aunque por claras muestras he entendido,
que la ciudad de Penco torreada
era del Español desamparada.

Así era la verdad, que caminado
habian los esquadrones vencedores
ácia el pueblo Español desamparado
de los inadvertidos moradores:
la codicia del robo, y el cuidado
les puso espuelas y ánimos mayores:
siete leguas del valle á Penco habia,
y arribáron en solo medio dia.

A vista de las casas ya la gente
se reparte por todos los caminos,
porque el saco del pueblo sea igualmente
lleno de ropa y falto de vecinos:
apénas la señal del partir siente,
quando qual negra vanda de estorninos
que se abate al monton del blanco trigo,
baxa al pueblo el exército enemigo.

La ciudad yerma en gran silencio atiende
el presto asalto y fiera arremetida
de la bárbara furia, que deciende
con alto estruendo y con veloz corrida:
el ménos codicioso allí pretende
la casa mas copiosa y bastecida:
vienen de gran tropel ácia las puertas
todas de par en par francas y abiertas.

Corren toda la casa en el momento,
y en un punto escudriñan los rincones,
muchos por no engañarse por el tiento
rompen y descerrajan los caxones,
baten tapices , rimas y ornamento,
camas de seda y ricos pavellones,
y quanto descubrir pueden de vista,
que no hay quien los impida ni resista.

No con tanto rigor el pueblo Griego
entró por el Troyano aloxamiento,
sembrando Frigia sangre y vivo fuego,
talando hasta en el último cimiento:
quando de ira , venganza y furor ciego
el bárbaro del robo no contento
arruina , destruye , desperdicia,
y aun no puede cumplir con su malicia.

Quien sube la escalera , y quien abaxa,
quien á la ropa , y quien al cofre aguija,
quien abre , quien desquicia y desencaxa,
quien no dexa fardél , ni baratija,
quien contiende , quien riñe , quien baraja,
quien alega y se mete á la partija:
por las torres , desvanes y texados
aparecen los bárbaros cargados.

No en colmenas de abejas la freqüencia,
priesa y solicitud quando fabrican
en el panal la miel con providencia,
que á los hombres jamás lo comunican;
ni aquel salir , entrar y diligencia
con que las tiernas flores melifican,
se puede comparar , ni ser figura
de lo que aquella gente se apresura.

Alguno de robar no se contenta
la casa que le da cierta ventura,
que la insaciable voluntad sedienta
otra de mayor presa le figura:
haciendo codiciosa y necia cuenta
busca la incierta y dexa la segura,
y llegando el sol puesto á la posada
se queda, por buscar mucho, sin nada.

Tambien se roba entre ellos lo robado,
que poca cuenta y amistad habia,
sino se pone en salvo á buen recado,
que allí el mayor ladron mas adquiria:
qual lo saca arrastrando, qual cargado
va que del propio hermano no se fia:
mas parte á ningun hombre se concede
de aquello que llevar consigo puede.

Como para el invierno se previenen
las guardosas hormigas avisadas
que á la abundante troxe van y vienen,
y andan en acarretos ocupadas,
no se impiden, estorban, ni detienen,
dan las vacias el paso á las cargadas:
así los Araucanos codiciosos
entran, salen y vuelven presurosos.

Quien buena parte tiene, mas no espera,
que presto pone fuego al aposento,
no aguarda que los otros salgan fuera,
ni tiene al edificio miramiento:
la codiciosa llama de manera
iba en tanto furor y crecimiento,
que todo el pueblo mísero se abrasa,
corriendo el fuego ya de casa en casa.

Por alto y baxo el fuego se derrama,
los cielos amenaza el son horrendo,
de negro humo espeso y viva llama
la infelice ciudad se va cubriendo:
treme la tierra entorno, el fuego brama
de subir á su esfera presumiendo,
caen de rica labor maderamientos
resumidos en polvos cenicientos.

Piérdese la ciudad mas fértil de oro
que estaba en lo poblado de la tierra,
y adonde mas riquezas y tesoro
segun fama en sus términos se encierra.
O quántos vivirán en triste lloro
que les fuera mejor continua guerra!
pues es mayor miseria la pobreza
para quien se vió en próspera riqueza.

A quien diez, y á quien veinte, y á quien treinta
mil ducados por años les rentára,
el mas pobre tuviera mil de renta,
de aquí ninguno dellos abaxára:
la parte de Valdivia era sin cuenta
si la ciudad en paz se sustentára,
que entorno la cercaban ricas venas,
fáciles de labrar y de oro llenas.

Cien mil casados súbitos servian
á los de la ciudad desamparada,
sacar tanto oro en cantidad podian,
que á tenerse viniera casi en nada:
esto que digo, y la opinion perdian
por afloxar el brazo de la espada,
ganados, heredades ricas casas,
que ya se van tornando en vivas brasas.

La grita de los bárbaros se entona,
no cabe el gozo dentro de sus pechos,
viendo que el fuego horrible no perdona
hermosas quadras, ni labrados techos:
en tanta multitud no hay tal persona
que en verlos se duela asi deshechos;
ántes suspiran, gimen, y se ofenden,
porque tanto del fuego se defienden.

Paréceles que es lento y espacioso,
pues tanto en abrasarlos se tardaba,
y maldicen al tracio proceloso,
porque la flaca llama no esforzaba:
al caer de las casas sonoroso
un terrible alarido resonaba,
que junto con el humo y las centellas
subiendo amenazaba las estrellas.

Crece la fiera llama en tanto grado
que las mas altas nubes encendia,
tracio con movimiento arrebatado
sacudiendo los árboles venia,
y Vulcano al rumor sucio y tiznado
con los herreros fuelles acudia
que ayudáron su parte al presto fuego;
y así se apoderó de todo luego.

Nunca fué de Neron el gozo tanto
de ver en la gran Roma poderosa
prendido el fuego ya por cada canto,
vista sola á tal hombre deleytosa:
ni aquello tan gran gusto le dió, quanto
gusta la gente bárbara dañosa
de ver como la llama se estendia,
y la triste ciudad se consumia.

Era cosa de oir , dura y terrible
los estallidos y fornáce estruendo,
el negro humo espeso , é insufrible
qual nube en ayre así se va imprimiendo:
no hay cosa reservada al fuego horrible,
todo en sí lo convierte , resumiendo
los ricos edificios levantados
en antignos corrales derribados.

Llegado alfin el último contento
de aquella fiera gente vengativa,
aun no parando en esto el mal intento,
ni planta en pie , ni cosa dexan viva:
el incendio acabado como cuento,
un mensagero con gran priesa arriba
del hijo de Leocán , y su embaxada
será en el otro Canto declarada.

CANTO VIII.

Júntanse los Caciques y Señores principales á consejo general en el valle de Arauco. Mata Tucapél al Cacique Puchecalco, y Caupolicán viene con poderoso exército sobre la ciudad Imperial fundada en el valle de Cautén.

Un limpio honor del ánimo ofendido
jamás puede olvidar aquella afrenta,
trayendo al hombre siempre así encogido,
que dello sin hablar da larga cuenta:
y en el mayor contento desabrido
se le pone delante, y representa
la dura y grave afrenta con un miedo,
que todos le señalan con el dedo.

Si bien esto los nuestros lo miráran,
y al temor con esfuerzo resistieran,
sus haciendas y casas sustentáran,
y en la justa demanda fenecieran,
de mil desabrimientos no gustáran,
ni al terrero del vulgo se pusieran,
del vulgo, que jamás dice lo bueno,
ni en decir los defetos tiene freno.

Pero de un vando y de otro contemplada
la diferencia en número de gentes,
la ciudad sin reparos, descercada,
con otra infinidad de inconvenientes,
y el ver puestas al filo de la espada
las gargantas de tantos inocentes,
niños, mugeres, virgenes sin culpa,
será bastante y licita disculpa.

Sino es disculpa y causa lo que digo,
se puede atribuir este suceso
á que fué del Señor justo castigo,
visto de su soberbia el gran exceso,
permitiendo que el bárbaro enemigo,
aquel que fué su súbdito y opreso
los eche de su tierra y posesiones,
y les ponga el honor en opiniones.

Bien que en la Concepcion copia de gente
estaba á la sazon, pero gran parte
de barba blanca y arrugada frente,
inutil en la dura y bélica arte;
y poca de la edad mas suficiente
á resistir el gran rigor de Marte,
y á la parcial fortuna que se muestra
en todos los sucesos ya siniestra.

¿Quién podrá con el vando Lautarino
viendo que su opinion tanto crecia,
y la fortuna próspera el camino
en nuestro daño y su provecho abria?
no piensa reparar hasta el divino
cielo, y arruinar su monarquía,
haciendo aquellos bárbaros bizarros
grandes fieros, bravezas y desgarros.

Pues el pueblo de Penco desolado
y de la fiera llama consumido,
dixe como á gran priesa habia llegado
un Indio mensagero conocido,
que por Caupolicán era enviado;
y habiendo de su parte encarecido
la gran batalla digna de memoria,
las gracias les rindió de la vitoria.

Dixo tambien sin alargar razones
que el General mandaba que partiese
Lautáro con los prestos esquadrones,
y en el valle de Arauco se metiese,
donde el Senado y junta de varones
tratasen lo que mas le conviniese;
pues en el fértil valle hay aparejo
para la junta y general consejo.

En oyendo Lautáro aquel mandato,
levanta el campo, sin parar camina,
dexa gran tierra atrás, y en poco rato
al monte Audalicáno se avecina:
y por llegar de súbito rebato,
el camino torció por la marina,
ganosos de burlar al vando amigo
tomando el nombre y voz del enemigo.

Tanto marchó, que al asomar del dia
dió sobre las esquadras de repente
con una barahunda y vocería,
que puso en arma y alteró la gente;
mas vuelto el alboroto en alegría,
conocida la burla claramente,
los unos y los otros sin firmarse
sueltas las armas, corren á abrazarse.

Caupolicán, alegre, humano y grave
los recibe, abrazando al buen Lautáro,
y con regalo y plática suave
le da prendas y honor de hermano caro:
la gente que de gozo en sí no cabe
por la ribera de un arroyo claro
en juntas y corrillos derramada,
celebran de beber la fiesta usada.

Algun tiempo pasáron despues desto
ántes que el gran Senado fuese junto,
tratando en su jornada y presupuesto
desde el principio al fin sin faltar punto;
pero al término justo y plazo puesto
llegó la demas gente, y todo á punto
los principales hombres de la tierra
entráron en consulta á uso de guerra.

Llevaba el General aquel vestido
con que Valdivia ante él fué presentado,
era de verde y púrpura texido
con rica plata y oro recamado,
un peto fuerte en buena guerra habido
de fina pasta y temple relevado,
la celada de claro y limpio acero,
y un mundo de esmeralda por cimero.

Todos los Capitanes señalados
á la española usanza se vestian,
la gente del comun y los soldados
se visten del despojo que traian:
calzas, jubones, cueros desgarrados
en gran estima y precio se tenian:
por inútil y baxo se juzgaba
el que Español despojo no llevaba.

A manera de triunfos ordenáron
el venir á la junta así vestidos,
y en el consejo como digo entráron
ciento y treinta Caciques escogidos:
por su costumbre antigua se sentáron
segun que por la espada eran tenidos:
estando en gran silencio el pueblo ufano
así soltó la voz Caupolicano.

Bien ententido tengo yo , varones,
para que nuestra fama se acreciente,
que no es menester fuerza de razones,
mas solo el apuntarlo brevemente:
que segun vuestros fuertes corazones
entrar la España pienso fácilmente,
y al gran Emperador invicto Carlo
al dominio Araucano sujetarlo.

Los Españoles vemos que ya entienden
el peso de las mazas barreadas,
pues ni en campo , ni en muro nos atienden;
sabemos como cortan sus espadas,
y quan poco las mallas los defienden
del corte de las hachas aceradas:
si sus picas son largas y fornidas,
con las vuestras han sido ya medidas.

De vuestro intento asegurarme quiero,
pues estoy del valor tan satisfecho,
que gruesos muros de templado acero
allanaréis poniéndoles el pecho:
con esta confianza el delantero
seguiré vuestro vando , y el derecho
que teneis de ganar la fuerte España
y conquistar del mundo la campaña.

La deidad desta gente entenderemos,
y si del alto cielo cristalino
deciende, como dicen, abriremos
á puro hierro anchísimo camino:
su género y linage asolaremos,
que no bastará exército divino,
ni divino poder, esfuerzo y arte
si todos nos hacemos á una parte.

Enfin fuertes guerreros, como digo,
no puede mi intencion mas declararse,
aquel que me quisiere por amigo
á tiempo está que puede señalarse:
téngame desde aquí por enemigo
el que quisiere á paces arrimarse:
aquí dió fin, y su intencion propuesta,
esperaba sereno la respuesta.

Ceja no se movió, y aun el aliento
apénas al espíritu halló via
miéntras duró el soberbio parlamento,
que el gran Caupolicano les hacia:
hubo en el responder el cumplimiento
y ceremonia usada en cortesia:
á Lautáro tocaba, y escusado,
Lincoya así responde levantado.

Señor: Yo no me he visto tan gozoso
despues que en este triste mundo vivo,
como en ver manifiesto el valeroso
ánimo dese invicto pecho altivo:
y así por pensamiento tan glorioso
me ofrezco por tu siervo y tu cautivo,
que no quiero ser Rey del cielo y tierra
si hubiese de acabarse aquí la guerra.

Y en testimonio desto yo te juro
de te seguir y acompañar de hecho,
ni por áspero caso adverso y duro
á la patria volver jamas el pecho:
desto puedes, señor, estar seguro,
y todo faltará y será deshecho,
ántes que la palabra acreditada
de un hombre como yo por prenda dada.

Así dixo: y tras él, aunque rogado,
el buen Peteguelén Curaca anciano,
de condicion muy áspera enojado;
pero afable en la paz, fácil y humano,
viejo, enxuto, dispuesto, bien trazado,
señor de aquel hermoso y fértil llano,
con espaciosa voz y grave gesto
propuso en sus razones sabias esto.

Fuerte varon y Capitan perfeto,
no dexaré de ser el delantero
á probar la fineza deste peto,
y si mi hacha rompe el fino acero;
mas como quien lo entiende te prometo,
que falta por hacer mucho primero
que salgan Españoles desta tierra,
quanto mas ir á España á mover guerra.

Bien será que, señor, nos contentemos
con lo que nos dexáron los pasados,
y á nuestros enemigos desterremos,
que están en lo mas dello apoderados:
despues por el suceso entenderemos
mejor el disponer de nuestros hados:
esto á mí me parece, y quien quisiere
proponga otra razon, si mejor fuere.

Callando este Cacique , se adelanta
Tucapélo de cólera encendido,
y sin respeto así la voz levanta
con un tono soberbio y atrevido,
diciendo : á mí la España no me espanta,
y no quiero por hombre ser tenido
si solo no arruino á los Christianos,
ahora sean divinos , ahora humanos.

Pues lanzarlos de Chile y destruirlos
no será para mí bastante guerra,
que pienso , si me esperan , confundirlos
en el profundo centro de la tierra;
y si huyen , mi maza ha de seguirlos,
que es la que deste mundo los destierra:
por eso no nos ponga nadie miedo,
que aun no haré en hacerlo lo que puedo.

Y por mi diestro brazo os aseguro,
si la maza dos años me sustenta,
á despecho del cielo , á hierro puro
de dar desto descargo y buena cuenta,
y no dexar de España enhiesto muro,
y aun el ánimo á mas se me acrecienta,
que despues que allanare el ancho suelo,
á guerra incitaré al supremo cielo.

Que no son hados , es pura flaqueza
la que nos pone estorbos y embarazos;
pensar que haya fortuna , es gran simpleza,
la fortuna es la fuerza de los brazos:
la máquina del cielo y fortaleza
vendrá primero abaxo hecha pedazos,
que Tucapél en esta y otra empresa
falte un mínimo punto en su promesa.

Peteguelén la vieja sangre fria
se le encendió de rabia y levantado
le dice : ó arrogante ! la osadía
(sin discrecion) jamás fué de esforzado:
pero Caupolicán que conocia
del viejo á tiempo el ánimo arrojado,
con discrecion le ataja las razones
haciendo proponer á otros varones.

Purén se ofrece allí ; y Angól se ofrece
no con menor braveza y desatiento;
Ongolmo no quedó segun parece
de mostrar su soberbio pensamiento:
del uno en otro multiplica y crece
el número en el mismo ofrecimiento:
Colocólo que atento estaba á todo
sacó la voz diciendo deste modo:

La verde edad os lleva á ser furiosos,
ó hijos ! y nosotros los ancianos
no somos en el mundo provechosos
mas de para decir consejos sanos,
que no nos ciegan humos vaporosos
del juvenil hervor y años lozanos:
y así como mas libres entendemos
lo que siendo mancebos no podemos.

Vosotros Capitanes esforzados,
de sola una vitoria envanecidos
estais de tal manera levantados,
que os parecen ya pocos los nacidos:
templad , templad los pechos alterados,
y esos vanos esfuerzos mal regidos,
no hagais de Españoles tal desprecio,
que no venden sus vidas á mal precio.

Si dos veces por dicha los vencistes,
mirad quando primero aquí viniéron
que resistir su fuerza no pudistes;
pues mas de cinco veces os venciéron:
en el Lycureo campo ya lo vistes
lo que solos catorce allí hicieron:
no será poco hecho y buen partido
cobrar la tierra y crédito perdido.

Debemos procurar con seso y arte
redemir nuestra patria y libertarnos,
dando á vuestras bravezas ménos parte;
pues mas pueden dañar que aprovecharnos.
O hijo de Leocán, quiero avisarte,
si quieres como sabio gobernarnos,
que temples esta furia y con maduro
seso pongas remedio en lo futuro.

El consejo mas sano y conveniente
es, que el campo en tres vandas repartido
á un tiempo aunque por parte diferente,
dé sobre el Cautén pueblo aborrecido:
bien que esté en su defensa buena gente,
es poca, y este asiento destruido
Valdivia de allanar fácil sería,
pues no alcanza arcabuz, ni artillería.

Solo á mí Santiago me da pena;
pero modo á su tiempo buscarémos
para poderla entrar, y la Serena
fácilmente despues la allanarémos;
aunque sujeto á lo que el hado ordena
es el mejor camino que tenemos.
Acabando con esto el sabio viejo,
á muchos pareció bien su consejo.

Tras este otro Curáca hechicero
de la vejez decrépita impedido,
Puchecalco se llama el agorero
por sabio en los pronósticos tenido,
con profundo suspiro, íntimo y fiero
comienza así á decir entristecido:
al negro Eponamon doy por testigo
de lo que siempre he dicho y ahora digo.

Por un término breve se os concede
la libertad, y habeis lo mas gozado;
mudarse esta sentencia ya no puede,
que está por las estrellas ordenado,
y que fortuna en vuestro daño ruede;
mirad que os llama ya el preciso hado
á dura sujecion y trances fuertes,
repárense aloménos tantas muertes.

El ayre de señales anda lleno,
y las noturnas aves van turbando
con sordo vuelo el claro dia sereno,
mil prodigios funestos anunciando:
las plantas con sobrado humor terreno
se van sin producir fruto secando:
las estrellas, la luna, el sol lo afirman,
cien mil agüeros tristes lo confirman.

Mírolo todo, y todo contemplado
no sé en que pueda yo esperar consuelo,
que de su espada el Orión armado
con gran ruina ya amenaza el suelo:
Júpiter se ha al Ocaso retirado,
solo Marte sangriento posee el cielo,
que denotando la futura guerra
enciende un fuego bélico en la tierra.

Ya la furiosa muerte irreparable
viene á nosotros con ayrada diestra,
y la amiga fortuna favorable
con diferente rostro se nos muestra,
y Eponamon horrendo y espantable
envuelto en la caliente sangre nuestra,
la corva garra tiende el cerro yerto,
llevándonos al no sabido puerto.

Tucapél que de rabia rebentando
estaba oyendo al viejo, mas no atiende,
que dice : yo veré si adivinando
de mi maza este necio se defiende:
diciendo esto, y la maza levantando
la derriba sobre él, y así lo tiende
que jamás midió curso de planeta,
ni fué mas adivino, ni profeta.

Quedóle desto el brazo tan sabroso
(segun la muestra) que movido estuvo
de dar tras el Senado religioso,
y no sé la razon que lo detuvo:
Caupolicán atónito y rabioso
trasportada la mente un rato estuvo;
mas vuelto en sí con voz horrible y fiera
gritaba : Capitanes, muera, muera.

No le dió tanto gusto á aquella gente
lo que Caupolicano le decia,
quanto al soberbio bárbaro impaciente
viendo que ocasion tal se le ofrecia:
era alto el tribunal ; pero él valiente
los hace saltar dél tan á porfia,
que ciento y treinta que eran, en un punto
saltan los ciento, y él tras ellos junto.

Los que en el alto tribunal quedáron
son los en esta historia señalados,
que jamás de su asiento se mudáron
de donde lo miraban sosegados,
que de ver uno solo no curáron
mostrarse por tan poco alborotados;
aunque los que saltáron de tan alto
en ménos estimáron aquel salto.

Cubierto Tucapél de fina malla
saltó como un ligero y suelto pardo
enmedio de la tímida canalla,
haciendo plaza el bárbaro gallardo:
con silvos grita en desigual batalla;
con piedra, palo, flecha, lanza y dardo
le persigue la gente de manera
como si fuera toro ó brava fiera.

Segun suele jugar por gran destreza
el liviano montante un buen maestro,
hiriendo con estraña ligereza
delante, atras, á diestro y á siniestro:
con mas desemboltura y mas presteza,
mostrándose en los golpes fuerte y diestro
el fiero Tucapél, en la pelea
con la pesada maza se rodea.

De tullir y mancar no se contenta,
ni para contentarse esto le basta,
solo de aquellos tristes hace cuenta
que su maza los hace torta ó pasta:
rompe, magulla, muele y atormenta,
desgobierna, destroza, estropea y gasta;
tiros llueven sobre él arrojadizos,
qual tempestad furiosa de granizos.

Pero sin miedo el bárbaro sangriento
por las espesas armas discurria,
brazos, cabezas y ánimos sin cuento
soberbios quebrantó en solo aquel dia:
y qual menuda lluvia por el viento
la sangre y frescos sesos esparcia;
no discierne al pariente del estraño,
haciéndolos iguales en el daño.

Las armas eran solo en defenderle
de la canalla bárbara Araucana,
que en monton trabajaba de ofenderle;
mas el temor la ofensa hacia liviana:
era cierto admirable cosa verle
saltar y acometer con furia insana,
desmembrando la gente sin poderse
de su maza y presteza defenderse.

Caupolicán del caso no pensado
en tal furor y cólera se enciende,
que estaba de baxar determinado,
aunque su gravedad se lo defiende;
pero Lautáro alegre y admirado
miraba como solo así contiende
un hombre contra tanto barbarismo,
incrédulo y dudoso de sí mismo.

Y en esto al General con el debido
respeto y ojos baxos en el suelo,
le dice: una merced, señor, te pido,
si algo merece mi intencion y zelo,
y es, que el gran desacato cometido
perdones francamente á Tucapélo;
pues ha mostrado en campo claramente
valer él mas que toda aquella gente,

Perplexo el General estaba en duda;
pero mirando alfin quien lo pedia,
luego el executivo intento muda,
y con el rostro alegre respondia:
él ha tenido en vos bastante ayuda,
por la qual le perdono; y mas decia
que fuese á las esquadras, y mandase
que el combatirle mas luego cesase.

Baxa Lautáro al campo, y prestamente
el rico cuerno á retirar tocaba,
al son del qual se recogió la gente,
que recogerse á nadie le pesaba:
solo lo siente el bárbaro valiente
que satisfecho á su sabor no estaba;
y volviendo á Lautáro el fiero gesto,
en alta y libre voz le dixo aquesto:

¿Cómo buen Capitan has estorbado
el tomar desta vil canalla enmienda?
y verme destos rusticos vengado
para que mi valor mejor se entienda?
Lautáro le responde: es escusado
quien viniere contigo á la contienda
que se pueda valer contra tu diestra,
segun que dello has dado aquí la muestra.

Conmigo puedes ir, que te aseguro
que ningun daño y mal te sobrevenga.
Tucapél le responde: yo te juro
que un paso ese temor no me detenga,
mi maza es la que á mí me da el seguro,
lo demas como quiera vaya y venga,
que el miedo es de los niños y mugeres:
sus, alto, vamos luego á do quisieres.

Juntos los dos al tribunal llegando,
Tucapél de Lautáro adelantado
subió por la escalera , no mostrando
punto de alteracion por lo pasado:
el sagaz General disimulando
con graciosa apariencia le ha tratado,
y de la rota plática el estilo
Lautáro así diciendo , añudó el hilo.

Invito Capitan , yo he estado atento
á lo que estos varones han propuesto,
y no sé figurarte el gran contento
que me da ver su esfuerzo manifiesto:
si de servirte tengo sano intento,
mis obras por las tuyas dirán esto;
pues para ser del todo agradecidas,
será poco perder por tí mil vidas.

Estos fuertes guerreros ayudarte
quieren á restaurar la propia tierra,
porque en ello les va tambien su parte,
y por el vicio grande de la guerra:
no puedo yo dexar de aconsejarte,
aunque todo el consejo en tí se encierra,
aquello que mejor me pareciere,
y mas bien al bien público viniere.

Es mi voto que debes atenerte
al consejo con término discreto
del sabio Colocólo , que por suerte
le cupo ser en todo tan perfeto:
así que, gran señor , sin detenerte
cumple que esto se ponga por efeto,
ántes que los Christianos se aperciban,
porque mas flacamente nos reciban.

Y pues que Mapochó solo es temido,
despues que lo demas esté allanado,
por el potente Eponamon te pido,
que el cargo de asolarle me sea dado:
la tierra palmo á palmo la he medido,
con Españoles siempre he militado,
entiendo sus astucias, é invenciones,
el modo, el arte, el tiempo y ocasiones.

Quinientos Araucanos solamente
quiero para la empresa que yo digo,
escogidos en toda nuestra gente;
un soldado de mas no ha de ir conmigo:
aquí lo digo estando tú presente
y estos sabios Caciques, que me obligo
de darte la ciudad puesta en las manos
con cien cabezas nobles de Christianos.

Aquí se cerró el bárbaro orgulloso,
y gran rato sobre ello platicáron;
pareciéndoles modo provechoso
todos en este acuerdo concordáron:
despues do estaba el pueblo deseoso
de saber novedades se baxáron,
donde lo difinido y decretado
con general pregon fué declarado.

Estuviéron allí catorce dias
en grande regocijo y mucha fiesta
ocupados en juegos y alegrias,
y en quien mas veces bebe sobre apuesta:
despues contra los pueblos del Mesías
la alborozada gente en órden puesta
marcha Caupolicán con la vanguardia,
quedando Lemolemo en retaguardia.

Cerca llegó el exército furioso
de la Imperial fundada en sitio fuerte,
donde el fiero enemigo vitorioso
la pensaba entregar presto á la muerte;
mas el eterno Padre poderoso
lo dispone y ordena de otra suerte,
dilatando el azote merecido,
como vereris prestando atento oido.

CANTO IX.

Llegan los Araucanos á tres leguas de la Imperial con grueso exercito. No ha efeto su intencion por permision divina. Dan la vuelta á sus tierras, adonde les vino nueva que los Españoles estaban en el asiento de Penco reedificando la ciudad de la Concepcion. Vienen sobre los Españoles, y hubo entre ellos una recia batalla.

Si los hombres no ven milagros tantos
como se viéron en la edad pasada,
es causa haber agora pocos Santos,
y estar la ley Christiana autorizada:
y así de qualquier cosa hacen espantos
que sobre el natural uso es obrada;
y no solo al autor no dan creencia,
mas ponen en su crédito dolencia.

Que si al enfermo quiere Dios sanarle,
por su costumbre y tiempo convalece;
si al baxo miserable levantarle,
por modos ordinarios le engrandece;
si al soberbio hinchado derribarle,
por naturales términos se ofrece:
de suerte que las cosas desta vida
van por su natural curso y medida.

Por do vemos que Dios quiere y procura
hacer su voluntad naturalmente,
sirviendo de instrumento la natura
sobre la qual él solo es el potente:
y así los que creyeren por fé pura
merecen mas, que si palpablemente
viesen lo que despues de ya visible
sacarlos de que fué, seria imposible.

En contar una cosa estoy dudoso,
que soy de poner dudas enemigo,
y es un estraño caso milagroso
que fué todo un exército testigo;
aunque yo soy en esto escrupuloso
por lo que dello arriba, señor, digo,
no dexaré en efeto de contarlo,
pues los Indios no dexan de afirmarlo.

Y manifiesto vemos hoy en dia,
que porque la ley sacra se estendiese,
nuestro Dios los milagros permitia,
y que el natural órden se excediese:
presumir se podrá por esta via,
que para que á la Fé se reduxese
la bárbara costumbre y ciega gente,
usase de milagro claramente.

Yo dixe que el exército Araucano
de la Imperial tres leguas se aloxaba
en un dispuesto asiento y campo llano,
y que Caupolicán determinaba
entrar el pueblo con armada mano;
tambien como el castigo dilataba
Dios á su pueblo ingrato y sin enmienda,
usando de clemencia y larga rienda.

Estaba la Imperial desbastecida
de armas, de municion y vitualla;
bien que la gente della era escogida,
pero muy poca para dar batalla:
fuera por los cimientos destruida,
qualquier fuerza bastára á arruinalla,
y persona de dentro no escapára,
si á vista el pueblo bárbaro llegara.

Quando el campo de allí queria mudarse,
que ya la trompa á caminar tocaba,
súbito comenzó el ayre á turbarse,
y de prodigios tristes se espesaba:
nubes con nubes vienen á cerrarse,
turbulento rumor se levantaba,
que con ayrados ímpetus violentos
mostraban su furor los quatro vientos.

Agua recia, granizo, piedra espesa
las intrincadas nubes despedian,
rayos, truenos, relámpagos apriesa
rompen los cielos y la tierra abrian:
hacen los vientos áspera represa
que en su entera violencia competian;
quanto topa arrebata el torbellino,
alzándolo en furioso remolino.

Un miedo igual á todos atormenta,
no hay corazon, no hay ánimo así entero,
que en tanta confusion, furia y tormenta
no temblase, aunque mas fuese de acero:
en esto Eponamón se les presenta
en forma de un dragon horrible y fiero
con enroscada cola envuelto en fuego,
y en ronca y torpe voz les habló luego.

Diciéndoles : que apriesa caminasen
sobre el pueblo Español amedrentado,
que por qualquiera vanda que llegasen
con gran facilidad seria tomado,
y que al cuchillo y fuego la entregasen
sin dexar hombre á vida y muro alzado:
esto dicho que todos lo entendieron,
en humo se deshizo , y no lo viéron.

Al punto los confusos elementos
fuéron sus movimientos aplacando,
y los desenfrenados quatro vientos
se van á sus cavernas retirando;
las nubes se retraen á sus asientos,
el cielo , y claro sol desocupando:
solo el miedo en el pecho mas osado
no dexó su lugar desocupado.

La tempestad cesó , y el raso cielo
vistió el húmido campo de alegria,
quando con claro y presuroso vuelo
en una nube una muger venia
cubierta de un hermoso y limpio velo
con tanto resplandor , que al medio dia
la claridad del sol delante della
es la que cerca dél tiene una estrella.

Desterrando el temor la faz sagrada
á todos confortó con su venida;
venia de un viejo cano acompañada
al parecer de grave y santa vida:
con una blanda voz y delicada
les dice : dónde andais gente perdida?
volved , volved el paso á vuestra tierra,
no vais á la Imperial á mover guerra.

Que Dios quiere ayudar á sus Christianos
y darles sobre vos mando y potencia,
pues ingratos, rebeldes, inhumanos
así le habeis negado la obediencia:
mirad no vais allá, porque en sus manos
pondrá Dios el cuchillo y la sentencia:
diciendo esto y dexando el baxo suelo,
por el ayre espacioso subió al cielo.

Los Araucanos la vision gloriosa
de aquel velo blanquísimo cubierta
siguen con vista fixa y codiciosa,
casi sin alentar la boca abierta:
ya que despareció fué estraña cosa,
que como quien atónito despierta
los unos á los otros se miraban,
y ninguna palabra se hablaban.

Todos de un corazon y pensamiento,
sin esperar mandato ni otro ruego,
como si solo aquel fuera su intento
el camino de Arauco toman luego:
van sin órden ligeros como el viento,
paréceles que de un sensible fuego
por detras las espaldas se encendian,
y así con mayor ímpetu corrian.

Heme, señor, de muchos informado,
porque con mas autoridad se cuente;
á veinte y tres de Abril que hoy es mediado
hará quatro años cierta y justamente,
que el caso milagroso aquí contado
aconteció, un exército presente,
el año de quinientos y cincuenta
y quatro sobre mil por cierta cuenta.

Va la verdad en suma declarada
segun que de los bárbaros se sabe,
y no de fingimientos adornada,
que es cosa que en materia tal no cabe:
tienen ellos por cosa averiguada
que no es en prueba desto poco grave,
que por esta vision hubo en dos años
hambres, dolencias, muertes y otros daños.

Que la mar reprimiendo sus vapores
faltó la agua y vertientes de la sierra,
talando el sol en tierna edad las flores
ayudado del fuego de la guerra:
como creció la seca y las calores,
por falta de humedad la árida tierra
rompió banco y alzóse con los frutos,
dexando de acudir con sus tributos.

Causó que una maldad se introduxese
en el distrito y término Araucano,
y fué que carne humana se comiese
(inorme introducion, caso inhumano!)
y en parricidio error se convirtiese
el hermano en sustancia del hermano:
tal madre hubo que al hijo muy querido
al vientre le volvió, dó habia salido.

Digo pues que los bárbaros llegando
al valle de Purén paterno suelo,
las armas por entónces arrimando
diéron lugar al tempestuoso cielo:
es este tiempo en estas partes quando
el encogido invierno con su hielo
del todo apoderándose en la tierra,
pone punto al discurso de la guerra.

Espárcese y derrámase la gente,
dexan el campo y buscan los poblados,
cesa el fiero exercicio comunmente,
la tierra cubren humidos ñublados.
Mas quando enciende áEscorpio el sol ardiente,
y la frígida nieve los collados
sacuden de sus cimas levantadas,
ya de la nueva yerva coronadas:

En este tiempo el bullicioso Marte
saca su carro con horrible estruendo,
y ardiendo en ira belicosa , parte
por el dispuesto Arauco discurriendo:
hace temblar la tierra á cada parte
los ferrados caballos impeliendo,
y en la diestra el sangriento hierro agudo,
bate con la siniestra el fuerte escudo.

Luego á furor movidos los guerreros
toman las armas , dexan el reposo,
acuden los remotos forasteros
al cebo de la guerra codicioso:
de los hierros renuevan los aceros,
templan la cuerda al arco vigoroso,
el peso de las mazas acrecientan,
y el duro fresno de las hastas tientan.

La gente andaba ya desta manera
con el son de las armas y bullicio,
que codiciosa comenzar espera
el deseado bélico exercicio:
juntáronse á la usada borrachera
(órden antigua y detestable vicio)
la mas ilustre gente y señalada
á dar difinicion en la jornada.

Tratando en general concilio estaban
del bien y aumentacion de aquel Estado,
quando quatro soldados arribaban
con triste muestra y paso apresurado,
haciéndoles saber como ya andaban
en el sitio de Penco arruinado
cantidad de Españoles trabajando,
un grueso y fuerte muro levantando.

Diciéndoles: venimos, ó guerreros!
de parte de los pueblos comarcanos
con facultad bastante á prometeros,
si desterrais de nuevo á los Christianos,
que pagarán con sumas de dineros
el trabajo y labor de vuestras manos;
y no habiendo el efeto deseado,
la tercia parte hayais de lo asentado.

Viendo el poco reparo y resistencia
que sin vuestro favor todos tenemos,
les dimos llanamente la obediencia
que en el tiempo infelice dar solemos:
no fué por opresion, no fué violencia,
pues aunque desdichados entendemos
quan breve es el suspiro de la muerte,
que pone fin y límite á la suerte.

Mas porque estando Arauco tan vecino,
y fixa en su favor la instable rueda,
la paz nos pareció mejor camino
para que remediar todo se pueda;
ya que lo estrague el áspero destino,
tiempo para morir despues nos queda,
pues no estarán los brazos tan cansados
que no puedan abrir nuestros costados.

Y pues os es patente y manifiesta
la embaxada y gran priesa que traemos,
en ella ora tratad, que la respuesta
con la resolucion esperaremos:
brevedad os pedimos, que con esta
podrá ser que sin riesgo derribemos
la soberbia española y confianza,
ántes que les dé esfuerzo la tardanza.

No se puede decir el gran contento
que les dió á los Caciques la embaxada:
de todos desde allí en el pensamiento
ántes que se acabase fué acetada;
pero tuviéron freno y sufrimiento,
que la primera voz estaba dada
al hijo de Leocán, que consultado
así responde en nombre del Senado.

Estamos con razon maravillados
de lo que en este caso hemos oido,
¿y es verdad que hay Christianos tan osados
que quieren con nosotros mas ruido?
sus, sus, que estos varones esforzados
acetan la promesa y el partido:
no dando entero fin á la jornada,
del trabajo no quieren llevar nada.

Bien os podeis volver luego con esto,
que sin duda en efeto lo pondremos,
y sobre los Christianos lo mas presto
que se puede dar órden, llegaremos:
donde se mostrará bien manifiesto
lo poco en que nosotros los tenemos;
pero habeis de advertir con sabio modo
que aviso se nos dé siempre de todo.

Muy alegres los quatro se partiéron
por llevar tal respuesta, y caminando
en breve á sus señores se volviéron
que estaban por momentos aguardando:
y visto el buen despacho que truxéron,
el contento y traicion disimulando,
sufrian con discrecion las vexaciones
encubriendo las falsas intenciones.

Domésticos se muestran en el trato,
nadie toma la causa y la defiende,
conociendo que el medio mas barato
del Araucano exército depende:
y con doble y solicito contrato
la esperada venganza se pretende
debaxo de humildad y gran secreto,
para que su intencion viniese á efeto.

De nuestra gente y pueblo destrozado
gran descuido en hablar he yo tenido;
mas como es en el mundo acostumbrado
desamparar la parte del vencido,
así yo tras el vando afortunado
he llevado camino tan seguido:
y si aquí la ocasion no me avisara,
jamás pienso que della me acordara.

Conté de la ciudad ya despoblada,
y de sus ciudadanos el camino,
púselos en el fin de la jornada
do forzoso dexarlos me convino:
pues volviendo á la historia comenzada
y al duro proceder de su destino,
estuviéron el tiempo en Santiago
que yo dellos mencion aquí no hago.

Retirados allí se reformáron
de todo el aparato conveniente,
donde por los mas votos acordáron
reedificar á Penco nuevamente:
con gran trabajo y gasto levantáron
pequeña copia y número de gente;
afirmar la ocasion desto no puedo,
si fué la poca paga ó mucho miedo.

Al yermo Penco hervoso habian llegado,
y un sitio que en mitad del pueblo habia
le tenian de tapion fortificado,
que en recogido quadro le ceñia:
de dos fuertes bastiones abrigado,
que cada uno dos frentes descubria,
y á cada frente asiste una bombarda
que con maciza bala el paso guarda.

La gente comarcana con fingida
muestra la paz malvada aseguraba,
esperando la ayuda prometida
que á cencerros tapados caminaba;
pero no fué secreta esta partida,
pues entre los Christianos se trataba
que el valiente Lautáro habia pasado
las lomas con exército formado.

Suénase que Purén allí venia,
Tomé, Pillolco, Angól, y Cayeguano,
Tucapél, que en orgullo y bizarria
no le igualaba bárbaro Araucano:
Ongolmo, Lemolémo, y Lebopía,
Caniomangue, Elicura, Mareguano,
Cayocupil, Lincoya, Lepomande,
Chilcáno, Leucoton, y Mareande.

Todos estos varones señalados
fuéron para esta guerra apercibidos,
con otros dos mil pláticos soldados
en el copioso exército escogidos:
venian de fuertes petos arreados,
gruesas picas de hierros muy fornidos,
ferradas mazas, hachas aceradas,
armas arrojadizas y enhastadas.

Desta manera el esquadron camina
en la callada noche y sombra escura,
debaxo del gobierno y diciplina
del cuidoso Lautáro que procura
llegar quando la estrella matutina
alegra el mustio campo y la verdura,
ántes que por aviso y doble trato
de su venida hubiese algun recato.

Pero los Españoles de un amigo
bárbaro que con ellos contrataba,
saben como el exército enemigo
con riguroso intento se acercaba:
pues avisados desto como digo,
y de quanto en secreto se trataba,
al trance se aparejan y batalla
requiriendo los foses y muralla.

Era caudillo y capitan de España
el noble Montañés Juan de Alvarado,
hombre sagaz, solicito y de maña,
de gran esfuerzo y discrecion dotado,
el qual con órden y presteza estraña
del presente peligro recatado
sazon no pierde, tiempo y coyuntura,
ántes las prevenciones apresura.

Que al punto apercibidos los soldados
en su lugar cada uno dellos puesto,
manda á nueve guerreros mas cursados
que salgan á correr la tierra presto,
y en la cerrada noche confiados
llegan al campo bárbaro, y en esto
del callado esquadron fuéron sentidos,
levantando terribles alaridos.

La grita, el sobresalto, los rumores,
el súbito alboroto de la guerra,
las sonorosas trompas y atambores
hacen gemir y estremecer la tierra:
en esto los astutos corredores,
atravesando una pequeña sierra,
toman la vuelta por mas corta via,
dando aviso á la amiga compañía.

Juan de Alvarado con ingenio y arte
de la Fuerza lo flaco fortifica,
y en lo mas necesario allí reparte
gente del arcabuz y de la pica:
proveido recaudo en toda parte,
á recebir al Araucano pica
con la ligera esquadra de á caballo,
por no mostrar temor en esperallo.

La nueva claridad del dia siguiente
sobre el claro orizonte se mostraba,
y el sol por el dorado y fresco oriente
de roxo ya las nubes coloraba:
á tal hora Alvarado con su gente
del prevenido Fuerte se alejaba
en busca de la esquadra Lautarina,
que á mas andar tambien se le avecina.

Los nuestros media legua aun no se habian
de aquel su muro léjos alongado,
quando al calar de un monte descubrian
el Araucano exército ordenado:
allí las limpias armas relucian
mas que el claro cristal del sol tocado,
cubiertas de altas plumas las celadas,
verdes, azules, blancas, encarnadas.

¿Quién pintaros podrá el contento quando
sienten los Araucanos el ruido,
que las diestras en alto levantando
pusiéron en el cielo un alarido?
mil instrumentos bárbaros tocando
con grande orgullo y paso mas tendido
se vienen acercando á los de España,
sonando en torno toda la campaña.

Quieren los Españoles responderlos
con el horrible son de armada mano;
calan el monte á fin de acometerlos
teniendo por mejor el sitio llano:
baxas las lanzas vienen á romperlos:
pero la osada muestra salió en vano,
que los bárbaros ya diciplinados
del todo se cerráron apiñados.

Tan espesas las picas derribáron
con pie y con rostro firme ácia adelante,
que no solo el encuentro reparáron,
pero á desbaratarlos fué bastante:
los nuestros sin romper se retiráron,
y ellos gloriosos con furor pujante,
por dar remate al venturoso lance
siguen con pies ligeros el alcance.

Apretándolos iban reciamente,
los nuestros resistiendo y peleando
hasta el estrecho paso de una puente,
que allí Lautáro al cuerno aliento dando,
el Araucano exército obediente
se va al son conocido reparando:
del Fuerte tanto estrecho esto seria
quanto tira un cañon de puntería.

Detúvose Lautáro con intento
de esperar al caliente mediodia,
porque de la mañana el fresco viento
los caballos y gente alentaria:
reforma su esquadron haciendo asiento
á vista de los nuestros , que á porfia
se habian al sitio fuerte recogido,
teniendo por mejor aquel partido.

Quando el sol en el medio cielo estaba
no declinando á parte un solo punto,
y la aguda chicharra se entonaba
con un desapacible contrapunto,
el astuto Lautáro levantaba
su campo en esquadron cerrado y junto,
con grande estruendo y paso concertado
ácia el sitio español fortificado.

Con audacia , desden y confianza
Lautáro contra el Fuerte caminaba;
síguele atras la gente en ordenanza,
y él con gracioso término arrastraba
una larga , ñudosa y gruesa lanza,
que ayroso poco á poco la terciaba,
y tanto por el cuento la blandia
que juntar los estremos parecia.

Los pocos Españoles salen fuera,
que encerrados no quieren esperallos;
de arcabuces delante una hilera,
otra de picas luego, y los caballos
á los lados, y así desta manera
con fiera muestra vienen á buscallos;
llegados donde ya podian herirse,
los unos á los otros dexan irse.

Y de rencor intrínseco aguijados
los movidos exércitos venian;
suenan los arcabuces asestados,
del humo, fuego y polvo se cubrian;
los corvos arcos con vigor flechados
gran número de tiros despedian;
vuelan nubadas de armas enhastadas
por valientes brazos arrojadas.

Quales contrarias aguas á toparse
van con rauda corriente sonorosa,
que resistiendo al tiempo del mezclarse,
aquella mas violenta y poderosa
á la ménos pujante sin pararse
volverla contra el curso es cierta cosa:
asi á nuestro esquadron forzosamente
le arrebató la bárbara corriente.

No pudiendo sufrir la fuerza brava
del número de gente y movimiento,
al español el bárbaro llevaba
como á liviana paja el recio viento:
entran sin órden, que ya rota andaba,
todos mezclados en el fuerte asiento,
y dentro del quadrado y ancho muro
comienzan pie con pie un combate duro.

Algunos Españoles castigados
recogerse en la Fuerza no quisiéron,
que eran de corazones congoxados
y de verse en estrecho rehuyéron:
quieren el campo abierto, y por los lados
del turbado monton se dividiéron;
pero los de mas ser con mano osada
procuran amparar la Plaza entrada.

Allí quieren morir ó defenderse,
la carrera mas larga otros tomáron
que acordáron con tiempo guarecerse;
otros á la marina se llegáron,
metiéndose en un barco sin poderse
sufrir las corvas áncoras alzáron,
satisfaciendo al miedo y baxo intento
las velas con presteza dan al viento.

Quien en llegar es algo perezoso,
viendo levar el áncora á la nave,
no duda en arrojarse al mar furioso
teniendo aquel morir por ménos grave:
quien ántes no nadaba de medroso,
las olas rompe agora y nadar sabe:
mirad pues el temor á que ha llegado,
que viene á ser de miedo el hombre osado.

Los que estan en la Fuerza retraidos
como buenos guerreros se defienden,
muertos quieren quedar y no vencidos,
que ya solo un honrado fin pretenden:
y con tal presupuesto embravecidos
sin esperanza de vivir ofenden,
haciendo en los contrarios tal estrago
que la Plaza de sangre era ya lago.

Lautáro gente y armas contrastando
en la Fuerza el primero entrado habia,
y muerto á dos soldados en entrando
que en suerte le cupiéron aquel dia:
Lincoya iba hiriendo y derribando;
¿mas quién podrá decir la bravería
de Tucapél, que el cielo acometiera
si hallára algun camino ó escalera? (te,

No entró el Fuerte por puerta, ni por puen-
ántes con desenvuelto y diestro salto
libre el foso salvó ligeramente,
y estaba en un momento en lo mas alto:
no le pudo seguir por allí gente,
él solo de aquel lado dió el asalto;
mas como si de mil fuera guardado,
se arroja luego enmedio del cercado.

Apénas puso el pie firme en la Plaza,
quando el furioso bárbaro esgrimiendo
la exercitada dura y gruesa maza,
iba los enemigos esparciendo:
no vale malla fina, ni coraza,
y las celadas fuertes no pudiendo
sufrir los recios golpes que baxaban,
machucando los sesos se abollaban.

Unos dexa tullidos y contrechos,
otros para en su vida lastimados,
á quien hunde el pescuezo por los pechos,
á quien rompe los lomos y costados:
qual si fueran de blanda cera hechos,
magulla, muele y dexa derrengados,
y en el mayor peligro osadamente
se arroja sin temor de armas y gente.

Contra Ortiz revolvió con muestra ayrada
que habia muerto á Torquin, mozo animoso,
la maza alta, y la vista en él clavada
rompe por el tropel de armas furioso:
no sé quál fué la espada señalada,
ni aquel brazo pujante y provechoso
que el mástil cercenó del Araucano,
y dos dedos con él de la una mano.

Con el encendimiento que llevaba
no sintió la herida de repente;
mas quando el brazo y golpe descargaba
que los dedos y maza faltar siente,
herida tigre hircana no es tan brava,
ni acosado leon tan impaciente
como el Indio, que lleno de postema
del cielo, infierno, tierra, y mar blasfema.

Sobre las puntas de los pies estriba,
y en ellas la persona mas levanta,
el brazo quanto puede atras derriba,
y el trozo impele con violencia tanta
que á Ortiz que alta la espada sobre él iba,
la celada y los cascos le quebranta,
y del grave dolor desvanecido
dió en el suelo de manos sin sentido.

El bárbaro con esto no vengado
viene sobre él con furia acelerada,
y con la diestra aun no medrosa ayrado
á Ortiz arrebató la aguda espada,
alzándole la cota por un lado
le atravesó de la una á la otra hijada,
y la alma del corporeo aloxamiento
hizo el duro y forzoso apartamiento.

La espada á la siniestra el Indio trueca
sintiéndose tullido de la diestra,
y del golpe primero otro derrueca,
que tambien en herir era maestra.
Como suele segar la paja seca
el presto segador con mano diestra,
así aquel Tucapél con fuerza brava
brazos, piernas y cuellos cercenaba.

Dexándose guiar por dó la ira
le llevaba furioso discurriendo,
unos hiere, maltata, otros retira,
la espesa selva de hastas deshaciendo:
acaso al Padre Lobo un golpe tira
que contra quatro estaba combatiendo,
el qual sin ver el fin de aquella guerra
dió el alma á Dios, y el cuerpo dió á la tierra.

El grave Leucotón no ménos fuerte
con el valor que el cielo le concede
hiere, aturde, derriba y da la muerte,
que nadie en fuerza y ánimo le excede:
no sé cómo á escribirlo todo acierte,
que mi cansada mano ya no puede
por tanta confusion llevar la pluma,
y así reduce mucho á breve suma.

Tambien Angól soberbio y esforzado
su corvo y gran cuchillo entorno esgrime:
hiere al jóven Diego Oro, y del pesado
golpe en la dura tierra el cuerpo imprime;
pero en esta sazon Juan de Alvarado
la furia de una punta le reprime,
que al tiempo que el furioso alfange alzaba,
por debaxo del brazo le calaba.

No halló defensa la enemiga espada,
lanzándose por parte descubierta,
derecho al corazon hizo la entrada
abriendo una sagrienta y ancha puerta:
la cara ántes del jóven colorada
se vió de amarillez mustia cubierta;
descoyuntóle el brazo un mortal hielo,
batiendo el cuerpo helado el duro suelo.

El corpulento mozo Mareguano
que ayrado á todas partes discurria,
llegó al tiempo que Angól por diestra mano
al riguroso hierro se rendia:
era su íntimo amigo y primo hermano,
de estrecho trato antiguo y compañía;
pues fué siempre en la vida igual la suerte,
quiero dixo tambien que sea en la muerte.

Y contra el matador con repentina
rabia que el pecho y venas le abrasaba,
un macizo y fornido tronco empina,
y con fuerza sobre él lo derribaba:
mas temiendo del golpe la ruina
Alvarado que el ojo alerto estaba,
saca presto el caballo apercebido,
y en el suelo el troncon quedó metido.

Chilcan, Ongolmo, Cayeguan de un lado,
Lepomande y Purén en compañía
habian así á los nuestros apretado,
que ganáron gran crédito aquel dia:
Tomé, Cayocupil, y el esforzado
Pillolco, Caniomangue, y Lebopía,
Mareande, Elicura, y Lemolemo
de su valor mostráron el estremo.

En esto un rumor súbito se siente
que los cóncavos cielos atronaba,
y era que la vitoria abiertamente
por el bárbaro infiel se declaraba:
ya la Española destrozada gente
al camino de Itáta enderezaba,
desamparando el suelo desdichado
de sangre y enemigos ocupado.

Del todo á toda furia comenzando
iban los Españoles la huida,
siempre mas el temor apresurando
con agudas espuelas la corrida:
sigue el alcance, y valos aquejando
la bárbara canalla embravecida,
envuelta en una espesa polvoreda,
matando al que por floxo atras se queda.

Alvarado con ánimo y cordura
los anima y esfuerza, y no aprovecha,
que la turbada gente en tal rotura
huye la muerte y plaza tan estrecha:
qual encamina al monte, y qual procura
de Mapochó la senda mas derecha,
y qual y qual constante todavia
animoso con Atropos porfia.

Estos honrosa muerte deseando
despreciaban la vida deshonrada,
aquel forzoso punto dilatando
con raro esfuerzo y valerosa espada:
presto quedó la plaza sin un vando,
de almas vacia y de cuerpos ocupada,
que animosos los pocos que quedaban
á las armas y muertes se entregaban.

Unos por los costados caen abiertos,
otros de parte á parte atravesados,
otros que de su sangre estan cubiertos
se rinden á la muerte desangrados:
alfin todos quedáron allí muertos
del riguroso hierro apedazados:
vamos tras los que aguijan los caballos,
que no haremos poco en alcanzallos.

Quien por camino incierto, quien por senda
áspera, peligrosa, y desusada
bate al caballo y dale suelta rienda,
que el miedo es grande, y grande la jornada:
el bárbaro esquadron con grita horrenda
por sierra, monte, llano y por cañada
las espaldas los iba calentando
hiriendo, dando muerte y derribando.

Habia de la comarca concurrido
gente armada por uno y otro lado,
que á la mira imparcial habia asistido
hasta ver el derecho declarado:
en esto alzando un subito alarido
con el orgullo á vencedores dado,
baxa las armas hasta alli neutrales
en daño de las señas Imperiales.

Sale en el codicioso seguimiento
de la Española gente que corria
con furia y ligereza mas que el viento,
sin hacerse uno á otro compañía:
la mucha turbacion y desatiento
que á los nuestros el miedo les ponia,
los lleva sin caminos, esparcidos,
por sierras, valles, montes, por exidos.

Los que tienen caballos mas ligeros,
(ó quan de corazon son envidiados!)
qué poco se conocen compañeros
de largo tiempo y amistad tratados!
no aprovechan promesas de dineros,
ni de bienes allí representados:
tanto el miedo ocupado los habia
que lugar la codicia aun no tenia.

Antes los intereses despreciando
se muestran allí poco codiciosos,
tras las ricas celadas arrojando
petos de fina plata embarazosos:
y así de las promesas no curando
jugaban los talones presurosos,
solo las alas de Icaro quisieran,
aunque pasando el mar se derritieran.

Juan, y Hernando Alvarados la jornada
con el valiente Ibarra apresuraban,
animando la gente desmayada,
mas no por esto el paso moderaban:
abren por la carrera embarazada,
que ligeros caballos gobernaban;
y aunque con viva espuela los batian
alargarse de un Indio no podian.

Delante largo trecho de la gente
á los tres les da caza y atormenta
un espaldudo bárbaro valiente
Rengo llamado, mozo de gran cuenta:
éste solo los sigue osadamente,
y á voces con palabras los afrenta,
y los aprieta y corre á campo raso,
sin poderle ganar un solo paso.

Xo, xo, les va gritando: espera, espera,
que mas en castellano no sabia;
pero en su natural lengua primera
atrevidas injurias les decia:
tres leguas los corrió desta manera,
que jamás de las colas se partia
por mucho que aguijasen los rocines,
llamándolos infames y ruines.

Llevaba una arma en alto levantada,
que no hay quien su faccion y forma diga:
era una gruesa haya mal labrada
de la grandeza y peso de una viga,
de metal la cabeza barreada,
y esgrímela el garzon sin mas fatiga
que el presto esgrimidor suelto y liviano
juega el fácil baston con diestra mano.

Si alguna vez con el troncon pesado
los caballos el bárbaro alcanzaba,
era de fuerza el golpe tan cargado
que casi derrengados los dexaba:
así cada caballo escarmentado
sin espuelas el curso apresuraba,
que jamás fué baqueta en la corrida
como el baston del bárbaro temida.

Aunque gran trecho aquel follon se aleja
del seguro monton y amigo vando,
no por esto la dura empresa dexa,
ántes mas los persigue y va afrentando:
con prestos pies y maza los aqueja,
la nacion Española profanando
en lenguage Araucano, que entendian
los tres que á mas correr dél se desvian.

Veinte veces revuelven los Christianos
dando sobre el con subita presteza,
á todos tres les da llenas las manos
con su diabólica arma y ligereza:
entretanto llegaban los ufanos
Indios en el alcance sin pereza,
y volviendo los tres á su carrera,
el bárbaro y baston sobre ellos era.

No por áspero monte, ni agria cuesta
afloxa el curso y animoso brio,
ántes qual correr suele sobre apuesta
tras las fieras el Puelche en desafio,
los corre, aflige, aprieta y los molesta,
y á diez millas de alcance por do un rio
el camino atraviesa al mar corriendo,
se fué en la humida orilla deteniendo.

El bárbaro esquadron parado habia,
solo el contumaz Rengo porfiando
desistir de la empresa no queria,
aunque no ve persona de su vando:
los tres lasos christianos á porfia
iban el ancho vado atravesando,
quando Rengo cargó de una pesada
piedra la presta honda dél usada.

El tronco en el suelo humido fixado
rodea el brazo dos veces, despidiendo
el tosco y gran guijarro así arrojado,
que el monte retumbó del sordo estruendo:
las ninfas por lo mas sesgo del vado
las cristalinas aguas revolviendo
sus doradas cabezas levantáron,
y á ver el caso atentas se paráron.

El importuno bárbaro no cesa,
ni afloxa de la empresa que pretende,
ántes con silvos, grita y piedra espesa
la agua á mas de la cinta los ofende,
y dándoles en esto mucha priesa
el beber los caballos les defiende,
diciendo: sús, salid, salid á fuera,
que yo os manterné campo en la ribera.

Viendo Alvarado á Rengo así orgulloso,
de la soberbia, tema ya impaciente,
dice á los dos: ó caso vergonzoso,
que á tres nos siga un Indio solamente,
y triunfe de nosotros vitorioso!
no es bien que de Españoles tal se cuente:
volvamos, y de aquí jamás pasemos
si primero morir no le hacemos.

Así dixo, y las riendas revolviendo
segunda vez el vado atravesaban,
de morir, ó matarle proponiendo
los cansados caballos aguijaban:
en esto el Araucano conociendo
la cólera y furor con que tornaban,
olvidando la maza y presupuesto
las voladoras plantas mueve presto.

Una larga carrera por la arena
los tres á toda furia le siguiéron,
aunque en valde tomáron esta pena,
que el Indio mas corrió que ellos corriéron:
faltos no de intencion, pero de lena,
de cansados las riendas recogiéron,
y en un áspero sitio y peligroso
les hizo rostro el bárbaro animoso.

Por espaldas tomó una gran quebrada
revolviendo á los tres con osadia,
y á falta de la maza acostumbrada
á menudo la honda sacudia:
de allí con mofa, silvos y pedrada,
sin poderle ofender los ofendia,
por ser aquel lugar despeñadero,
y mas que ellos el bárbaro ligero.

Visto Alvarado serle así escusado
el fin de lo que tanto deseaba,
dexando libre al bárbaro esforzado,
que bien de mala gana se quedaba,
pasa otra vez el ya seguro vado,
y al usado camino enderezaba
triste en ver que fortuna por tal modo
se le mostraba adversa y dura en todo.

Habia dexado el campo Lautarino
de seguir el alcance grande rato:
iban los Españoles sin camino
como ovejas que van fuera del hato:
de no seguirlos mas me determino,
que por lo que adelante dellos trato,
dexarlos por agora me es forzado
donde otras veces ya los he dexado.

Con la gente Araucana quiero andarme
dichosa á la sazon y afortunada:
y como se acostumbra desviarme
de la parte vencida y desdichada:
por donde tantos van quiero guiarme
siguiendo la carrera tan usada,
pues la costumbre y tiempo me convence,
y todo el mundo es ya: viva quien vence.

¡Quan usado es huir los abatidos,
y seguir los soberbios levantados
de la instable fortuna favoridos
para solo despues ser derribados!
alcabo estos favores reducidos
á su favor son bienes emprestados,
que habemos de pagar con siete tanto
como claro nos muestra el nuevo Canto.

CANTO X.

Ufanos los Araucanos de las vitorias habidas ordenan unas fiestas generales, donde concurriéron diversas gentes así estrangeras como naturales, entre los quales hubo grandes pruebas y diferencias.

Quando la varia diosa favorece,
y las dádivas prósperas reparte,
¡cómo al ánimo flaco fortalece
que de triste muger se vuelve un Marte,
y derriba, acobarda y enflaquece
el esfuerzo viril en la otra parte,
haciendo cuesta arriba lo que es llano,
y un gran cerro la palma de la mano!
¡Quién vió los Españoles colocados
sobre el mas alto cuerno de la luna
de sus famosos hechos rodeados,
sin punto y muestra de mudanza alguna!
¡quién los ve en breve tiempo derribados!
quien ve en miseria vuelta su fortuna!
seguidos no de Marte, dios sanguino,
mas del tímido sexô femenino!

Mirad aquí la suerte tan trocada,
pues aquellos que al cielo no temian,
las mugeres á quien la rueca es dada
con varonil esfuerzo los seguian,
y con la diestra á la labor usada
las atrevidas lanzas esgrimian,
que por el hado próspero impelidas
hacian crudos efetos y heridas.

Estas mugeres digo que estuviéron
en un monte escondidas esperando
de la batalla el fin, y quando viéron
que iba de rota el Castellano vando,
hiriendo el cielo á gritos decendiéron
el mugeril temor de sí lanzando,
y de ageno valor y esfuerzo armadas
toman de los ya muertos las espadas.

Y á vueltas del estruendo y muchedumbre
tambien en la vitoria embebecidas,
de medrosas y blandas de costumbre
se vuelven temerarias homicidas:
no sienten, ni les daba pesadumbre
los pechos al correr, ni las crecidas
barrigas de ocho meses ocupadas;
ántes corren mejor las mas preñadas.

Llamábase infelice la postrera,
y con ruegos al cielo se volvia,
porque á tal coyuntura en la carrera
mover mas presto el paso no podia.
Si las mugeres van desta manera,
la bárbara canalla quál iria?
de aquí tuvo principio en esta tierra
venir tambien mugeres á la guerra.

Vienen acompañando á sus maridos,
y en el dudoso trance estan paradas;
pero si los contrarios son vencidos,
salen á perseguirlos esforzadas:
prueban la flaca fuerza en los rendidos,
y sí cortan en ellos sus espadas,
haciéndolos morir de mil maneras,
que la muger cruel eslo de veras.

Así á los nuestros esta vez siguiéron
hasta donde el alcance habia cesado,
y desde allí la vuelta al pueblo diéron
ya de los enemigos saqueado;
que quando hacer mas daño no pudiéron,
subiendo en los caballos que en el prado
sueltos sin órden y gobierno andaban,
á sus dueños por juego remedaban.

Quien hace que combate, y quien huia,
y quien tras el que huye va corriendo;
quien finge que está muerto, y se tendia,
quien correr procuraba no pudiendo:
la alegre gente asi se entretenia
el trabajo importuno despidiendo,
hasta que el sol rayaba los collados,
que el General llegó, y los mas soldados.

Los unos y los otros aguijaban
con gran priesa á abrazarse estrechamente
pero algunos por mas que se esforzaban
la envidia les hacia arrugar la frente:
francos los vencedores se mostraban
repartiendo la presa entre la gente;
que aun en el pecho vil contra natura
puede tanto la próspera ventura.

Una solemne fiesta en este asiento
quiso Caupolicán que se hiciese,
donde del Araucano ayuntamiento
la gente militar sola asistiese;
y con alegre muestra y gran contento,
sin que la popular se entremetiese,
en juegos, pruebas, danzas y alegrias
gastáron sin aquel algunos dias.

Los juegos y exercicios acabados,
para el valle de Arauco camináron,
do á las usadas fiestas los soldados
de toda la Provincia convocáron:
fuéron bastantes plazos señalados,
joyas de gran valor se pregonáron
de los que en ellas fuesen vencedores,
premios dignos de haber competidores.

La fama de la fiesta iba corriendo
mas que los diligentes mensageros,
en un término breve apercibiendo
naturales, vecinos y extrangeros:
gran multitud de gente concurriendo
creció el número tanto de guerreros,
que ocupaban las tiendas forasteras,
los valles, montes, llanos y riberas.

Ya el esperado catorceno dia,
que tanta gente estaba deseando,
al campo su color restituia
las importunas sombras desterrando,
quando la bulliciosa compañía
de los briosos jóvenes, mostrando
el juvenil hervor y sangre nueva,
en campo estaban prestos á la prueba.

Fué con solemne pompa referido
el órden de los precios, y el primero
era un lustroso alfange guarnecido
por mano artificiosa de platero:
este premio fué allí constituido
para aquel que con brazo mas entero
tirase una fornida y gruesa lanza,
sobrando á los demas en la pujanza.
Y de cendrada plata una celada,
cubierta de altas plumas de colores,
de un cerco de oro puro rodeada,
esmaltadas en él varias labores:
fué la preciada joya señalada
para aquel que entre diestros luchadores
en la dificil prueba se estremase,
y por señor del campo en pie quedase.
Un lebrel animoso remendado,
que el collar remataba una vetera
de agudas puntas de metal herrado,
era el precio de aquel que en la carrera,
de todas armas y presteza armado,
arribase mas presto á la vandera
que una gran milla lejos tremolaba,
y el trecho señalado limitaba.
Y de niervos un arco hecho por arte
con su dorada aljaba, que pendia
de un ancho y bien labrado talabarte,
con dos gruesas hebillas de atauxia:
este se señaló y se puso aparte
para aquel que con flecha á puntería,
ganando por destreza el precio rico,
llevase al papagayo el corvo pico.

Un caballo morcillo rabicano
tascando el freno estaba de cabestro,
precio del que con suelta y presta mano
esgrimiese el baston mas como diestro:
por juez se señaló á Caupolicano,
de todos exercicios gran maestro.
Ya la trompeta con sonada nueva
llamaba opositores á la prueba.

No bien sonó la alegre trompa quando
el jóven Orompello ya en el puesto
ayrosamente el manto derribando,
mostró el hermoso cuerpo bien dispuesto,
y en la valiente diestra blandeando
una maciza lanza : luego en esto
se ponen asimismo Lepomande,
Crino, Pillólco, Guambo, y Mareande.

Estos seis en igual hila corriendo,
las lanzas por los fieles igualadas,
á un tiempo las derechas sacudiendo,
fuéron con seis gemidos arrojadas:
salen las hastas con rumor cruxiendo
de aquella fuerza é ímpetu llevadas,
rompen el ayre, suben hasta el cielo,
baxando con la misma furia al suelo.

La de Pillolco fué la hasta primera,
que falta de vigor á tierra vino:
tras ella la de Guambo, y la tercera
de Lepomande, y quarta la de Crino;
la quinta de Mareande, y la postrera,
haciendo por mas fuerza mas camino,
la de Orompello fué, mozo pujante,
pasando cinco brazas adelante.

Tras estos otros seis lanzas tomáron
de los que por mas fuertes se estimaban;
y aunque con fuerza estrema procuráron
sobrepujar el tiro, no llegaban:
otros tras estos, y otros seis probáron;
mas todos con vergüenza atras quedaban:
y por no detenerme en este cuento,
digo que lo probáron mas de ciento.

Ninguno con seis brazas llegar pudo
al tiro de Orompello señalado,
hasta que Leucotón, varon membrudo,
viendo que ya el probar habia afloxado,
dixo en voz alta: de perder no dudo;
mas porque todos ya me habeis mirado,
quiero ver deste brazo lo que puede,
y á do llegar mi estrella me concede.

Esto dicho la lanza requerida,
en ponerse en el puesto poco tarda,
y dando una ligera arremetida
hizo muestra de sí fuerte y gallarda:
la lanza por los ayres impelida
sale qual gruesà bala de bombarda,
ó qual furioso trueno, que corriendo
por las espesas nubes va rompiendo.

Quatro brazas pasó con raudo vuelo
de la señal y raya delantera,
rompiendo el hierro por el duro suelo
tiembla por algo espacio la asta fuera:
alza la turba un alarido al cielo,
y de tropel con súbita carrera
muchos á ver el tiro van corriendo,
la fuerza y tirador engrandeciendo.

Unos el largo trecho á pies median,
y exâminan el peso de la lanza:
otros por maravilla encarecian
del esforzado brazo la pujanza:
otros van por el precio: otros hacian
al vencedor cantares de alabanza,
de Leucotón el nombre levantando
le van en alta voz solemnizando.

Salta Orompello y por la turba hiende,
y aquel rumor colérico baraja
diciendo: aun no he perdido, ni se entiende
de solo el primer tiro la ventaja:
Caupolicán la vara en esto tiende,
y á tiempo un encendido fuego ataja,
que Tucapél al primo habia acudido,
y otros con Leucotón se habian metido.

Caupolicán que estaba por Juez puesto
mostrándose imparcial discretamente,
la furia de Orompello aplaca presto
con sabrosas palabras blandamente;
y así no se altercando mas sobre esto,
conforme á la postura justamente
á Leucotón por mas aventajado
le fué ceñido el corvo alfange al lado.

Acabada con esto la porfia,
y Leucotón quedando vitorioso,
Orompello á una parte se desvia
del caso algo corrido y vergonzoso;
mas como sabio mozo lo encubria,
de verse en ocasiones deseoso
por do con Leucotón y causa nueva
venir pudiese á mas estrecha prueba.

Era Orompello mozo asaz valido
que desde su niñez fué muy brioso,
manso, tratable, fácil, corregido,
y en ocasion metido valeroso;
de muchos en asiento preferido
por su esfuerzo y linage generoso,
hijo del venerable Mauropande,
primo de Tucapél, y amigo grande.

Puesto nuevo silencio, y despejado
el campo do la prueba se hacia,
el diestro Cayeguan, mozo esforzado,
á mantener la lucha se metia:
no pasó mucho quando de otro lado
con gran disposicion Torquin salia
de haber en él pujanza y ligereza,
ambos en el luchar de gran destreza.

Dada señal con pasos ordenados
los dos gallardos bárbaros se mueven:
ya los viérades juntos, ya apartados,
ora tienden el cuerpo, ora le embeben:
por un lado y por otro recatados
se inquieren, cercan, buscan y remueven,
tientan, vuelven, revuelven y se apuntan,
y al cabo con gran ímpetu se juntan.

Hechas las presas, y ellos recogidos
en su fuerza procuran conocerse;
pero de ardor colérico encendidos
comienzan por el campo á revolverse:
cíñense pies con pies, y entretexidos
cargan á un lado y otro, sin poderse
llevar quanto una mínima ventaja,
por mas que el uno y otro se trabaja.

Andàndo así, en un tiempo càuteloso
metió la pierna diestra Cayeguano;
quiso Torquin ceñirla codicioso
cargando con gran fuerza á aquella mano:
sácala á tiempo Cayeguan mañoso,
y el cuerpo de Torquin quedando envano,
del mismo peso y fuerza que traia
á los pies enemigos se tendia.

Tras éste el fuerte Rengo se presenta,
el qual lanzando fuera los vestidos
descubre la persona corpulenta,
brazos robustos, musculos fornidos:
mírale la confusa turba atenta,
que de quatro entre todos escogidos
este valiente bárbaro era el uno,
jamás sobrepujado de ninguno.

Con gran fuerza los hombros sacudiendo
se apareja á la lucha y desafio,
y al vencedor contrario apercibiendo
le va á buscar con animoso brio:
de la otra parte Cayeguan saliendo
enmedio de aquel campo á su alvedrio
vienen los dos gallardos á juntarse,
procurando en la presa aventajarse.

Un rato estuvo en confusion la gente,
y ànduvo en duda la vitoria incierta;
mas luego Rengo dió señal patente
con que fué su pujanza descubierta,
que entre los duros brazos reciamente
al triste Cayeguan la boca abierta
sin dexarle alentar le retraia,
y acá y allá con él se revolvia.

Alzólo de la tierra, y apretado
en el ayre gran pieza lo suspende;
Cayeguan sin color desalentado
abre los brazos, y las piernas tiende:
viéndolo así rendido el esforzado
Rengo que á la vitoria solo atiende,
dexándole baxar, con poca pena
le estampa de gran golpe en el arena.

Sacáronle del campo sin sentido,
y á su tienda en los hombros le lleváron;
todos la fuerza grande y el partido
de Rengo en alta voz solemnizáron:
pero cesando en esto aquel ruido,
á sus asientos luego se tornáron,
porque viéron que Talco aparejado
el puesto de la lucha habia tomado.

Fué este Talco de pruebas gran maestro,
de recios miembros, y feroz semblante,
diestro en la lucha, y en las armas diestro,
ligero y esforzado aunque arrogante:
y con todas las partes que aquí muestro,
era Rengo mas suelto y mas pujante,
usado en los robustos exercicios,
qne dello su persona daba indicios.

Talco se mueve y sale con presteza,
Rengo espaciosamente se movia,
fiase mucho el uno en la destreza,
el otro en su vigor solo se fia:
en esto con estraña ligereza,
quando ménos cuidado en Talco habia,
un gran salto dió Rengo no pensado,
cogiendo al enemigo descuidado.

De la suerte que el tigre canteloso
viendo venir lozano al suelto pardo,
el cuello baxo, lerdo y perezoso
con ronco son se mueve á paso tardo:
y en un instante súbito y furioso
salta sobre él con ímpetu gallardo,
y echándole la garra así le aprieta
que le oprime, le rinde y le sujeta.

Desta manera Rengo á Talco afierra,
y ántes que á la defensa se prevenga
tan recio le apretó contra la tierra,
que el lomo quebrantado lo derrienga:
viéndolo pues así lo desafierra,
y á su puesto esperando que otro venga
vuelve, dexando el campo con tal hecho
de su estremada fuerza satisfecho.

Mas no hubo en hombre allí tal osadia
que á contrastar al bárbaro se atreva;
y así porque la noche ya venia,
se difirió la comenzada prueba
hasta que el carro del siguiente dia
alegráse los campos con luz nueva:
sonando luego varios instrumentos,
hinchiéron de las mesas los asientos.

Pues otro dia saliendo de su tienda
el hijo de Leocán acompañado,
al cercado lugar de la contienda
con altos instrumentos fué llevado:
Rengo porque su fama mas se entienda,
dando una vuelta entorno del cercado,
entró dentro con una bella muestra,
y á mantener se puso la palestra.

Bien por dos horas Rengo tuvo el puesto
sin que nadie la plaza le pisase,
que no se vió soldado tan dispuesto
que viéndole el lugar vacio ocupase;
pero ya Leucotón mirando en esto,
que porque su valor mas se notase
hasta ver el mas fuerte habia esperado,
con grave paso entró en el estacado.

Luego un rumor confuso y grande estruendo
entre el parlero vulgo se levanta
de ver estos dos juntos, conociendo
en uno y otro esfuerzo y fuerza tanta:
Leucotón la persona recogiendo
á recibir á Rengo se adelanta,
que con gallardo paso se venia
de esfuerzo acompañado y lozanía.

Vienen al paragon dos animosos
que en esfuezo y pujanza par no tienen;
unas veces aguijan presurosos,
otras frenan el paso y lo detienen:
andan entorno y miran cautelosos,
y á todos los engaños se previenen;
pero no tardó mucho que cerráron,
y con estrechos ñudos se abrazáron.

Juntándose los dos pecho con pecho
van las últimas fuerzas apurando;
ya se afirman y tienen muy estrechos,
ya se arrojan entorno volteando:
ya los izquierdos, ya los pies derechos
se enclavijan y enredan, no bastando
quanta fuerza se pone, estudio y arte
á poder mejorarse alguna parte.

Acá y allá furiosos se rodeán,
la fuerza uno del otro resistiendo;
tanto forcejan, gimen, hijadean,
que los miembros se van entorpeciendo:
tiemblan de la fatiga y titubean
las cansadas rodillas, no pudiendo
comportar el teson y furia insana,
que alfin eran de hueso y carne humana.

De sudor grueso y engrosado aliento
cubiertos los dos bárbaros andaban,
y del fogoso y recio movimiento
roncos los pechos dentro resonaban:
ellos siempre con mas encendimiento
sacando nuevas fuerzas procuraban
llegar la empresa al cabo comenzada
por ganar el honor y la celada.

Pero ventaja entre ellos conocida
no se vió allí, ni de flaqueza indicio;
ambos jóvenes son de edad florida,
iguales en la fuerza y exercicio;
mas la suerte de Rengo enflaquecida,
y el hado que hasta allí le fué propicio,
hiciéron que perdiese á su despecho
del precio y del honor todo el derecho.

Habia en la plaza un hoyo ácia el un lado
engaste de un guijarro, y nuevamente
estaba de su encaxe levantado
por el concurso y huella de la gente:
de esto el cansado Rengo no avisado
metió el pie dentro, y desgraciadamente
qual cae de la segur herido el pino
con no menor estruendo á tierra vino.

No la pelota con tan presto salto
resurte arriba del macizo suelo;
ni el águila que al robo cala de alto
sube en el ayre con tan recio vuelo,
como de corrimiento el seso falto
Rengo rabioso amenazando al cielo
se puso en pie, que aun bien no tocó en tierra,
y contra Leucotón furioso cierra.

Como en la fiera lucha Anteo temido
por el furioso Alcides derribado,
que de la tierra madre recogido
cobraba fuerza y ánimo doblado:
así el ayrado Rengo embravecido
que apénas en la arena habia tocado
sobre el contrario arriba de tal suerte,
que al estremo llegó de honrado y fuerte.

Tanto dolor del grave caso siente
el publico lugar considerando,
que abrasado de fuego y rabia ardiente
se le fuéron las fuerzas aumentando,
y furioso, colérico, impaciente
de suerte á Leucotón va retirando,
que apénas le resiste, y el suceso
oíreis en el siguiente Canto expreso.

CANTO XI.

Acábanse las fiestas y diferencias. Y caminando Lautáro sobre la ciudad de Santiago, ántes de llegar á ella hace un Fuerte, en el qual metido vienen los Españoles sobre él, donde tuviéron una recia batalla.

Quando los corazônes nunca usados
á dar señal y muestra de flaqueza,
se ven en lugar público afrentados,
entónces manifiestan su grandeza;
fortalecen los miembros fatigados,
despiden el cansancio y la torpeza,
y salen fácilmente con las cosas
que eran ántes, señor, dificultosas.
Así le avino á Rengo que en cayendo,
tanto esfuerzo le puso el corrimiento,
que lleno de furor y en ira ardiendo
se le dobló la fuerza y el aliento:
y al enemigo fuerte no pudiendo
ganarle ántes un paso, agora ciento
alzado de la tierra lo llevaba,
que aun afirmar los pies no lo dexaba.

Adelante la cólera pasára,
y hubiera alguna brega en aquel llano
si receloso desto no baxára
presto de arriba el hijo de Pillano:
que de Caupolicán traia la vara,
y él propio los aparta de su mano,
que no fue poco en tanto encendimiento
tenerle este respeto y miramiento.

Siendo desta manera sin ruido
despartida la lucha ya enconada,
le fué á Rengo su honor restituido,
mas quedó sin derecho á la celada:
aun no estaba del todo difinido,
ni la plaza de gente despojada,
quando el mozo Orompello dixo presto:
mi vez ahora me toca , mio es el puesto.

Que bramando entre sí se deshacia
esperando aquel tiempo deseado,
viendo que Leucotón ya mantenia,
del tiro de la lanza no olvidado:
con gran desemboltura y gallardia
salta el palenque y entra el estacado,
y en medio de la plaza como digo
llamaba cuerpo á cuerpo al enemigo.

La trapala y murmurio en el momento
creció , porque parando el pueblo en ello,
conoce por allí quan descontento
del fuerte Leucotón está Orompello:
témese que vendrán á rompimiento;
mas nadie se atraviesa á defendello,
ántes la plaza libre los dexáron.
y los vacios lugares ocupáron.

El pueblo de la lucha deseoso,
la mas parte á Orompello se inclinaba;
mira los bellos miembros , y el ayroso
cuerpo que á la sazon se desnudaba:
la gracia, el pelo crespo, y el hermoso
rostro , donde su poca edad mostraba,
que veinte años cumplidos no tenia,
y á Leucotón á fuerzas desafia.

Juzgan ser desconformes los presentes
las fuerzas destos dos por la apariencia,
viendo del uno el talle, y los valientes
niervos , edad perfeta, y esperiencia:
y del otro los miembros diferentes,
la tierna edad y grata adolecencia,
aunque á tal opinion contradecia
la muestra de Orompello , y osadia.

Que puesto en su lugar , ufano espera
el son de la trompeta, como quando
el fogoso caballo en la carrera
la seña del partir está aguardando:
y qual halcon que en la humida ribera
vé la garza de léjos blanqueando,
que se alegra y se pule ya lozano,
y está para arrojarse de la mano.

El gallardo Orompello así esperaba
aquel alegre son para moverse,
que de ver la tardanza , imaginaba,
que habian impedimentos de ofrecerse:
visto que tanto ya se dilataba,
queriendo á su sabor satisfacerse,
derecho á Leucotón sale animoso
que no fué en recibirle perezoso.

Sin escuchar la plática del todo
llevados de su antojo caminaban
mugeres sin chapines por el lodo
á gran priesa las faldas arrastraban:
fuéron doce jornadas deste modo,
y á Mapochó alfin dellas arribaban:
Lautáro que se siente descansado
me da priesa, que mucho me he tardado.

No es bien que tanto dél nos descuidemos,
pues él no se descuida en nuestro daño,
y á donde le dexamos volverémos,
que fué donde dexó el alcance estraño:
en muy poco papel resumiremos
un gran proceso y término tamaño,
que fuera necesario larga historia
para ponerlo estenso por memoria.

Mas con la brevedad ya profesada
me detendré lo ménos que pudiere,
y las cosas menudas de pasada
tocaré lo mejor que yo supiere:
pido que atenta oreja me sea dada,
que el cuento es grave y atencion requiere,
para que con curiosa y fácil pluma
los hechos destos bárbaros resuma.

Que luego que el alcance hubo cesado,
volviendo al hijo de Pillán gozoso
que atras un largo trecho habia quedado
mas por autoridad, que de medroso:
al General despachan un soldado,
aloxándose el campo en el gracioso
valle de Talcamábida importante,
de pastos y comidas abundante.

Un bárbaro valiente, que tenia
la estancia y heredad en aquel valle,
halló un Indio christiano por la via;
pero no se preciando de matalle,
prisionero á su casa le traia,
y comienza en tal modo á razonalle:
la vida, oh miserable! quiero darte,
aunque no la mereces por tu parte.

Pues que ya que á la guerra tú venias
gozando del honor de los guerreros,
¿por qué con las mugeres te escondias
viendo á hierro morir tus compañeros?
muger debes de ser, pues que temias
tanto de alguna espada los aceros:
y así quiero que tengas el oficio
en todo lo que toca á mi servicio.

Mandó que del oficio se encargase
que á la muger honesta es permitido,
y la posada y cena concertase
en tanto que del sueño convencido
los fatigados miembros recrease:
y habiéndose á su cama recogido,
al mundo el sol dos vueltas habia dado,
y no habia el Araucano despertado.

Sepultado en un sueño tan profundo
como si de mil años fuera muerto,
hasta que el claro sol dió luz al mundo
á la vuelta tercera, que despierto
pidió la usada ropa, y lo segundo
si estaba la comida ya en concierto;
el diligente siervo respondia,
que depues de guisada estaba fria.

Conmigo lo has de haber, que comenzado
juego tenemos ya, dixo Orompello,
responde Leucotón fiero y ayrado,
contigo y con tu primo quiero habello:
Caupolicán en esto era llegado
que del supremo asiento viendo aquello,
habia baxado á la sazon confuso,
y allí su autorided toda interpuso.

Leucotón, y Orompello conociendo
que el gran Caupolicán allí venia,
las enconosas voces reprimiendo,
cada qual por su parte se desvia;
mas Tucapél la maza revolviendo
que otro acuerdo y concierto no queria,
lleno de ira diabólica no calla
llamando á todo el mundo á la batalla.

Ruego y medios con él no valen nada
del hijo de Leocán, ni de otra gente,
diciendo que á Orompello la celada
le den por vencedor y mas valiente:
despues, que en plaza franca y estacada
con Leucotón le dexen libremente,
donde aquella disputa se dicida,
perdiendo de los dos uno la vida.

Puesto Caupolicán en este aprieto,
lleno de rabia y de furor movido,
le dice: haré que guardes el respeto,
que á mi persona y cargo le es debido.
Tucapél le responde: yo prometo
que por temor no baxe del partido,
y aquel que en lo que digo no viniere
haga á su voluntad lo que pudiere.

Guardarete respeto, si derecho
en lo que justo pido me guardares
y miéntras que con recto y sano pecho
la causa sin pasion desto mirares:
mas si contra razon solo de hecho,
torciendo la justicia lo llevares,
por tí, y tu cargo, y todo el mundo junto
no perderé de mi derecho un punto.

Caupolicán perdida la paciencia
se mueve á Tucapél determinado;
mas Colocólo, viejo de esperiencia,
que con temor le andaba siempre al lado,
le hizo una acatada resistencia
diciendo: ¿estás, señor, tan olvidado
de tí, y tu autoridad y salud nuestra,
que lo pongas en solo alzar la diestra?

Mira, señor, que todo se aventura,
mira que estan los mas ya diferentes,
de Tucapél conoces la locura,
y la fuerza que tiene de parientes:
lo que enmendar se puede con cordura,
no lo enmiendes con sangre de inocentes,
dale á Orompello el contenido precio,
y otro al competidor de igual aprecio.

Si por rigor y término sangriento
quieres poner en riesgo lo que queda,
puesto que sobre fixo fundamento
fortuna á tu sabor mueva la rueda:
y el juvenil furor y atrevimiento
castigar á tu salvo te conceda,
queda tu fuerza mas disminuida,
y alfin tu autoridad ménos temida.

Pierdes dos hombres, pierdes dos espadas
que el límite Araucano han estendido,
y en las fieras naciones apartadas
hacen que sea tu nombre tan temido:
si agora han sido aquí desacatadas,
mira lo que otras veces han servido
en trances peligrosos derramando
la sangre propia, y del contrario vando.

Imprimiéron así en Caupolicano
las razones y zelo de aquel viejo,
que frenando el furor dixo: en tu mano
lo dexo todo, y tomo ese consejo:
con tal resolucion el sabio anciano
viendo abierto camino y aparejo,
hablo con Leucotón, que vino en todo,
y á los primos despues del mismo modo.

Y así el viejo eficaz los pursuadiera,
que en tal discordia y caso tan diviso,
lo que el mundo universo no pudiera,
pudo su discrecion y buen aviso:
fueles pues reduciendo de manera
que viniérron á todo lo que quiso:
pero con condicion que la celada
por precio al Orompello fuese dada.

Pues la rica celada allí traida,
al ufano Orompello le fué puesta,
y una cuera de malla guarnecida
de fino oro á la par vino con esta,
y al mismo tiempo á Leucotón vestida,
todos conformes en alegre fiesta
á las copiosas mesas se sentáron,
donde mas la amistad confederáron.

Acabado el comer, lo que del dia
les quedaba las mesas levantadas
se pasó en regocijo y alegria,
texiendo en corros danzas siempre usadas:
donde un número grande intervenia
de mozos y mugeres festejadas;
que las pruebas cesáron y ocasiones,
atento á no mover nuevas qüestiones.

Quando la noche el orizonte cierra
y con la negra sombra el mundo abraza,
los principales hombres de la tierra
se juntáron en una antigua plaza
á tratar de las cosas de la guerra,
y en el discurso dellas dar la traza
diciendo, que el subsidio padecido
habia de ser con sangre redimido.

Saliéron con que al hijo de Pillano
se cometiese el cargo deseado,
y el número de gente por su mano
fuese absolutamente señalado:
tal era la opinion del Araucano,
y tal crédito y fama habia alcanzado,
que si asolar el cielo prometiera,
crédito á la promesa se le diera.

Y entre la gente jóven mas granada
fuéron por él quinientos escogidos,
mozos gallardos de la vida ayrada,
por mas bravos que pláticos tenidos:
y hubo de otros por ir esta jornada
tantos ruegos, protestos y partidos,
que escusa no bastó, ni impedimento
á no exceder la copia en otros ciento.

Los que Lautáro escoge son soldados
amigos de inquietud, facinerosos,
en el duro trabajo exercitados,
perversos, disolutos, sediciosos,
á qualquiera maldad determinados,
de presas y ganancias codiciosos,
homicidas, sangrientos, temerarios,
ladrones, vandoleros y corsarios.

Con esta buena gente caminaba
hasta Máule de paz atravesando,
y las tierras despues por do pasaba
las iba á fuego y sangre sujetando:
todo sin resistir se le allanaba
poniéndose debaxo de su mando;
los Caciques le ofrecen francamente
servicios, armas, comida, ropa y gente.

Así que por los pueblos y ciudades
la comarca los bárbaros destruyen,
talan comidas, casas y heredades,
que los Indios de miedo al pueblo huyen:
estupros, adulterios y maldades
por violencia sin término concluyen,
no reservando edad, estado y tierra,
que á todo riesgo y trance era la guerra.

No paran con la gana que tenian
de venir con los nuestros á la prueba,
los Indios comarcanos que huian,
llevan á la ciudad la triste nueva:
rumores y alborotos se movian,
el bélico bullicio se renueva,
aunque algunos que el caso contemplaban,
á tales nuevas crédito no daban.

Dicen, que era locura claramente
pensar que así una esquadra desmandada
de tan pequeño numero de gente
se atreviese á emprender esta jornada:
y mas contra ciudad tan eminente,
y léjos de su tierra y apartada;
pero los que de Penco habian salido,
tienen por mas el daño, que el ruido.

Votos hay que saliesen al camino,
estos son de los jóvenes briosos,
otros que era imprudencia y desatino
por los pasos y sitios peligrosos:
á todo con presteza se previno,
que de grandes reparos ingeniosos
el pueblo fortalecen, y en un punto
despachan corredores todo junto.

Debaxo de un caudillo diligente
que verdadera relacion truxese
del número y designio de la gente,
con comision si lance le saliese
á su honor y defensa conveniente,
que al bárbaro esquadron acometiese,
volviendo á rienda suelta dos soldados
para que dello fuesen avisados.

Por no haber caso en esto señalado
abrevio con decir que se partiéron,
y al quarto dia con ánimo esforzado
sobre el campo enemigo amaneciéron:
travóse el juego, y no duró travado,
que los bárbaros luego les rompiéron,
y todos con cuidado y piés ligeros
revolviéron á ser los mensageros.

Sin aliento, cansados y afligidos
vuelven con testimonio asaz bastante
de como fuéron rotos y vencidos
por la fuerza del bárbaro pujante,
lasos, llenos de sangre, mal heridos,
con pérdida de un hombre,el qual delante,
y enmedio de los campos desmandado,
á manos de Lautáro habia espirado.

Cuentan que levantado un muro habia
adonde con sus bárbaros se acoge,
y que infinita gente le acudia,
de la qual la mas diestra y fuerte escoge:
tambien que bastimentos cada dia,
y cantidad de municion recoge,
afirmando por cierto fuera desto
que sobre la ciudad llegará presto.

Quien incrédulo dello ántes estaba
teniendo allí el venir por desvario,
á tan clara señal crédito daba,
helándole la sangre un miedo frio:
quien de pura congoja trasudaba,
que de Lautáro ya conoce el brio,
quien con ardiente y animoso pecho
bramaba por venir mas presto al hecho.

Villagrán enfermado acaso habia,
no puede á la sazon seguir la guerra;
mas con ruegos y dádivas movia
la gente mas gallarda de la tierra:
y por caudillo en su lugar ponia
un caro primo suyo, en quien se encierra
todo lo que conviene á buen soldado,
Pedro de Villagrán era llamado.

Este sin mas tardar tomó el camino
en demanda del bárbaro Lautáro,
y el cargo que tan loco desatino
como es venir allí, le cueste caro:
dióse tal priesa á andar, que presto vino
á la corva ribera del rio claro,
que vuelve atras en círculo gran trecho,
despues hasta la mar corre derecho.

Media legua pequeña elige un puesto,
de donde estaba el bárbaro aloxado,
en el lugar mejor y mas dispuesto,
y allí por ver la noche ha reparado:
estaba á qualquier trance y rumor presto,
de guardia y centinelas rodeado,
quando sin entender la cosa cierta,
gritaba: arma, arma, alerta, alerta.

Esto fué, que Lautáro habia sabido
como allí nuestra gente era llegada,
que despues de la haber reconocido
por su misma persona y numerada,
volvióse sin de nadie ser sentido,
y mostrando estimarlo todo en nada,
hizo de los caballos que tenia
soltar el de mas furia y lozania.

Diciendo en alta voz: si no me engaño,
no deben de saber que soy Lautáro
de quien han recibido tanto daño,
daño que no tendrá jamás reparo:
mas porque no me tengan por estraño,
y el ser yo aquí venido sea mas claro,
sabiendo con quien vienen á la prueba,
quiero que este rocin lleve la nueva.

Diez caballos, señor, habia ganado
en la refriega y ultima revuelta,
el mejor ensillado y enfrenado,
porque diese el aviso cierto, suelta:
siendo el feroz caballo amenazado
ácia el campo español toma la vuelta
al rastro y al olor de los caballos,
y esta fué la ocasion de alborotallos.

Venia con un rumor y furia tanta,
que dió mas fuerza al arma y mayor fuego,
la gente recatada se levanta
con sobresalto y gran desasosiego:
el escándalo tanto no fué, quanta
era despues la burla, risa y juego
de ver que un animal de tal manera
en arma y alboroto los pusiera.

Pasáronse sin dormir la noche en esto
hasta el nuevo apuntar de la mañana,
que con ánimo y firme presupuesto
de vencer ó morir de buena gana
salen del sitio, y aloxado puesto
contra la gente bárbara Araucana,
que no menos estaba acodiciada
del venir al efeto de la espada.

Un edicto Lautáro puesto habia,
que quien fuera del múro un paso diese
como por crimen grave y rebeldia,
sin otra informacion luego muriese:
así el temor frenando á la osadia,
por mas que la ocasion la comoviese,
las riendas no rompió de la obediencia,
ni el ímpetu pasó de su licencia.

Del muro estaba el bárbaro cubierto
no dexando salir soldado fuera,
quiere que su partido sea mas cierto
encerrando á los nuestros de manera,
que no les aproveche en campo abierto
de ligeros caballos la carrera;
mas solo ánimo, esfuerzo y entereza,
y la virtud del brazo y fortaleza.

Era el órden así, que acometiendo
la plaza, al tiempo del herir volviesen
las espaldas los bárbaros huyendo,
porque dentro los nuestros se metiesen:
y algunos por defuera revolviendo,
ántes que los christianos se advirtiesen
ocuparles las puertas del cercado,
y combatir allí á campo cerrado.

Con tal ardid los Indios aguardaban
á la gente española que venia,
y en viéndola asomar la saludaban,
alzando una terrible voceria:
soberbios desde allí la amenazaban
con audacia, desprecio y bizarria;
quien la fornida pica blandeando,
quien la maza ferrada levantando.

Como toros que van á ser lidiados,
quando aquellos que cerca los desean,
con silvos y rumor, de los tablados
seguros del peligro los torean,
y en su daño los hierros amolados,
sin miedo amenazándolos blandean:
así la gente bárbara Araucana
del muro amenazaba á la Christiana.

Los Españoles siempre con semblante
de parecerles poca aquella caza,
paso á paso caminan ádelante
pensando de allanar la fuerte plaza,
en alta voz diciendo: no es bastante
el muro, ni la pica y dura maza
á estorvaros la muerte merecida
por la gran desvergüenza cometida.

Llegados de la Fuerza poco trecho,
reconocida bien por cada parte,
pónenle el rostro, y sin torcer derecho
asaltan el fosado baluarte:
por acabado tienen aquel hecho,
de los bárbaros huye la mas parte,
ganan las puertas francas con gran gloria
cantando en altas voces la vitoria.

No hubiera relacion deste contento,
si los primeros Indios aguardáran
tanto espacio y sazon quanto un momento,
que las puertas los últimos tomáran:
mas viéndolos entrar, sin sufrimiento,
ni poderse abstener, luego reparan,
haciendo la señal que no debian,
hiciéron revolver los que huian.

Como corre el caballo quando ha olido
las yeguas que atras quedan y querencia,
(que alli el intento inclina y el sentido)
gime y relincha con zelosa ausencia,
afloxa el curso, atras tiende el oido
alerto á si el señor le da licencia,
que á dar la vuelta aun no le ha señalado
quando sobre los pies ha volteado.

De aquel modo los bárbaros huyendo
con muestra de temor (aunque fingida)
firman el paso presuroso, oyendo
la alegre y cierta seña conocida:
y encontra de los nuestros esgrimiendo
la cruda espada al parecer rendida,
vuelven con una furia tan terrible
que el suelo retembló del son horrible.

Como por sesgo mar del manso viento
siguen las graves olas el camino,
y con furioso y recio movimiento
salta el contrario coro repentino:
que las arenas del profundo asiento
las saca arriba en turbio remolino,
y las hinchadas olas revolviendo
al tempestuoso coro van siguiendo.

De la misma manera á nuestra gente
que el alcance sin término seguia,
la súbita mudanza de repente
le turbó la vitoria y alegria:
que sin se reparar violentamente
por el mismo camino revolvia,
resistiendo con ánimo esforzado
el número de gente aventajado.

Mas como un caudaloso rio de fama
la presa y palizada desatando,
por inculto camino se derrama
los arraigados troncos arrancando:
quando con desfrenado curso brama
quanto topa delante arrebatando,
y los duros peñascos enterrados
por las furiosas aguas son llevados.

Con ímpetu y violencia semejante
los Indios á los nuestros arrancáron,
y sin pararles cosa por delante
en furiosa corriente los lleváron:
hasta que con veloz furor pujante
de la cerrada plaza los lanzáron,
que el miedo de perder allí la vida
les hizo el paso llano á la salida.

De mas priesa y con pies mas desenvueltos
los sueltos Españoles que á la entrada,
en una polvoresa nube envueltos
salen del cerco estrecho y palizada:
entre ellos van los bárbaros revueltos,
una gente con otra amontonada,
que sin perder un punto se herian
de manos y de pies como podian.

No el alzado antepecho, y agujeros
que fuera dél entorno habia cavados,
ni la fagina y suma de maderos
con los fuertes vexucos amarrados
detuviéron el curso á los ligeros
caballos, de los hierros hostigados,
que como si voláran por el viento,
saliéron á lo llano en salvamento.

Los Españoles sin parar corriendo
libre la plaza á los contrarios dexan,
que la fortuna próspera siguiendo
con prestos pies y manos los aquejan:
pero los nuestros el morir temiendo,
siempre alargan el paso, y mas se alejan,
deteniendo á las veces floxamente
la gran furia y pujanza de la gente.

Bien una legua larga habian corrido
á toda furia por la seca arena,
solo Lautáro nos lo ha seguido,
lleno de enojo y de rabiosa pena:
viendo el poco sustento del mal regido
campo, tan recio el rico cuerno suena
que los mas delanteros lo sintiéron,
y al son sin mas correr se retruxéron.

Estaba así impaciente y enojado,
que mirarle á la cara nadie osaba,
y al pavellon él solo retirado
un nuevo edicto publicar mandaba:
que guerrero ninguno fuese osado
salir un paso fuera de la caba,
aunque los Españoles revolviesen
y mil veces el Fuerte acometiesen.

Despues llamando á junta á los soldados,
aunque ardiendo en furor, templadamente
les dice: amigos, vamos engañados,
si con tan poco número de gente
pensamos allanar los levantados
muros de una ciudad así eminente:
la industria tiene aquí mas fuerza y parte,
que la temeridad del fiero Marte.

Esta los fieros ánimos reprime,
y á los flacos y débiles esfuerza,
las cervices indómitas oprime,
y las hace domésticas por fuerza:
ésta el honor y pérdidas redime,
y la sazon á usar della nos fuerza,
que la industria solicita y fortuna
tienen conformidad y andan á una.

Cumple partir de aquí, muestras haciendo
que solo de temor nos retiramos,
y asegurar los Españoles viendo
como el honor y campo les dexamos:
que despues á su tiempo revolviendo
haremos lo que así dificultamos,
teniendo ellos el llano, y por guarida
vecina la ciudad fortalecida.

El hijo de Pillán esto decia,
quando asomaba el vando castellano
que con esfuerzo nuevo y osadia
quiere probar segunda vez la mano:
fué tanto el alborozo y alegria
de los bárbaros, viendo por el llano
aparecer los nuestros, que al momento
gritan y baten palmas de contento.

En esto los Christianos acercando
poco á poco se van á la batalla,
y al justo tiempo del partir llegando
dexan irse á la bárbara canalla:
que uno la maza en alto, otro baxando
la pica, el cuerpo esento en la muralla,
con animoso esfuerzo se mostraban,
y al exercicio bélico incitaban.

Unos acuden á las anchas puertas,
y comienzan allí el combate duro,
de escudos las cabezas bien cubiertas
se llegan otros al guardado muro:
otros buscan por partes descubiertas
la subida y el paso mas seguro:
hinche el vando Español la caba honda,
y el Araucano el muro á la redonda.

Pero el pueblo Español con osadia
cubierto de fortísimos escudos,
la lluvia de los tiros resistia
y los botes de lanzas muy agudos:
era tanta la grita y armonia,
y el espeso batir de golpes crudos,
que Máule el raudo curso refrenaba
confuso al son que entorno rimbombaba,

Por las puertas y frente, y por los lados,
el muro se combate y se defiende,
allí corren con priesa amontonados
adonde mas peligro haber se entiende:
allí con prestos golpes esforzados
á su enemigo cada qual ofende
con furia tan terrible y fuerza dura,
que poco importa escudo ni armadura.

Los nuestros ácia atras se retruxéron,
de los tiros y golpes impelidos,
tres veces y otras tantas revolviéron
de vergonzosa cólera movidos:
gran pieza á la fortuna resistiéron;
mas ya todos andaban mal heridos,
flacos, sin fuerza, lasos, desangrados,
y de sangre los hierros colorados.

El corage y la cólera es de suerte
que va en aumento el daño y la crueza,
hallan los Españoles siempre el Fuerte
mas fuerte, y en los golpes mas dureza:
sin temor acometen de la muerte;
pero poco aprovecha esta braveza,
que el que ménos herido y flaco andaba
por seis partes la sangre derramaba.

Hasta la gente bárbara se espanta
de ver lo que los nuestros han sufrido
de espesos golpes , flecha y piedra tanta
que sin cesar sobre ellos ha llovido:
y quan determinados y con quanta
furia tres veces han acometido,
destos los enemigos impacientes
apretaban los puños y los diéntes.

Y como tempestad que jamás cesa,
ántes que va en furioso crecimiento
quando la congelada piedra espesa
hiere los techos , y se esfuerza el viento:
así los duros bárbaros apriesa
movidos de vergüenza y corrimiento,
con lanzas , dardos , piedras arrojadas
baten adargas , rodelas y celadas.

Los cansados Christianos no pudiendo
sufrir el gran trabajo incomportable,
se van forzosamente retrayendo
del vano intento y plaza inexpugnable,
y el detrozado campo recogiéndo,
visto su suerte y hado miserable,
por el mismo camino que viniéron,
aunque con ménos furia se volviéron.

Aquella noche al pie de una montaña
viniéron á tener su aloxamiento,
segura de enemigos la campaña,
que ninguno salió en su seguimiento:
decir prometo la cautela estraña
de Lautáro despues , que ahora me siento
flaco, cansado, ronco, y entretanto
esforzaré la voz al nuevo canto.

CANTO XII.

Recogido Lautáro en su Fuerte no quiere seguir la vitoria por entretener á los Españoles. Pása ciertas razones con él Marcos Vaez, por las quales Pedro de Villagrán viene á entender el peligroso punto en que estaba: y levantando su campo se retira. Viene el Marqués de Cañete á la ciudad de los Reyes en el Pirú.

Virtud dificil, y dificil prueba
es guardar el secreto peligroso,
que la dificultad bien claro prueba
quanto es sano, seguro y provechoso:
y el poco fruto y mucho mal que lleva
el vicio inútil del hablar dañoso:
exemplo los de Libico homicidas,
y otros que les costó el hablar las vidas.

Veranse por los ojos y escrituras
en los presentes tiempos y pasados
crueldades, ruinas, desventuras,
infamias, puniciones de pecados:
grandes yerros en grandes coyunturas,
pérdidas de personas y de estados:
todo por no sufrir el indiscreto
la peligrosa carga del secreto.

De los vicios el ménos de provecho,
y por donde mas daño á veces viene,
es el no retener el fácil pecho
el secreto hasta el tiempo que conviene:
rompe, y deshace alfin todo lo hecho,
quita la fuerza que la industria tiene,
guerra, furor, discordia, fuego enciende,
al propio dueño, y al amigo vende.

Por esto el sabio hijo de Pillano
la causa á sus soldados encubria
de no dexar salir gente á lo llano,
siguiendo la vitoria de aquel dia:
y el retirado campo Castellano
seguro á paso largo por la via,
como dixe, la furia quebrantada
toma de la ciudad la vuelta usada.

Usar Lautáro desta maña, entiendo,
que fuese para algun sagaz intento,
el qual por conjeturas comprehendo
ser de gran importancia y fundamento:
dexado esto á su tiempo, y revolviendo
á los nuestros que asi del fuerte asiento
se alejan, á tres leguas otro dia
hiciéron alto, asiento y ranchería.

Dos dias los Españoles estuviéron
haciendo de los bravos, aguardando;
pero jamás los bárbaros viniéron,
ni gente pareció del otro vando:
alfin dos de los nuestros se atreviéron
á ver el Fuerte, y cerca dél llegando,
oyéron una voz alta del muro,
diciéndoles: llegaos, que os doy seguro.

Al uno por su nombre lo llamaba
con el cierto seguro prometido,
el qual dexando al otro, se llegaba
por conocer quien era el atrevido:
llegado el Español junto á la caba,
el de la voz fué luego conocido,
que era el gallardo hijo de Pillano
tratado dél un tiempo como hermano.

Estaba de un lustroso peto armado
con sobrevista de oro guarnecida,
en una gruesa pica recostado
por el ferrado regatón asida;
el ancho y duro hierro colorado,
y de sangre la media asta teñida,
puesta de limpio acero una celada,
abierta por mil partes y abollada.

Llegado el Español donde podia
hablarle y entenderle claramente,
el bizarro Lautáro le decia:
Marcos, de tí me espanto estrañamente,
y de esa tu inorante compañía,
que sin razon y seso ciegamente
penseis así de mi opinion mudarme,
y ser bastantes todos á enojarme.

¿Qué intento os mueve, ó qué furor insano,
que así quereis tiranizar la tierra?
no veis que todo agora está en mi mano,
el bien vuestro, y el mal, la paz, la guerra?
no veis que el nombre y crédito Araucano
los levantados ánimos atierra?
que solo el son al mundo pone miedo,
y quebranta las fuerzas y el denuedo?

En los pueblos no fuistes poderosos
de defender las propias posesiones,
que es cosa que aun los páxaros medrosos
hacen rostro en su nido á los leones:
¿y en los desiertos campos pedregosos
pensais de sustentar los pavellones
en tiempo que estais mas amedrentados,
y mas vuestros contrarios animados?

Es á mi parecer loca osadia
querer contra nosotros sustentaros;
pues ni por arte, maña, ni otra via
podeis en nuestro daño aprovecharos:
si lo quereis llevar por valentia,
baste el presente estrago á escarmentaros,
que fresca sangre aun vierten las heridas,
y della aquí las yerbas veo teñidas.

Pues dexar yo jamás de perseguiros,
segun que lo juré, será escusado;
hasta dentro en España he de seguiros,
que así lo he prometido al gran Senado:
mas si quereis en tiempo reduciros
haciendo lo que aquí os será mandado,
saldré de la promesa y juramento,
y vosotros saldreis de perdimiento.

Treinta mugeres vírgenes apuestas
por tal concierto habeis de dar cada año,
blancas, rubias, hermosas, bien dispuestas,
de quince años á veinte sin engaño:
han de ser Españolas, y tras estas
treinta capas de verde y fino paño,
y otras treinta de purpura texidas,
con fino hilo de oro guarnecidas.

Tambien doce caballos poderosos,
nuevos y ricamente enjaezados,
domésticos, ligeros y furiosos,
debaxo de la rienda concertados:
y seis diestros lebreles animosos
en la caza me habeis de dar cebados:
este solo tributo estorvaria
lo que estorvar el mundo no podria.

Atento el castellano le escuchaba
estando de la plática gustoso;
mas quando á estas razones allegaba,
no pudo aquí tener ya mas reposo:
así impaciente al bárbaro atajaba,
diciéndole: no estés tan orgulloso,
que las parias que pides, ó Lautáro,
te costarán, si esperas, presto caro.

En pago de tu loco atrevimiento
te darán Españoles por tributo:
cruda muerte con áspero tormento,
y Arauco cubrirán de eterno luto,
Lautáro dixo: es eso hablar al viento;
sobre ello, Marcos, mas yo no disputo:
las armas, no la lengua han de tratarlo,
y la fuerza y valor determinarlo.

Libre puedes decir lo que quisieres,
como aquel que seguro le está dado,
que tú despues harás lo que pudieres,
y yo podré hacer lo que he jurado:
tratemos de otras cosas de placeres,
quede para su tiempo comenzado,
y quiérote mostrar, pues tiempo hallo,
una lucida esquadra de caballo.

Que para que no andeis tan al seguro,
acuerdo de tener tambien caballos,
y de imponer mis súbditos procuro
á saberlos tratar y gobernallos:
esto dixo Lautáro, y desde el muro
á seis dispuestos mozos sus vasallos
mandó que en seis caballos cavalgasen
y por delante dél los paseasen.

Por las dos puentes á la voz caladas
saliéron á caballo seis Chilcanos,
pintadas, y anchas dargas embrazadas,
gruesas lanzas terciadas en las manos:
vestidas fuertes cotas, y tocadas
las cabezas al modo de Africanos,
mantos por las caderas derribados,
los brazos hasta el codo arremangados.

Y con ayrosa muestra por delante
del atento Español dos vueltas diéron;
pero ni de su puesto y buen semblante,
punto que se notase le moviéron;
ántes con muestra y ánimo arrogante,
en alta voz, que todos lo entendiéron,
(que el muro estaba ya lleno de gente)
babló así con Lautáro libremente:

En vano, ó Capitan, cierto trabaja,
quien pretende con fieros espantarme,
no estimo lo que ves en una paja,
ni alardes pueden punto amedrentarme:
y por mostrar si temo la ventaja,
yo solo con los seis quiero probarme,
do verás que á seis mil seré bastante,
vengan luego á la prueba aquí delante.

Lautáro respondió: Marcos, si mueres
tanto por no mostrar tu fuerza y brio,
el mínimo que dellos escogieres
á pie vendrá contigo en desafio:
del modo y la manera que quisieres
elige armas y campo á tu alvedrio,
hora con ellas, hora desarmados,
á puños, coces, uñas, y á bocados.

El Español le dixo: yo te digo,
que mi honor en tal caso no consiente
darles uno por uno su castigo,
porque jamás se diga entre la gente
que cuerpo á cuerpo bárbaro conmigo
en campo osase entrar singularmente:
por tanto, si no quieres lo que pido,
no quiero yo acetar otro partido.

No viniéron en esto á concertarse,
despues por otras cosas discurriéron;
pero llegado el tiempo de apartarse
del bárbaro, los dos se despidiéron:
vueltos á su camino, oyen llamarse,
y á la voz conocida revolviéron,
que era el mesmo Lautáro quien llamaba,
diciendo: una razon se me olvidaba.

Tengo mi gente triste y afligida,
con gran necesidad de bastimento,
que me falta del todo la comida
por órden mala y poco regimiento:
pues la teneis de sobra recogida,
haced un liberal repartimiento,
proveyéndonos della, que á mi cuenta
mas la gloria y honor vuestro acrecienta.

Que en el ínclito Estado es uso antiguo,
y entre buenos soldados ley guardada,
alimentar la fuerza al enemigo
para solo oprimirle por la espada:
estad, Marcos, atento á lo que digo,
y entended que será cosa loada,
que digan que las fuerzas sojuzgastes,
que para mayor triunfo alimentastes.

Que se llame vitoria, yo lo dudo,
quando el contrario á tal estremo viene,
que en aquello que nunca el valor pudo,
la hambre miserable poder tiene:
y al fuerte brazo indómito y membrudo
lo debilita, doma, y lo detiene;
y así por baxo modo y estrecheza,
viene á parecer fuerte la flaqueza,

Era, señor, su intento que pensase
ser la necesidad (fingida) cierta,
para que nuestra gente se animase
de industria abriendo aquella falsa puerta;
y con esto inducirla á que esperase,
teniendo así su astucia mas cubierta
hasta que el fin llegase deseado
del cauteloso engaño fabricado.

Marcos de las palabras comovido
le dice: yo prometo de intentallo
por solo esas razones que has movido,
y hacer todo el poder en procurallo:
habiéndose con esto despedido,
revolviendo las riendas al caballo,
él y su compañero camináron
hasta que al español campo llegáron.

De todo al punto Villagrá informado
quanto á Marcos Lautáro dicho habia,
sospechoso, confuso y admirado
de ver que bastimentos le pedia:
era sagaz, celoso y recatado;
revolviendo la presta fantasia
los secretos designios comprehende,
y el peligroso estado y trance entiende.

Y en el presto remedio resoluto,
quando el mundo se muestra mas escuro
sin tocar trompa, del peligro instruto
toma el camino á la ciudad seguro,
maravillado del ardid astuto.
Pero de nuestra gente ahora no curo,
que quiero ántes decir el modo estraño
de la ingeniosa astucia y nuevo engaño.

Aun no era bien la nueva luz llegada,
quando luego los bárbaros supiéron
la súbita partida y retirada,
que no con poca muestra lo sintiéron:
viendo claro que al fin de la jornada,
por un espacio breve no pudiéron
hacer en los Christianos tal matanza,
que nadie dellos mas tomára lanza.

Que aquel sitio cercado de montaña,
que es en un baxo y recogido llano
de acequias copiosísimas se baña
por zanjas con industria hechas á mano:
rotas al nacimiento, la campaña
se hace en breve un lago y gran pantano:
la tierra es honda, floxa, anegadiza,
hueca, falsa, esponjada y movediza.

Quedáran, si las zanjas se rompieran,
en agua aquellos campos empapados,
moverse los caballos no pudieran
en pegajosos lodos atascados:
adonde si aguardáran los cogieran,
como en liga á los páxaros cebados,
que ya Lautáro con despacho presto
habia en execucion el ardid puesto.

Triste por la partida y con despecho
la Fuerza desampara el mismo dia,
y el camino de Arauco mas derecho,
marcha con su esquadron de infantería:
revuelve, y traza en el cuidoso pecho
diversas cosas, y en ninguna habia
el consuelo y disculpa que buscaba,
y entre sí razonando suspiraba.

Diciendo: ¿qué color puede bastarme
para ser desta culpa reservado?
no pretendí yo mucho de encargarme
de cosa que me dexa bien cargado?
de quién sino de mí puedo quejarme,
pues todo por mi mano se ha guiado?
soy yo quien prometió en un año solo
de conquistar del uno al otro polo?

Miéntras que yo con tan lucida gente
ver el muro español aun no he podido,
la Luna ya tres veces frente á frente
ha visto nuestro campo mal regido:
y el carro de Faetón resplandeciente
del Escorpio al Aquario ha discurrido,
y alfin damos la vuelta maltratados
con pérdida de mas de cien soldados.

Si con morir tuviese confianza
que una vergüenza tal se colorase,
haria á mi inútil brazo, que esta lanza
el débil corazon me atravesase:
pero daria de mí mayor venganza
y gloria al enemigo, si pensase
que temí mas su brazo poderoso,
que el flaco mio, cobarde y temeroso.

Yo juro al infernal poder eterno,
si la muerte en un año no me atierra,
de echar de Chile el español gobierno,
y de sangre empapar toda la tierra:
ni mudanza, calor, ni crudo invierno
podrán romper el hilo de la guerra,
y dentro del profundo reyno escuro
no se verá Español de mí seguro.

Hizo tambien solene juramento
de no volver jamás al nido caro,
ni del agua, del sol, sereno, y viento
ponerse á la defensa, ni al reparo:
ni de tratar en cosas de contento
hasta que el mundo entienda de Lautáro,
que cosa no emprendió dificultosa
sin darla con valor salida honrosa.

En esto le parece que afloxaba
la cuerda del dolor, que á veces tanto
con grave y dura afrenta le apretaba,
que de perder el seso estuvo á canto:
así el feroz Lautáro caminaba,
y al fin de tres jornadas, entretanto
que el esperado tiempo se avecina,
se aloxa en una vega á la marina.

Junto adonde con recio movimiento
baxa de un monte Itáta caudaloso,
atravesando aquel umbroso asiento
con sesgo curso, grave y espacioso:
los árboles provocan á contento,
el viento sopla allí mas amoroso
burlando con las tiernas florecillas
roxas, azules, blancas y amarillas.

Siete leguas de Penco justamente
es esta deleytosa y fertil tierra,
abundante, capaz y suficiente
para poder sufrir gente de guerra:
tiene cerca á la vanda del Oriente
la grande cordillera y alta sierra,
de donde el raudo Itáta apresurado
baxa á dar su tributo al mar salado.

Fué un tiempo de Españoles; pero habia
la prometida fé ya quebrantado,
viendo que la fortuna parecia
declarada de parte del Estado:
el qual veinte y dos leguas contenia,
este era su distrito señalado;
pero tan grande crédito alcanzaba,
que toda la nacion le respetaba.

Los españoles ánimos briosos
éste los puso humildes por el suelo,
éste los baxos, tristes y medrosos
hace que se levanten contra el cielo:
y los estraños pueblos poderosos
de miedo deste viven con rezelo:
los remotos vecinos y estrangeros
se rinden y someten á sus fueros.

Pues la flor del Estado deseando
estaba al tardo tiempo en esta vega,
tardo para quien gusto está esperando,
que al que no espera bien, bien presto llega:
pero el tiempo y sazon apresurando,
á sus valientes bárbaros congrega,
y ántes que se metiesen en la via,
estas breves razones les decia:

Amigos, si entendiese que el deseo
de combatir sin otro miramiento,
y la fogosa gana que en vos veo
fuese de la vitoria el fundamento,
hagoos saber de mí, que cierto creo
estar en vuestra mano el vencimiento,
y un paso atras volver no me hiciera,
si el mundo sobre mí todo viniera.

Mas no es solo con ánimo adquirida
una cosa dificil y pesada;
¿qué aprovecha el esfuerzo sin medida,
si tenemos la fuerza limitada?
mas ésta (aunque con límite) regida
por industrioso ingenio, y gobernada,
de duras y de muy dificultosas
hace llanas y fáciles las cosas.

¿Quántos vemos el crédito perdido
en afrentoso y mísero destierro,
por solo haber sin término ofrecido
el pecho osado al enemigo hierro?
que no es valor, mas ántes es tenido
por loco, temerario y torpe yerro:
valor es ser al órden obediente,
y locura sin órden ser valiente.

Como en este negocio y gran jornada
con tanto esfuerzo asi nos destruimos,
fué porque no miramos jamás nada,
sino al ciego apetito á quien seguimos:
que á no perder por furia anticipada
el tiempo y coyuntura que tuvimos,
no quedára Español ni cosa alguna
á la disposicion de la fortuna.

Si al entrar de la Fuerza reportados
allí algun sufrimiento se tuviera,
fueran vuestros esfuerzos celebrados,
pues ningun enemigo se nos fuera:
en la ciudad estaban descuidados,
con la gente que andaba por defuera
hiciéramos un hecho y una suerte,
que no la consumieran tiempo y muerte.

Pero quiero poneros advertencia,
que habeis por la razon de gobernaros,
haciendo al movimiento resistencia
hasta que la sazon venga á llamaros:
y no salirme un punto de obediencia,
ni á lo que no os mandáre adelantaros,
que en el inobediente y atrevido
haré exemplar castigo nunca oido.

Y pues volvemos ya donde se muestra
nuestro poco valor por mal regidos,
en fé que habeis de ser (alzo la diestra)
en el primer honor restituidos:
ó el campo regará la sangre nuestra,
y habemos de quedar en él tendidos
por pasto de las brutas bestias fieras,
y de las sucias aves carniceras.

Con esto fué la plática acabada,
y la trompeta á levantar tocando,
diéron nuevo principio á su jornada
con la usada presteza caminando:
yendo así, al descubrir de una ensenada
por Mataquino á la derecha entrando,
un bárbaro encontráron por la via
que del pueblo les dixo que venia.

Este les afirmó con juramento
que en Mapochó se sabe su venida,
hora les dió la nueva della el viento,
hora de espias solícitas sabida:
tambien que de copioso bastimento
estaba la ciudad ya prevenida
con defensas, reparos, provisiones,
pertrechos, aparatos, municiones.

Certificado bien Lautáro desto
muda el primer intento que traia,
viendo ser temerario presupuesto
seguirle con tan poca compañía:
piensa juntar mas gentes, y de presto
un fuerte asiento que en el valle habia,
con ingenio y cuidado diligente
comienza á reforzarle nuevamente.

Con la priesa que dió dentro metido,
y ser dispuesto el sitio y reparado
fué en breve aquel lugar fortalecido,
de foso y fuerte muro rodeado:
gente á la fama desto habia acudido
codiciosa del robo deseado:
forzoso me es pasar de aquí corriendo,
que siento en nuestro pueblo un gran estruendo.

Sábese en la ciudad por cosa cierta
que á toda furia el hijo de Pillano,
guiando un esquadron de gente experta,
viene sobre ella con armada mano:
el súbito temor puso en alerta
y confusion al pueblo castellano;
mas la sangre que el miedo helado habia,
de un ardiente corage se encendia.

A las armas acuden los briosos,
y aquellos que los años agravaban
con industrias y avisos provechosos
la tierra y partes flacas reparaban:
tras estos treinta mozos animosos,
y un astuto caudillo se aprestaban,
que con algunos bárbaros amigos
fuesen á descubrir los enemigos.

Villagrán á la sazon no residia
en el pueblo español alborotado,
que para la Imperial partido habia
por camino de Arauco desviado:
mas ya con nueva gente revolvia,
y junto de do el bárbaro cercado
de gruesos troncos y fagina estaba,
sin saberlo, una noche se aloxaba.

Quando la alegre y fresca aurora vino,
y él la nueva jornada comenzaba,
al calar de una loma en el camino
un comarcano bárbaro encontraba:
el qual le dió la nueva del vecino
campo y razon de quanto en él pasaba,
que todo bien el mozo lo sabia,
como aquel que á robar de allá venia.

Entendió el Español del Indio quanto
el bárbaro enemigo determina,
y como allega gentes, entretanto
que el oportuno tiempo se avecina:
no puso á los Cautenes esto espanto,
y mas quando supiéron que vecina
venia tambien la gente nuestra armada,
que dellos aun no estaba una jornada.

Villagrán le pregunta, si podria
ganar al Araucano la albarrada?
sonriéndose el Indio respondia
ser cosa de intentar bien escusada
por el reparo y sitio que tenia,
y estar por las espaldas abrigada
de una tajada peñascosa sierra
que por aquella parte el Fuerte cierra.

Dixole Villagrán: yo determino
por esa relacion tuya guiarme,
y abrir por la montaña alta el camino,
que quiero á qualquier cosa aventurarme:
y si donde está el campo Lautarino
en una noche puedes tu llevarme,
del trabajo serás gratificado,
y al fuego, si me mientes, entregado.

Sin temor dice el bárbaro: yo juro
en ménos de una noche de llevarte
por dificil camino, aunque seguro;
desta palabra puedes confiarte,
de Lautáro despues no te aseguro,
ni tu gente y amigos serán parte,
á que si vais allá, no os coja á todos,
y os dé civiles muertes de mil modos.

No le movió el temor que le ponia
á Villagrán el bárbaro guerrero,
que visto quan sin miedo se ofrecia,
le pareció de trato verdadero:
y á la gente del pueblo que venia
despacha un diligente mensagero,
para que con la priesa conveniente
con él venga á juntarse brevemente.

Pues otro dia allí juntos se dexáron
ir por do quiso el bárbaro guiallos,
y en la cerrada noche no cesáron
de afligir con espuelas los caballos:
despues se contará lo que pasáron;
que cumple por agora aquí dexallos
por decir la venida en esta tierra
de quien dió nuevas fuerzas á la guerra.

Hasta aquí lo que en suma he referido:
yo no estuve, señor, presente á ello,
y así de sospechoso no he querido
de parciales intérpretes sabello:
de ambas las mismas partes lo he aprendido,
y pongo justamente solo aquello
en que todos concuerdan y confieren,
y en lo que en general ménos difieren.

Pues que en autoridad de lo que digo
vemos que hay tanta sangre derramada,
prosiguiendo adelante, yo me obligo
que irá la historia mas autorizada:
podré ya discurrir como testigo
que fui presente á toda la jornada,
sin cegarme pasion, de la qual huyo,
ni quitar á ninguno lo que es suyo.

Pisada en esta tierra no han pisado
que no haya por mis pies sido medida;
golpe, ni cuchillada no se ha dado,
que no diga de quien es la herida:
de las pocas que di estoy disculpado,
pues tanto por mirar embevecida
truxe la mente en esto y ocupada;
que se olvidaba el brazo de la espada.

Si causa me incitó á que yo escribiese
con mi pobre talento y torpe pluma,
fué que tanto valor no pereciese,
ni el tiempo injustamente lo consuma:
que el mostrarme yo sabio me moviese
ninguno que lo fuere lo presuma;
que cierto bien entiendo mi pobreza,
y de las flacas sienes la estrecheza.

De mi poco caudal bastante indicio
y testimonio aquí patente queda,
va la verdad desnuda de artificio
para que mas segura pasar pueda:
pero si fuera desto lleva vicio,
pido que por merced se me conceda,
se mire en esta parte el buen intento,
que es solo de acertar y dar contento.

Que aunque la barba el rostro no ha ocupa- (do,
y la pluma á escribir tanto se atreve,
que de crédito estoy necesitado,
pues tan poco á mis años se le debe;
espero que será, señor, mirado
el zelo justo y causa que me mueve,
y esto y la voluntad se tome en cuenta
para que algun error se me consienta.

Quiero dexar á Arauco por un rato,
que para mi discurso es importante
lo que forzado aquí del Pirú trato,
aunque de su comarca es bien distante:
y para que se entienda mas barato
y con facilidad lo de adelante,
si Lautáro me dexa, diré en breve
la gente que en su daño ahora se mueve.

El Marqués de Cañete era llegado
á la ciudad insigne de los Reyes,
de Cárlos Quinto Máximo enviado
á la guarda y reparo de sus leyes:
éste fué por sus partes señalado
para Virey, de donde dos Vireyes
por los rebeldes brazos atrevidos
habian sido á la muerte conducidos.

Oliendo el Virey nuevo las pasiones
y maldades por uso introducidas,
el ánimo dispuesto á alteraciones
en leal apariencia entretexidas;
los agravios, insultos y traiciones
con tanta desvergüenza cometidas,
viendo que aun el tirano no hedía,
que aunque muerto (de fresco) se bullía.

Entró como sagaz y receloso,
no mostrando el cuchillo y duro hierro,
que fuera en aquel tiempo peligroso,
y dar con hierro en un notable yerro:
mostrándose benigno y amoroso,
trayéndoles la mano por el cerro
hasta tomar el paso á la malicia
y dar mas fuerza y mano á la justicia.

En tanto que las cosas disponia,
para limpiar del todo las maldades
quitando las Justicias, las ponia
de su mano por todas las ciudades:
estas eran personas, que entendia
haber en ellas justas calidades,
de Dios, del Rey, del mundo temerosas,
en semejantes cargos provechosas.

Entretenia la gente, y sustentaba
con son de un general repartimiento,
y el mas culpado mas premio esperaba
fundado en el pasado regimiento:
el Marqués entretanto se informaba
llevando deste error diverso intento,
que no solo dió pena á los culpados,
mas renovó los yerros perdonados.

Pues quando (con el tiempo) ya pensáron,
que estaban sus insultos encubiertos,
en publico pregon se renováron
y fuéron con castigo descubiertos:
que casi en los mas pueblos que pecáron,
amaneciéron en un tiempo muertos
aquellos que con mas poder y mano
habian seguido el vando del tirano.

No condeno, señor, los que muriéron,
pues fuéron perdonados y admitidos
quando á vuestro servicio en sazon fuéron,
y en importante tiempo reducidos:
quedando los errores que tuviéron
á vuestra gran clemencia remetidos:
de vos solo, señor, es el juzgarlos,
y el poderlos salvar ó condenarlos.

Dar mi decreto en esto yo no puedo,
que siempre en casos de honra lo rehuso,
solo digo el terror y estraño miedo
que en la gente soberbia el Marqués puso
con el castigo á la sazon acedo,
dexando el reyno atónito y confuso,
del temerario hecho tan dudoso
que aun era imaginarlo peligroso.

A quien hallaba culpa conocida
del Pirú le destierra en penitencia,
que es entre ellos la afrenta mas sentida,
y que mas exâmina la paciencia:
el justo de exemplar y llana vida
temeroso escudriña la conciencia,
viendo el rigor de la justicia ayrada
que ya desenvainado habia la espada.

Y algunos Capitanes y soldados
que con lustre sirviéron en la guerra,
y esperàban de ser gratificados
conforme á los humores de la tierra,
recelando tenerlos agraviados,
del reyno en son de presos los destierra,
remitiendo las pagas á la mano
de Rey tan poderoso y soberano.

Esto puso suspensa mas la gente,
la causa del destierro no sabiendo,
no entiende, si es injusta ó justamente,
solo sabe callar y estar tremiendo:
teme la furia y el rigor presente,
y á inquirir la razon no se atreviendo,
tiende á qualquier rumor atento oido;
mas no puede sentir mas del ruido.

Temor, silencio, y confusion andaba,
atónita la gente discurria,
nadie la oculta causa preguntaba,
que aun preguntar error le parecia:
por saber uno á otro se miraba,
y el mas sabio los hombros encogia,
temiendo el golpe del furor presente
movido al parecer por acidente.

Fué hecho tan sagaz, grande y osado,
que pocos con razon le van delante,
asaz en estos tiempos celebrado,
y á los ánimos sueltos importante:
por él quedó el Pirú atemorizado,
temerario, rebelde y arrogante,
y á la justicia el paso mas seguro
con mayor esperanza en lo futuro.

Así enfrenó el Pirú con un bocado
que no le romperá jamás la rienda,
haciendo al ambicioso y alterado
contentarse con sola su hacienda:
y el bullicio y deseo desordenado
le reduxo á quietud y nueva enmienda:
que poco lo mal puesto permanece,
como por la esperiencia alfin parece.

Quien ántes no pensaba estar contento
con veinte ó treinta mil pesos de renta,
enfrena de tal suerte el pensamiento
que solo con la vida se contenta:
despues hizo el Marqués repartimiento
entre los beneméritos de cuenta,
para esforzar los ánimos caidos
y dar mayor tormento á los perdidos.

Con exemplos así, y acaecimientos,
como vemos que tantos van errados,
que sobre arena y frágiles cimientos
fabrican edificios levantados:
bien se muestran sus flacos fundamentos,
pues por tierra tan presto derribados
con afrentoso nombre y voz los vemos,
huyendo su inficion quanto podemos.

¡O vano error, ó necio desconcierto
del torpe que con ánimo inorante
no mira en el peligro y paso incierto
las pisadas de aquel que va delante,
teniendo á costa agena exemplo cierto,
que el brazo del amigo mas constante
ha de esparcir su sangre en su disculpa
lavando allí la espada de la culpa!

Quiero que esté algun tiempo falsamente
sobre traidores hombros sostenido,
que el viento que se mueva de repente
le aflige, altera, y turba aquel ruido;
¡pues qué quando la voz del Rey se siente!
no hay son tan duro y áspero al oido,
que tiene solo el nombre fuerza tanta
que los huesos le oprime y le quebranta.

Que le asome fortuna algun contento,
¡con quántos sinsabores va mezclado
aquel rezelo, aquel desabrimiento,
aquel triste vivir tan recatado!
traga el duro morir cada momento,
témese del que está mas confiado,
que la vida ántes libre, y amparada,
está sujeta ya á qualquiera espada.

Negando al Rey la deuda y obediencia
se somete al mas mínimo soldado,
poniendo en contenerle diligencia
con gran miedo y solícito cuidado:
y aquellos mas amigos en presencia
las lanzas le enderezan al costado,
y sobre la cabeza aparejadas
le están amenazando mil espadas.

Qualquier rumor, qualquiera voz le espanta,
qualquier secreto piensa que es negarle,
si el brazo mueve alguno y lo levanta,
piensa el triste que fué para matarle:
la soga arrastra, el lazo á la garganta,
¿qué confianza puede asegurarle?
pues mal el que negar al Rey procura,
tendrá con un tirano fé segura.

Si no bastáre verlos acabados
tan presto, y que ninguno permanece,
y los rollos y términos poblados
de quien tan justamentente lo merece,
vandos, casas, linages estragados
con nombre que los mancha y escurece;
baste la obligacion con que nacemos,
que á nuestro Rey y Príncipe tenemos.

De un paso en otro paso voy saliendo
del discurso y materia que seguia;
pero aunque vaya ciego discurriendo
por caminos mas ásperos sin guia,
del encendido Marte el son horrendo
me hará que atine á la derecha via;
y así seguro desto y confiado
me atrevo á reposar, que estoy cansado.

CANTO XIII.

Hecho el Marqués de Cañete el castigo en el Pirú, llegan mensageros de Chile á pedirle socorro; el qual vista ser su demanda importante y justa, se le envia grande por mar y por tierra. Tambien contiene al cabo este canto como Francisco Villagrán guiado por un Indio viene sobre Lautáro.

Dichoso con razon puede llamarse
aquel que en los peligros arrojado
dellos sabe salir sin ensuciarse,
y libre de poder ser imputado:
pero quien destos puede desviarse
le tengo por mas bienaventurado;
aunque el peligro afina lo perfeto,
aquel que dél se aparta, es el discreto.

Que muchas veces de la fantasia
en cosas que seguro nos promete,
y un ánimo á salir con ellas cria
que con temeridad las acomete,
despues en el peligro desvaria,
y no acierta á salir de á do se mete;
que la señora al siervo sometida
pierde la fuerza y tino á la salida.

Vereis en el Pirú, que han procurado
levantar el tirano, y ayudarle
para solo mostrar despues de alzado
la traidora lealtad en derribarle:
y con designio y ánimo dañado
le dan fuerza, y despues viene á matarle
la espada infiel de la maldad autora,
al Rey, y amigos pérfida y traidora.

Fraguan la guerra, atizan disensiones
en hábito leal, aunque engañoso,
pensando de subir mas escalones
por un áspero atajo y tropezoso:
alcabo de malvadas intenciones
vienen á fin tan malo y afrentoso
como vereis, si bien mirais la guerra
civil, y alteraciones desta tierra.

Deshechos pues del todo los ñublados
por el audaz Marqués, y su prudencia
curando con rigor los alterados,
como quien entendió bien la dolencia,
en nombre de su Rey á otros tocados
de aquel olor descubre la clemencia,
que hasta allí del rigor cubierta estaba
con general perdon que los lavaba.

No el atrevido caso y espantoso
en el Pirú jamás acontecido,
ni el exemplar castigo riguroso
que amansó el fiero pueblo embravecido,
fué en tal tiempo bastante y poderoso
de ensordecer el bárbaro ruido,
y la voz Araucana y clara fama
que en aquellas provincias se derrama.

Nuevas por mar y tierra eran llegadas
del daño y perdicion de nuestra gente,
por las vitorias grandes y jornadas
del Araucano bárbaro potente:
pidiendo las ciudades apretadas
presuroso socorro y suficiente,
haciendo relacion de como estaban,
y de todas las cosas que pasaban.

Gerónimo Alderete, Adelantado,
á quien era el gobierno cometido,
hombre en estas provincias señalado,
y en gran figura y crédito tenido:
donde como animoso y buen soldado
habia grandes trabajos padecido,
no pongo su proceso en esta historia,
que dél la general hará memoria.

Presente no se halla á tanta guerra,
y á tales desventuras y contrastes;
mas con vos, gran Felipe, en Inglaterra
quando la Fé de nuevo allí plantastes:
allí le distes cargo desta tierra,
de allí con gran favor le despachastes;
pero cortóle el áspero destino
el hilo de la vida en el camino.

Fué su llorada muerte asaz sentida,
y mas el sentimiento acrecentaba
ver el gobierno, y tierra tan perdida,
que cada uno por sí se gobernaba:
andaba la discordia ya encendida,
la ambicion del mandar se desmandaba:
alfin es imposible que acaezca,
que un cuerpo sin cabeza permanezca.

Aquellos que de Chile habian venido
á pedir el socorro necesario,
viendo á su Adelantado fallecido
y todo á su propósito contrario:
con un semblante triste y afligido,
de parecer de todos voluntario,
piden á don Hurtado que se vea,
y de remedio presto los provea,

Diciendo : varon claro y excelente,
nuestra necesidad te es manifiesta,
y la fuerza del bárbaro potente
que tiene á Chile en tanto estrecho puesta:
el mas fuerte remedio es llevar gente,
ésta ya puedes ver quan cara cuesta,
de parte de tu Rey te requerimos
nos concedas aquí lo que pedimos.

A tu hijo , ó Marqués, te demándamos,
en quien tanta virtud y gracia cabe,
porque con su persona confiamos
que nuestra desventura y mal se acabe:
de sus partes , señor , nos contentamos:
pues que por natural cosa se sabe,
(y aun acá en el comun es habla vieja)
que nunca del Leon nació la oveja.

Y pues hay tanta falta de guerreros,
haciendo esta jornada don García,
se moverá el comun , y caballeros
alegres de llevar tan buena guia:
y lo que no podrán muchos dineros,
podrá el amor y buena compañía,
ó la vergüenza y miedo de enojarte,
ó su propio interés en agradarte.

El Marqués de Cañete respondiendo
á la justa demanda alegremente,
vino en ello de grado, conociendo
ser cosa necesaria y conveniente:
y el hijo, hacienda, y deudos ofreciendo,
al punto derramó en toda la gente
gran gana de pasar aquella tierra,
á exercitar las armas en tal guerra.

Uno se ofrece allí, y otro se ofrece,
así gran gente en número se mueve,
y aquel que no lo hace, le parece
que falta, y no responde á lo que debe:
hasta en cansados viejos reverdece
el ardor juvenil, y se remueve
el flaco humor y sangre casi helada
con el alegre son desta jornada.

O valientes soldados Araucanos!
las armas prevenid y corazones,
y el usado valor de vuestras manos
temido en las Antárticas regiones;
que gran copia de jóvenes lozanos
descoge en vuestro daño sus pendones,
pensando entrar por toda vuestra tierra
haciendo fiero estrago y cruda guerra.

No con los hierros votos, y mohosos
de los que las paredes hermosean,
ni brazos del torpe ocio perezosos,
que con gran pesadumbre se rodean,
ni los ánimos hechos á reposos,
que qualquiera mudanza en que se vean
los altera, los turba y entorpece,
y el desusado son los desvanece.

Mas hierros templadísimos y agudos
en sangre de tiranos afilados,
fuertes brazos, robustos y membrudos
en dar golpes de muerte exercitados:
ánimos libres de temor desnudos,
en los peligros siempre habituados;
que el son horrendo que á otros atormenta
los alegra, despierta y alimenta.

Cosa destas, yo pienso que ninguna
os puede derribar de vuestro estado;
mas tiéneme dudoso sola una,
que nadie della ha sido reservado:
esta es la usada vuelta de fortuna
que siempre alegre rostro os ha mostrado,
y es inconstante, falsa y variable
en el mal firme, y en el bien mudable.

Que si la guerra el español procura
haciendo de su espada ufana muestra,
querriale preguntar, si por ventura
corta por mas lugares que la vuestra?
si la fuerza del brazo le asegura
del poder vuestro y vencedora diestra,
verá, si mira bien en lo pasado,
el campo de sus huesos ocupado.

No sé; pero soberbio y encendido
en bélico furor el pueblo veo,
y al mas triste Español apercibido
de armas, rico aparato, y buen deseo.
O Arauco! yo te juzgo por perdido:
si las obras igualan al arreo,
y no templa el camino esta braveza,
ay de tu presuncion y fortaleza!...

Del apartado Quito se moviéron
gentes para hallarse en esta guerra,
de Loxa, Piúra, de Jaén saliéron,
de Truxillo, de Guánuco, y su tierra:
de Guamanga, Arequípa concurriéron
gran copia, y de los pueblos de la sierra:
la Paz, Cuzco, y los Charcas bien armados
baxáron muchos pláticos soldados.

Treme la tierra, brama el mar hinchado
del estruendo, tumultos y rumores
que suenan por el ayre alborotado
de pífanos, trompetas y atambores
contra el rebelde pueblo libertado,
amenazando ya sus defensores
con gruesa y reforzada artillería,
que dentro del Estado el son se oia.

De aparatos, jaeces, guarniciones
los gallardos soldados se arreaban,
sobrevistas y galas, invenciones
nuevas, y costosísimas sacaban:
estandartes, enseñas y pendones
al viento en cada calle tremolaban:
vieran sastres y obreros ocupados
en hechuras, recamos y bordados.

Con el concurso y junta de guerreros
el grande estruendo y trápala crecia,
y los prestos martillos de herreros
formaban dura y áspera armonía:
el rumor de solicitos armeros
todo el ancho contorno ensordecía:
los zelosos caballos de lozanos
relinchando triscaban con las manos.

Andaba así la gente embarazada
con el nuevo bullicio de la guerra;
mas ya de lo importante aparejada,
un caudillo salió luego por tierra:
llevando copia della encomendada,
atravesó á Atacama y la alta sierra,
con la desierta costa , y despoblados
de osamenta de bárbaros sembrados.

La gente principal todo aprestado,
y reliquias del campo que quedaban,
para romper el mar alborotado
otra cosa que tiempo no aguardaban:
mas viendo el cielo ya desocupado,
y que las bravas olas aplacaban,
con ordenada muestra y rico alarde
saliéron de los Reyes una tarde.

Yo con ellos tambien, que en el servicio
vuestro empecé , y acabaré la vida,
que estando en Inglaterra en el oficio
que aun la espada no me era permitida,
llegó allí la maldad en deservicio
vuestro por los de Arauco cometida,
y la gran desvergüenza de la gente
á la Real Corona inobediente.

Y con vuestra licencia en compañía
del nuevo Capitan y Adelantado
caminé desde Lóndres , hasta el dia
que le dexé en Tabóga sepultado:
de donde con trabajos y porfia
de la fortuna y vientos arrojado
llegué á tiempo, que pude juntamente
salir con tan lucida y buena gente.

Otro esquadron de amigos se me olvida
no ménos que nosotros necesarios,
gente templada, mansa y recogida,
de Frayles, Provisores, Comisarios,
Teólogos de honesta y santa vida,
Franciscos, Dominicos, Mercenarios
para evitar insultos de la guerra,
usados mas allí que en otra tierra.

De varias profesiones y colores
sale de Lima una lucida varda,
y en el puerto tendidas por las flores
estaban mesas llenas de vianda
con vino de odoríferos sabores,
donde luego por una y otra vanda
sobre la verde yerba reclinados
gustamos los manjares delicados.

Alegres los estómagos, contentos
fuimos á la marina conducidos,
á do de verdes ramos y ornamentos
estaban los bateles prevenidos:
y al son de varios y altos instrumentos,
de los caros amigos despedidos,
en los ligeros barcos nos metemos,
dando á un tiempo con fuerza al mar los remos.

Los bateles de tierra se alargaban,
dexando con penosa envidia aquellos
que en la arenosa playa se quedaban,
sin apartar los ojos jamás dellos:
sobre diez galeones arribaban
los prestos barcos, y saltando en ellos,
tiempo los marineros no perdiéron,
que las velas al viento descogiéron.

De estándartes, vanderas, gallardetes
estaban las diez naves adornadas,
hiriendo el fresco viento en los trinquetes
comienzan á moverse sosegadas:
suenan cañones, sacres, falconetes,
y al doblar de la isleta embarazadas,
del Austro cargan á babor la escota,
tomando al sudueste la derrota.

Las naos por el contrario mar rompiendo
la blanca espuma entorno levantaban,
y á la furia del Austro resistiendo
por fuerza á su pesar tierra ganaban:
pero sobre el garbino revolviendo
de la grán cordillera se apartaban,
y de sola una vuelta que viráron
el Guarco, á lesnordeste se halláron.

Mas presto por la popa el Guarco vimos
con Chinca de otro bordo emparejando,
en alta mar tras estos nos metimos
sobre la Nasca fértil arribando:
y al esforzado Noto resistimos,
su furia y bravas olas contrastando,
no bastando los recios movimientos
de dos tan poderosos elementos.

¿Qué haya en Pirú, no es caso soberano,
tanta mudanza en tres leguas de tierra,
que quando es en los llanos el verano,
los montes el lluvioso invierno cierra?
y quando espesa niebla cubre el llano
en descubierto hiere el sol la sierra,
y por esta razon van mas crecientes
en el verano abaxo las vertientes.

De los vientos el Austro es el que manda
que deshace los húmidos nublados,
y por todo aquel mar discurre y anda,
del qual son para siempre desterrados:
los otros vientos reynan á la vanda
de Atacama, y allí son libertados,
que baxar al Pirú ninguno puede,
ni por natural órden se concede.

Pues las naves del Austro combatidas
las espumosas olas van cortando,
que de valientes soplos impedidas
rompen la furia en ellas, azotando
las levantadas proas guarnecidas
de planchas de metal: pero mirando
al Español del bárbaro vecino,
habré de andar mas presto este camino.

Correré á Villagrán, el qual por tierra
tambien en su jornada se apresura,
atravesando la fragosa sierra
que iguala con las nubes su estatura:
diré lo que sucede en esta guerra,
y que rostro le muestra la ventura;
mas porque todo venga á ser mas claro
quiero tratar un poco de Lautáro.

Que estaba con su esquadra de guerreros
en el sitio que dixe recogido,
y de foso, faxina, y de maderos
le habia en breve sazon fortalecido:
tenia dentro soldados forasteros
que á fama de la guerra habian venido,
reparos, bastimentos, y otras cosas
para el lugar y tiempo provechosas.

Sola una senda este lugar tenia
de alertas centinelas ocupadas,
otra ni rastro alguno no le habia,
por ser casi la tierra despoblada:
aquella noche el bárbaro dormia
con la bella Guacolda enamorada,
á quien él de encendido amor amaba,
y ella por él no ménos se abrasaba.

Estaba el Araucano despojado
del vestido de Marte embarazoso,
que aquella noche sola el duro hado
le dió aparejo, y gana de reposo:
los ojos le cerró un sueño pesado,
del qual luego despierta congoxoso,
y la bella Guacolda sin aliento
la causa le pregunta y sentimiento.

Lautáro le responde: amiga mia,
sabrás que yo soñaba en este instante
que un soberbio Español se me ponia
con muestra ferocísima delante:
y con violenta mano me oprimia
la fuerza y corazon, sin ser bastante
de poderme valer, y en aquel punto
me despertó la rabia y pena junto.

Ella en esto soltó la voz turbada,
diciendo: ¡ay que he soñado tambien quánto
de mi dicha temí, y es ya llegada
la fin tuya, y principio de mi llanto!
mas no podré ya ser tan desdichada,
ni fortuna conmigo podrá tanto,
que no corte y ataje con la muerte
el áspero camino de mi suerte.

Trabaje por mostrárseme terrible
y del tálamo alegre derribarme,
que si revuelve y hace lo posible,
de ti no es poderosa de apartarme:
aunque el golpe que espero es insufrible,
podré con otro luego remediarme,
que no caerá tu cuerpo en tierra frio
quando estará en el suelo muerto el mio.

El hijo de Pillán con lazo estrecho
los brazos por el cuello le ceñia,
de lágrimas bañando el blanco pecho
en nuevo amor ardiendo respondia:
no lo tengais, señora, por tan hecho,
ni turbeis con agüeros mi alegría,
y aquel gozoso estado en que me veo,
pues libre en estos brazos os poseo.

Siento el veros así imaginativa,
no porque yo me juzgue peligroso;
mas la llaga de amor está tan viva,
que estoy de lo imposible receloso:
si vos quereis, señora, que yo viva,
quién á darme la muerte es poderoso?
mi vida está sujeta á vuestras manos,
y no á todo el poder de los humanos.

¿Quién el pueblo Araucano ha restaurado
en su reputacion que se perdia,
pues el soberbio cuello no domado
ya doméstico al yugo sometia?
yo soy quien de los hombros le ha quitado
el Español dominio y tiranía,
mi nombre basta solo en esta tierra,
sin levantar espada á hacer la guerra.

Quanto mas que teniendoos á mi lado,
no tengo que temer , ni daño espero,
no os dé un sueño, señora, tal cuidado,
pues no os lo puede dar lo verdadero:
que ya á poner estoy acostumbrado
mi fortuna á mayor despeñadero,
en mas peligros que éste me he metido,
y dellos con honor siempre he salido.

Ella ménos segura , y mas llorosa
del cuello de Lautáro se colgaba,
y con piadosos ojos lastimosa
boca con boca así le conjuraba:
si aquella voluntad pura amorosa
que libre os dí quando mas libre estaba,
y dello el alto cielo es buen testigo,
algo puede, señor , y dulce amigo;

Por ella os juro , y por aquel tormento,
que sentí quando vos de mí os partistes,
y por la fé, si no la llevó el viento,
que allí con tantas lágrimas me distes:
que aloménos me deis este contento,
si alguna vez de mí ya lo tuvistes,
y es, que os vistais las armas prestamente,
y al muro asista en órden vuestra gente.

El bárbaro responde : harto claro
mi poca estimacion por vos se muestra:
¿en tan flaca opininion está Lautáro,
y en tan poco teneis la fuerte diestra
que por la redencion del pueblo caro,
ha dado ya de sí bastante muestra?
buen crédito con vos tengo por cierto,
pues me lloras de miedo ya por muerto.

Ay de mí! que de vos yo satisfecha
(dice Guacolda) estoy, mas no segura:
¿ser vuestro brazo fuerte qué aprovecha,
si es mas fuerte y mayor mi desventura?
mas ya que salga cierta mi sospecha,
el mismo amor que os tengo, me asegura
que la espada que hará el apartamiento,
hará que vaya en vuestro seguimiento.

Pues ya el preciso hado y dura suerte
me amenazan con áspera caida,
y forzoso he de ver un mal tan fuerte,
un mal como es de vos verme partida:
dexadme llorar ántes de mi muerte
esto poco que queda de mi vida,
que quien no siente el mal, es argumento
que tuvo con el bien poco contento.

Tras esto tantas lágrimas vertia
que mueve á compasion el contemplalla,
y así el tierno Lautáro no podia
dexar en tal sazon de acompañalla:
pero ya la turbada pluma mia
que en las cosas de amor nueva se halla,
confusa, tarda, y con temor se mueve,
y á pasar adelante no se atreve.

CANTO XIV.

Llega Francisco de Villagrán de noche sobre el Fuerte de los enemigos sin ser dellos sentido: da al amanecer súbito en ellos, y á la primera refriega muere Lautáro. Trávase la batalla con harta sangre de una parte y de otra.

¿Quál será aquella lengua desmandada
que á ofender las mugeres ya se atreva,
pues vemos que es pasion averiguada
la que á baxeza tal, y error las lleva;
si una bárbara moza no obligada
hace de puro amor tan alta prueba,
con razones, y lágrimas salidas
de las vivas entrañas encendidas?

Que ni la confianza, ni el seguro
de su amigo le daba algun consuelo,
ni el fuerte sitio, ni el fosado muro
le basta asegurar de su recelo:
que el gran temor nacido de amor puro
todo lo allana y pone por el suelo:
solo halla el reparo de su suerte
en el mismo peligro de la muerte.

Así los dos unidos corazones
conformes en amor desconformaban,
y dando dello allí demostraciones
mas el dulce veneno alimentaban:
los soldados entorno los tizones,
ya de parlar cansados reposaban,
teniendo centinelas como digo,
y el cerro á las espaldas por abrigo.

Villagrán con silencio, y paso presto
habia el áspero monte atravesado,
no sin grave trabajo, que sin esto
hacer mucha labor es escusado:
llegado junto al Fuerte, en un buen puesto
viendo que el cielo estaba aun estrellado
paró, esperando el claro y nuevo dia
que ya por el oriente descubria.

De ninguno fué visto ni sentido,
la causa era la noche ser escura,
y haber las centinelas desmentido,
por parte descuidada por segura:
caballo no relincha, ni hay ruido,
que está ya de su parte la ventura,
ésta hace las bestias avisadas,
y á las personas bestias descuidadas.

Quando ya las tinieblas y ayre escuro
con la esperada luz se adelgazaban,
las centinelas puestas por el muro
al nuevo dia de léjos saludaban:
y pensando tener campo seguro
tambien á descansar se retiraban,
quedando mudo el Fuerte, y los soldados
en vino y dulce sueño sepultados.

Era llegada al mundo aquella hora
que la escura tiniebla, no pudiendo
sufrir la clara vista de la aurora,
se va en el ocidente retrayendo:
quando la mustia clicie se mejora
el rostro al roxo oriente revolviendo,
mirando tras las sombras ir la estrella,
y al rubio Apolo Délfico tras ella.

El Español que vé tiempo oportuno,
se acerca poco á poco mas al Fuerte,
sin estorvo de bárbaro ninguno,
que sordos los tenia su triste suerte:
bien descuidado duerme cada uno
de la cercana inexôrable muerte,
cierta señal, que cerca della estamos
quando mas apartados nos juzgamos.

No esperáron los nuestros mas, pues viendo
ser ya tiempo de darles el asalto,
de súbito levantan un estruendo
con soberbio alarido, horrendo y alto:
y en tropel ordenado arremetiendo
al Fuerte van á dar de sobresalto,
al Fuerte mas de sueño bastecido
que al presente peligro apercebido.

Como los malhechores que en su oficio
jamás pueden hallar parte segura,
por ser la condicion propia del vicio
temer qualquier fortuna y desventura:
que no sienten tan presto algun bullicio
quando el castigo y mal se les figura,
y corren á las armas y defensa,
segun que cada qual valerse piensa:

Así medio dormidos y despiertos
saltan los Araucanos alterados,
y del peligro y sobresalto ciertos
baten toldos y ranchos levantados:
por verse de Corazas descubiertos,
no dexan de mostrar pechos airados;
mas con presteza y ánimo seguro
acuden al reparo de su muro.

Sacudiendo el pesado y torpe sueño
y cobrando la furia acostumbrada,
quién el arco arrebata, quién un leño,
quién del fuego un tizon, y quién la espada:
quién aguija al baston de ageno dueño,
quién por salir mas presto va sin nada,
pensando averiguarlo desarmados,
si no pueden á puños, á bocados.

Lautáro á la sazon, segun se entiende,
con la gentil Guacolda razonaba,
asegúrala, esfuerza, y reprehende
de la desconfianza que mostraba:
ella razon no admite, y mas se ofende,
què aquello mayor pena le causaba,
rompiendo el tierno punto en sus amores
el duro son de trompas y atambores.

Mas no salta con tanta ligereza
el mísero avariento enriquecido,
que siempre está pensando en su riqueza,
si siente de ladron algun ruido:
ni madre así acudió con tal presteza
al grito de su hijo muy querido,
temiéndole de alguna bestia fiera,
como Lautáro al son y voz primera.

Revuelto el manto al brazo, en el instante
con un desnudo estoque, y él desnudo
corre á la puerta el bárbaro arrogante,
que armarse así tan súbito no pudo:
¡ó pérfida fortuna, ó insconstante,
cómo llevas tu fin por punto crudo,
que el bien de tantos años en un punto
de un golpe lo arrebatas todo junto!

Quatrocientos amigos comarcanos
por un lado la fuerza acometiéron,
que en ayuda y favor de los christianos
con sus pintados arcos acudiéron,
que con estrema fuerza, y prestas manos
gran número de tiros despidiéron:
del toldo el hijo de Pillán salia,
y una flecha á buscarle que venia.

Por el siniestro lado (ó dura suerte!)
rompe la cruda punta, y tan derecho,
que pasa el corazon mas bravo y fuerte,
que jamás se encerró en humano pecho:
de tal tiro quedó ufana la muerte
viendo de un solo golpe tan gran hecho,
y usurpando la gloria al homicida
se atribuye á la muerte esta herida.

Tanto rigor la aguda flecha truxo
que el bárbaro tendió sobre la arena,
abriendo puerta á un abuntante fluxo
de negra sangre por copiosa vena:
del rostro la color se le retruxo,
los ojos tuerce, y con rabiosa pena
la alma del mortal cuerpo desatada
baxó furiosa á la infernal morada.

Ganan los nuestros foso y baluarte,
que nadie los impide ni embaraza,
y asi por veinte lados la mas parte
pisaba de la fuerza ya la plaza:
los bárbaros con ánimo y sin arte,
sin celada, ni escudo, y sin coraza,
comienzan la batalla peligrosa,
cruda, fiera, reñida y sanguinosa.

En oyendo los Indios extrangeros
que con Lautáro estaban recogidos,
el súbito rumor, salen ligeros
del miedo y sobresalto apercibidos:
mas sintiendo los golpes carniceros,
el ánimo turbado y los sentidos,
con atentas orejas acechaban
adonde con menor rigor sonaban.

Como tímidos gamos que el ruido
sienten del cazador, y atentamente
altos los cuellos tienden el oido
ácia la parte que el rumor se siente,
y el balar de la gama conocido,
que apedazan los perros y la gente,
con furioso tropel toman la via,
que mas de aquel peligro se desvia.

La baxa y vil canalla acostumbrada
á rendirse al temor de aquella suerte
por ciega senda inculta, y desusada
rompe el camino, y desampara el Fuerte
acá y allá corriendo derramada,
y era tan grande el miedo de la muerte,
que al mas valiente y bravo se le antoja
ver un fiero Español tras cada hoja.

Pero aquellos que nunca el miedo pudo
hacerlos con peligros de su vando,
poniendo osado pecho por escudo
están la antigua riña averiguando:
la desnuda cabeza del agudo
cuchillo no se vé estar rehusando,
ni rehusa la espada la siniestra
exercitando el uso de la diestra.

Que el jóven Corpillán no desmayado,
porque su espada y mano vino á tierra,
ántes en ira subita abrasado
contra la parte del contrario cierra:
y habiendo ya la espada recobrado,
la diestra que aun bullendo el puño afierra
léjos con gran desden y furia lanza,
ofreciendo la izquierda á la venganza.

Flaqueza en Millapól no fué sentida
viéndose atravesado por la hijada,
y la cabeza de un revés hendida,
ni por pasalle el pecho una lanzada:
que de espumosa sangre á la salida
vino la media lanza acompañada,
dexando aquel lugar de ella vacío,
aunque lleno de rabia y nuevo brio.

Que á dos manos la maza aprieta fuerte,
y con furia mayor la gobernaba,
bien se puede llamar de triste suerte
aquel que el fiero bárbaro alcanzaba:
con la rabia postrera de la muerte
una vez el ferrado leño alzaba;
mas faltóle la vida en aquel punto,
cayendo cuerpo y maza todo junto.

Aunque la muerte en medio del camino
le quebrantó el furor con que venia,
un valiente Español á tierra vino
del peso y movimiento que traia:
mas luego puesto en pie con desatino
ácia el lugar del dañador volvia,
y viendo el cuerpo muerto dar en tierra
pensando que era vivo, con él cierra.

Y encima del cadáver arrojado,
de dar la muerte al muerto deseoso
recio por uno y por el otro lado
hiere y ofende el cuerpo sanguinoso,
hasta tanto que ya desalentado
se firma recatado y sospechoso,
y vió á aquel que aferrado así tenia
vueltos los ojos y la cara fria.

Traia la espada en esto Diego Cano
tinta de sangre y con Picól se junta,
haciendo atras la rigurosa mano
el pecho le barrena de una punta:
turbado de la muerte el Araucano
cayó en tierra la cara ya difunta,
vascoso revolviéndose en el lodo
hasta que la alma despidió del todo.

De dos golpes Hernando de Alvarado
dió con el suelto Talco en tierra muerto;
pero fué mal herido por un lado
del gallardo Guacoldo en descubierto:
estuvo el Español algo atronado,
mas del atronamiento ya dispierto
corriendo al fuerte bárbaro derecho
la espada le escondió dentro del pecho.

El viejo Villagrán con la sangrienta
espada por los bárbaros rompiendo
mata, hiere, tropella y atormenta,
á tiempo á todas partes revolviendo:
un golpe á Nico en la cabeza asienta,
el qual los turbios ojos revolviendo
á tierra vino muerto, y de otro á Polo
le dexa con el brazo izquierdo solo.

Usadas las espadas al azero,
topando la desnuda carne blanca,
ayudadas de un ímpetu ligero,
dan con piernas y brazos á la vanda:
no rehusa el segundo ser primero,
ántes todos siguiendo una demanda,
como olas que creciendo van, crecian,
y á la muerte animosos se ofrecian.

La gente una con otra así se cierra
que aun no daban lugar á las espadas,
apénas los mortales van á tierra
quando estaban sus plazas ocupadas:
unos por cima de otros se dan guerra,
enhiestas las personas y empinadas,
y de modo á las veces se apretaban
que á meter por la espada se ayudaban.

Las armas con tal rabia y fuerza esgrimen,
que los mas de los golpes son mortales,
y los que no lo son así se imprimen
que dexan para siempre las señales:
todos al descargar los brazos gimen:
mas salen los efectos desiguales,
que los unos topaban duro azero,
los otros el desnudo y blando cuero.

Como parten la carne en los tajones
con los corvos cuchillos carniceros,
y qual de fuerte hierro los planchones
baten en dura yunque los herreros:
así en la diferencia de los sones
que forman con sus golpes los guerreros,
quién la carne y los huesos quebrantando,
quién templados arneses abollando.

Pues Juan de Villagrán firme en la silla
contra Guarcondo á toda furia parte,
y la lanza le echó por la tetilla
con una braza de asta á la otra parte:
el bárbaro la cara ya amarilla
se arrima desmayado al baluarte,
dando en el suelo subita caida
el alma vomitó por la herida.

Pero Rengo su hermano, que en el suelo
el cuerpo vió caer descolorido,
quajósele la sangre, y hecho un yelo
del subito dolor perdió el sentido:
mas vuelto en sí, se vuelve contra el cielo
blasfemando el soberbio y descreido,
y el ñudoso baston alzando en alto,
á Juan de Villagrán llegó de un salto.

Mas ántes Pón con una flecha presta
hirió al caballo en medio de la frente,
empínase el caballo, el cuello enhiesta,
al freno y á la espuela inobediente:
y entre los brazos la cabeza puesta
sacude el lomo y piernas impaciente,
rendido Villagrán al duro hado
desocupó el arzon y ocupó el prado.

Apénas en el suelo habia caido,
quando la presta maza decendia
con una estraña fuerza y un ruido,
que rayo ó terremoto parecia:
del golpe el Español quedó adormido,
y el bárbaro con otro revolvia,
baxando á la cabeza de manera
que sesos, ojos, y alma le echó fuera.

Y con venganza tal no satisfecho
del caso desastrado del hermano,
ántes con nueva rabia y mas despecho
hiere de tal manera á Diego Cano,
que la barba inclinada sobre el pecho,
se le cayó la rienda de la mano,
y sin ningun sentido casi frio
el caballo lo lleva á su alvedrio.

En medio de la turba embravecido
esgrime entorno la ferrada maza,
á qual dexa contrecho, á qual tullido,
qual el pescuezo del caballo abraza:
quién se tiende en las ancas aturdido,
quién forzado el arzon desembaraza,
que todo á su pujanza y furia insana
se le bate, derriba, y se le allana.

Por partes mas de diez le iba manando
la sangre, de la qual cubierto andaba,
pero no desfallece, ántes bramando
con mas fuerza y rigor los golpes daba:
ligero corre acá, y allá saltando,
arneses, y celadas abollaba,
hunde las altas crestas, rompe sesos,
muele los nervios, carne, y duros huesos.

En esto un gran rumor iba creciendo
de espadas , lanzas , grita , y vocería,
al qual confusamente no sabiendo
la causa mucha gente allí acudia:
y era un gallardo mozo , que esgrimiendo
un fornido cuchillo discurria
por medio de las bárbaras espadas,
haciendo en armas cosas estremadas.

Venia el valiente mozo belicoso
de una furia diabólica movido,
el rostro fiero , sucio y polvoroso,
lleno de sangre , y de sudor teñido:
como el potente Marte sanguinoso,
quando de furor bélico encendido
bate el ferrado escudo de Vulcano,
blandiendo la asta en la derecha mano.

Con un diestro y prestísimo gobierno
el pesado cuchillo rodeaba,
y á Crón , como si fuera junco tierno,
en dos partes de un golpe lo tajaba:
tras este al diestro Pón envia al infierno,
y tras de Pón á Láuco despachaba,
no hallando defensa en armadura,
desquartiza , desmiembra y desfigura.

Llamábase éste Andréa, que en grandeza
y proporcion de cuerpo , era Gigante,
de estirpe humilde , y su naturaleza
era arriba de Génova al Levante:
pues con aquella fuerza y ligereza
á los robustos miembros semejante,
el gran cuchillo esgrime de tal suerte
que á todos los que alcanza da la muerte.

De un tiro á Guaticól por la cintura
le divide en dos trozos en la arena,
y de otro al desdichado Quilacura
limpio el derecho muslo le cercena:
pues de golpes así desta hechura
la gran plaza de muertos dexa llena;
que su espada á ninguno allí perdona,
y unos cuerpos sobre otros amontona.

A Colca de los hombros arrebata
la cabeza de un tajo, y luego tiende
la espada ácia Maulén, señor de Itáta,
y de alto abaxo de un revés le hiende:
lanzas, hachas, y mazas desbarata,
que todo el pueblo bárbaro le ofende,
llevando muchos tiros enclavados
en los pechos, espaldas, y en los lados.

Como la Osa valiente perseguida
quando le van monteros dando caza,
que con rabia, sintiéndose herida,
los ñudosos venablos despedaza;
y furiosa, impaciente, embravecida
la senda y callejon desembaraza,
que los heridos perros lastimados,
le dan ancho lugar escarmentados.

De la misma manera el fiero Andréa
cercado de los bárbaros venia:
pero de tal manera se rodea
que gran camino con la espada abria:
crece el hervor, la grita, y la pelea
tanto que la mas gente allí acudia:
he aquí tambien á Rengo ensangrentado
que llega á la sazon por aquel lado.

Y como dos mastines rodeados
de gozques importunos, que en llegando
á verse con los cerros erizados
se van el uno al otro regañando:
así los dos guerreros señalados,
las inhumanas armas levantando
se vienen á herir; pero el combate
quiero que al otro Canto se dilate.

CANTO XV.

En este quinceno y último Canto se acaba la batalla, en la qual fuéron muertos todos los Araucanos, sin querer alguno dellos rendirse. Y se cuenta la navegacion que las naos del Perú hiciéron hasta llegar á Chile, y la grande tormenta que entre el rio de Maule y el puerto de la Concepcion pasáron.

¿Qué cosa puede haber sin amor buena?
¿Qué verso sin amor dará contento?
¿dónde jamás se ha visto rica vena
que no tenga de amor el nacimiento?
no se puede llamar materia llena
la que de amor no tiene el fundamento:
los contentos, los gustos, los cuidados,
son, sino son de amor, como pintados.

Amor de un juicio rústico y grosero
rompe la dura y áspera corteza,
produce ingenio y gusto verdadero,
y pone qualquier cosa en mas fineza:
Dante, Ariosto, Petrarca, y el Ibéro,
amor los truxo á tanta delgadeza,
que la lengua mas rica y mas copiosa,
si no trata de amor, es disgustosa.

Pues yo de amor desnudo, y de ornamento,
con un inculto ingenio y rudo estilo,
¿cómo he tenido tanto atrevimiento,
que me ponga al rigor del crudo filo?
pero mi zelo bueno y sano intento,
esto me hace á mí añudar el hilo
que ya con el temor cortado habia,
pensando remediar esta osadía.

Quíselo aquí dexar considerado
ser escritura larga y trabajosa,
por ir á la verdad tan arrimado
y haber de tratar siempre de una cosa:
que no hay tan dulce estilo y delicado,
ni pluma tan cortada y sonorosa,
que en un largo discurso no se estrague,
ni gusto que un manjar no le empalague.

Que si á mi discrecion, dado me fuera
salir al campo y escoger las flores,
quizá el cansado gusto removiera
la usada variedad de los sabores:
pues como otros han hecho, yo pudiera
entretexer mis fábulas y amores;
mas ya que tan adentro estoy metido,
habré de proseguir lo prometido.

Al Lombardo dexé, y al Araucano
donde la guerra andaba mas trabada,
que vienen á juntarse mano á mano,
la espada alta, y la maza levantada:
de malla está cubierto el Italiano,
el Indio la persona desarmada;
y así como mas suelto y mas ligero
en descargar el golpe fué el primero.

El membrudo Italiano como vido
la maza y el rigor con que baxaba,
alzó el escudo en alto, y recogido
debaxo del el golpe reparaba:
por medio el fuerte escudo fué rompido,
y en medio la cabeza le cargaba,
que batiendo los dientes vió en el suelo
las estrellas mas mínimas del cielo,

El brazo descargó que alto tenia
sobre el valiente bárbaro el Lombardo,
pensando que dos piezas le haria
segun era del ánimo gallardo:
pero Rengo que punto no perdia,
como una onza ligera y suelto pardo,
un pronto salto dió á la diestra mano,
de suerte que el cuchillo baxó en vano.

Tras esto el diestro bárbaro rodea
la poderosa maza, de manera
que acertarle de lleno, no al Andréa,
pero un duro peñasco deshiciera:
igual andaba entre ellos la pelea,
aunque temo yo á Rengo á la primera
vez que el cuchillo baxe, si le halla,
que habrá fin con su muerte la batalla.

Mas con destreza y gran reportamiento,
desnudo de armas, y de esfuerzo armado
entra, sale, y revuelve como el viento,
que en maña y ligereza era estremado:
hace siempre su golpe, y al momento
le halla el enemigo así apartado,
que aunque el cuchillo de dos brazos fuera
alcanzar á herirle no pudiera.

Mil golpes por el ayre arroja en vano
el furioso Italiano embravecido,
viendo como desnudo un Araucano,
y él armado, le tiene en tal partido:
la izquierda junta á la derecha mano,
y apretando la espada de corrido
al bárbaro arremete altos los brazos,
pensando dividirle en dos pedazos.

El Araucano con mañoso brio
baxa la maza firme lo esperaba;
mas el cuerpo hurtó con un desvio,
al tiempo que el cuchillo derrivaba:
asique el brazo y golpe dió en vacío,
y de la fuerza inmensa que llevaba
el gran cuchillo sustentar no pudo,
quedando alli con solo medio escudo.

Pues como tal lo vió, suelta la maza,
cerrando el presto bárbaro de hecho,
y cuerpo á cuerpo así con él se abraza
que le imprime las mallas en el pecho:
no por esto el Lombardo se embaraza;
mas piensa dél así haber mas derecho,
y con brazos durísimos lo afierra
creyendo levantarlo de la tierra.

Lo que el valiente Alcides hizo á Antéo,
quiso el nuestro hacer del Araucano;
mas no salió fortuna á su deseo,
y así el deseado efeto salió en vano:
que el esforzado Rengo de un rodeo
lo lleva largo trecho por el llano,
sobre los cuerpos muertos tropezando
siempre con mas furor sobre él cargando.

Andrea de empacho ardiendo en rabia viva
sintiéndose de un hombre así apurado,
firme en el suelo con los pies estriva
cobrando esfuerzo del honor sacado:
y de manera sobre Rengo arriba,
que de tierra lo lleva levantado,
que era de fuerza grande y de gran prueba
bastante á comportar la carga nueva.

Yo ví entre muchos jóvenes valientes
sobre pruebas de fuerza porfiando,
trabar él una cuerda con los dientes,
asiendo quatro della y estrivando
todos á un tiempo á partes diferentes,
á su pesar llevarlos arrastrando,
y de solo los dientes se valia,
que las manos atras presas tenia.

Y con facilidad y poca pena
la mayor bota ó pipa que hallaba,
capaz de veinte arrobas de agua llena,
de tierra un codo y mas la levantaba:
y suspendida sin verter serena
la sed por largo espacio mitigaba,
baxándola despues al suelo llano,
como si fuera un cántaro liviano.

Aconteció otras veces barqueando
rios en esta tierra caudalosos,
ir, la corriente el ímpetu esforzando
á desbravar en riscos peñascosos
arrebatando el barco , no bastando
la fuerza de los remos presurosos,
y él cubierto de malla como estaba
luego animoso al agua se arrojaba.

Y una cuerda en la boca revolviendo
al furioso raudal el duro pecho,
los pies y fuertes brazos sacudiendo
rompia por la canal casi derecho:
remolcando la barca, y resistiendo
el ímpetu del agua del estrecho,
la sacaba á la orilla en salvamento
haciendo otras mil cosas que no cuento.

A Rengo aquí tambien sobrepujaba,
que no fué de su fuerza menor prueba;
pero Rengo que en ira se abrasaba
viendo que sin firmarse alto lo lleva,
hizo por fuerza pie, y sobre él tornaba
sacando la vergüenza fuerza nueva;
pero alcabo los dos se desasiéron,
y otra vez á las armas acudiéron.

Y comienzan de nuevo el fiero asalto,
como si descánsaran todo el dia,
hora presto por baxo, hora por alto
sin miedo el uno al otro acometia:
Rengo que de armadura estaba falto
con tal destreza y maña se regia,
que sostiene en un peso aquella guerra,
no perdiendo una mínima de tierra.

Con presteza una vez tal golpe asienta
el valiente christiano por un lado,
que toda la persona le atormenta
segun que fué de fuerza muy cargado:
otro redobla, y otro, y á mi cuenta,
al quarto que baxaba mas pesado,
el astuto Italiano se desvia,
y de una punta al bárbaro heria.

La espada le atraviesa el brazo fuerte
abriéndole en el lado una herida;
mas fué tal su ventura y diestra suerte
que no le privó el golpe de la vida:
el bárbaro en ponzoña se convierte,
y con braveza fuera de medida,
con el fiero enemigo fué en un punto
descargando la maza todo junto.

El Italiano en alto el medio escudo
alzó por recoger el golpe estraño;
pero del todo resistir no pudo,
aunque se reparó parte del daño:
batióle la cabeza el golpe crudo,
y qual si el morrion fuera de estaño,
y no de fuerte pasta bien templado,
así de aquella vez quedó abollado.

Dos ó tres pasos dió desvanecido
del golpe el Italiano vacilando,
perdida la memoria y el sentido,
y anduvo por caer titubeando:
la sangre por el uno y otro oido
le rebentó en gran fluxo, como quando
rebienta de abundancia alguna fuente,
y en pie se tuvo bien dificilmente.

Pero vuelto en su acuerdo, que se mira
lleno de sangre y puesto en tal estado,
mas furioso que nunca, ardiendo en ira
de verse así de un bárbaro tratado,
el brazo con el pie diestro retira
para tomar mas fuerza, y el pesado
cuchillo derribó con tal ruido,
que revocó en los montes del sonido.

Rengo que el gran cuchillo baxar siente
y el ímpetu y furor con que venia,
cruzando la alta maza osadamente
al reparo debaxo se metia:
no fué la asta defensa suficiente
por mas barras de acero que tenia,
que á tierra vino della una gran pieza,
y el furioso cuchillo á la cabeza.

Fué este golpe terrible y peligroso,
por do una roxa fuente manó luego,
y andubo por caer Rengo dudoso,
atónito y de sangre casi ciego:
el Italiano allí no perezoso
viendo que no era tiempo de sosiego,
baxa otra vez el gran cuchillo agudo,
con todo aquel vigor que dalle pudo.

En medio de la frente en descubierto
hiere al turbado Rengo el Italiano,
y hubiérale de arriba abaxo abierto,
sino torciera al descargar la mano:
el golpe fué de llano, y como muerto
vino al suelo tendido el Araucano,
y el cuchillo del golpe atormentado
por tres ó quatro partes fué quebrado.

Crino que volvió el rostro al gran ruido
del poderoso golpe y la caida,
viendo al valiente Rengo así tendido
pensó que era pasado desta vida:
y de amistad y deudo comovido,
la espada de su propio amo homicida
que en Penco Tucapél ganado habia,
en venganza del bárbaro esgrimia.

Pasa al Andréa de un golpe el estofado
no reparando en él la cruda espada,
que rompiendo la malla por el lado
le penetró hasta el hueso la estocada:
vuelve con un mandoble, y recatado
Andréa viendo venir la cuchillada
fué tan presto con él por resistirle,
que no le dexó tiempo de herirle.

Sin darle mas lugar con él se aſierra,
donde en satisfacion de la herida,
alzándole bien alto de la tierra
de espaldas le tendió con gran caida:
y por dar presto fin á aquella guerra,
la espada le quitó, y luego la vida,
metiéndose tras esto por la parte
que andaba mas sangriento el ſiero Marte.

Hiende por do el monton vé mas estrecho:
triste de aquel que allí con él se junta!
uno parte al traves, otro al derecho,
otro al sesgo, otro ensarta de una punta,
otros que tiende, aun no bien satisfecho
á coces los quebranta y descoyunta:
brazos, cabezas por el ayre avienta,
sin término, sin número ni cuenta.

El buen Lasarte con la diestra ayrada
en medio del furor se desenvuelve,
pasa el pecho á Talcuén de una estocada,
y sobre Titaguán furioso vuelve,
abrióle la cabeza desarmada;
mas el rabioso bárbaro revuelve,
y ántes que la alma diese, le da un tajo
que se tuvo al arzon con gran trabajo.

Pacheco á Norpa abrió por el costado,
y á Longoval derriba tras el muerto;
pues Juan Gomez tambien por aquel lado
de fresca sangre bárbara cubierto
habia de un golpe á Colca derribado,
y á Galvo el desarmado vientre abierto
el bárbaro mortal, la color vuelta
dió en el postrer suspiro la alma envuelta.

Gabriél de Villagrán no estaba ocioso
que á Zinga y á Pillolco habia tendido,
y andaba revolviéndose animoso
entre los hierros bárbaros metído:
el rumor de las armas sonoroso,
los varios apellidos, y el ruido
á las aves confusas y turbadas
hacen estar mirándolos paradas.

Crece la rabia, y el furor se enciende,
la gente por juntarse se apiñaba,
que ya ninguno mas lugar pretende
del que para morir en pie bastaba:
quien corta, quien barrena, rompe, hiende:
y era el estrecho tal y priesa brava,
que sin caer los muertos, de apretados
quedaban á los vivos arrimados.

La soberbia, furor, desden, denuedo,
la priesa de los golpes, y dureza,
figurarla del todo aquí no puedo,
ni la pluma llevar con tal presteza:
de la muerte ninguno tiene miedo,
ántes si vuelve el rostro, mas tristeza
mostraban, porque claro conocian
que vencidos quedaban si vivian.

Mas aunque de vivir desconfiaban,
perdida de vencer ya la esperanza,
el punto de la muerte dilataban
por morir con alguna mas venganza:
y no por esto el paso retiraban,
ni el pecho rehusaban de la lanza,
si por mover un paso como digo,
dexasen de ofender al enemigo.

Quatro aquí, seis allí, por todos lados
vienen sin detenerse á tierra muertos,
unos de mil heridas desangrados,
de la cabeza al pecho otros cubiertos:
otrôs por las espaldas y costados,
los bravos corazones descubiertos
así dentro en los pechos palpitaban
que bien el gran corage declaraban.

Quién en sus mismas tripas tropezando
al odioso enemigo arremetia,
quién por veinte heridas resollando
las cubiertas entrañas descubria:
allí se vió la vida estar dudando
por qué puerta de súbito saldria,
alfin salia por todas, y á un momento
faltaban fuerza, vida, sangre, aliento.

Ya pues no estaba en pie la octava parte
de los bárbaros muertos no rendidos:
Villagrán que miraba esto de aparte,
viendo los que quedaban tan heridos
les envió con dos Indios de su parte
á decir, que se entreguen por vencidos,
sometiéndose al yugo y obediencia,
y que usára con ellos de clemencia.

Todos los Españoles retruxéron
las espadas, y el paso en el momento,
y los dos mensageros propusiéron
el pacto, condicion y ofrecimiento:
pero los Araucanos quando oyeron
aquel partido infame, el corrimiento
fué tanto y su corage, que respuesta
no diéron á la plática propuesta.

Los ojos contra el cielo vueltos braman,
morir, morir, no dicen otra cosa,
morir quieren, y así la muerte llaman
gritando: á fuera vida vergonzosa:
esta fué su respuesta, y esto claman,
y á dar fin á la guerra sanguinosa
se disponen con ánimo y braveza,
sacando nuevas fuerzas de flaqueza.

Espaldas con espaldas se juntaban,
algunos de rodillas combatiendo,
que las tullidas piernas les faltaban
sostenerse sobre ellas no pudiendo
y aunque así las espadas rodeaban:
otros que ya en el suelo retorciendo
se andaban por dañar lo que podian,
á los contrarios pies se revolvian.

Viéranse vivos cuerpos desmembrados
con la furiosa muerte porfiando,
en el lodo y sangraza derribados,
que rabiosos se andaban revolcando:
de la suerte que vemos los pescados
quando se va algun lago desaguando,
que entre dos elementos se estremecen,
y en ellos revolcándose perecen.

Si el crudo Syla, si Nerón sangriento
(por mas sed que de sangre ellos mostráran)
della vieran aquí el derramamiento,
yo tengo para mí que se hartáran:
pues con mayor rigor á su contento
en viva sangre humana se bañáran,
que en campo Marcio Syla carnicero,
y en el Foro de Roma el bestial Nero.

Quedáron por igual todos tendidos
aquellos que rendir no se quisiéron,
que ya al fin de la vida conducidos
á la forzosa muerte se rindiéron:
los lasos Españoles mal heridos
de la cercada plaza se salieron
de armas, y cuerpos bárbaros tan llena,
que sobre ellos andaban á gran pena.

Ningun bárbaro en pie quedó en el Fuerte,
ni brazo que mover pudiese espada,
solo Mallen, que el punto de la muerte
le dió de vivir gana acelerada:
y rendido al temor y baxa suerte,
viéndose de una fiera cuchillada
en el siniestro brazo mal herido,
detrás de un paderon se habia escondido.

No sintiendo el rumor que ántes se oia
que en torno retumbaba todo el llano,
que como dixe ya la muerte habia
puesto silencio con ayrada mano
dexó aquel paderon, y á ver salia
si hallaba por allí algun Araucano
á quien se encomendar que le salvase,
y la sensible llaga le apretase.

Más quando vió la plaza qual estaba,
y en sus amigos tal carnicería,
que aunque la muerte los disfiguraba,
la envidia conocidos los hacia:
con ira vergonzosa presentaba
la espada al corazon, y así decia:
¿cómo, yo solo quedo por testigo
de la muerte y valor de tanto amigo?

Cobarde corazon, por cierto indigno
de algun golpe de espada valerosa,
pues fué por eleccion y no destino
perder una sazon tan venturosa,
tú me apartaste (ó flaco!) del càmino
de un eterno vivir, y á vergonzosa
muerte he venido ya con mengua tuyà,
por mas que la mi diestra lo rehuya.

Si á mi sangre con esta del Estado
mezclarse aquí le fuere concedido,
viendo mi cuerpo entre estos arrojado,
aunque de brazo débil ofendido;
quizá seré en el número contado
de los que así su patria han defendido;
mas ay triste de mí! que en la herida
será mi flaca mano conocida.

¿Qué indicios bastarán, qué recompensa,
qué enmienda puedo dar de parte mia,
que yo satisfacer pueda á la ofensa
hecha á mi honor, y patria, y compañía?
yo turbo el claro honor y fama inmensa
de tantos, pues podrán decir que habia
entre ellos quien de miedo baxamente
del enemigo apénas vió la frente.

¿ Por qué al temor doy fuerzas dilatando
con prolixas razones mi jornada?
arrepentirme qué aprovecha , quando
ya el arrepentimiento vale nada?
aquí cerró la voz , y no dudando
entrega el cuello á la homicida espada,
corriendo con presteza el crudo filo
sin sazon de la vida cortó el hilo.

Cese el furor del fiero Marte ayrado,
y descansen un poco las espadas
entretanto que vuelvo al comenzado
camino de las naves derramadas:
que contra el recio Noto porfiando
de Neptuno las olas levantadas,
prohejando por fuerza iban rompiendo
del viento y agua el impetu venciendo.

Por entre aquellas islas navegáron
de Sangallá , do nunca habita gente,
y las otras ignotas se dexáron
á la diestra de parte del Poniente
á Chaule á la siniestra , y arribáron
en Arica , y despues dificilmente
vimos á Capiapó , valle primero
del distrito de Chile verdadero.

Allí con libertad soplan los vientos
de sus cavernas cóncavas saliendo,
y furiosos , indómitos , violentos,
todo aquel ancho mar van discurriendo:
rompiendo la prision , y mandamientos
de Eolo su Rey , el qual temiendo
que el mundo no arruinen , los encierra
echándoles encima una gran sierra.

No con esto su furia corregida,
viéndose en sus cavernas apremiados
buscan con gran estruendo la salida
por los huecos y cóncavos cerrados:
y así la firme tierra removida
tiembla, y hay terremotos tan usados,
derribando en los pueblos, y montañas
hombres, ganados, casas y cabañas.

Menguan allí las aguas, crece el dia
al revés de la Europa, porque es quando
el sol del equinocio se desvia,
y al capricornio mas se va acercando:
pues desde allí las naves que á porfia
corren al mar, y al Austro contrastando
de Bóreas ayudadas luego fuéron,
y en el puerto Coquimbico surgiéron.

Apénas en la deseada arena
salidos de las naos el pie firmamos,
quando el prolixo mar, peligro y pena
de tan largos caminos olvidamos:
y á la nueva ciudad de la Serena,
que es dos leguas del puerto caminamos
en lozanos caballos guarnecidos,
al esperado tiempo prevenidos.

Donde un caricioso acogimiento
á todos nos hiciéron, y hospedaje,
estimando con grato cumplimiento
el socorro, y larguísimo viaje:
y de dulce refresco, y bastimento
al punto se aprestó el matalotaje,
con que se reparó la hambrienta armada
del largo navegar necesitada.

A la gente y caballos aguardaban
que por áspera tierra y despoblados
rompiendo con esfuerzo caminaban
de hambres y trabajos fatigados:
pero á qualquier fortuna contrastaban,
y desde poco á la ciudad llegados
un mes en mucho vicio reposáron,
hasta que los caballos reformáron.

Al fin del qual sin esperar la flota,
reparados del áspero camino
toman de su demanda la derrota,
llevando á la derecha el mar vecino:
pasan la fértil Ligua , y á Quillota
la dexáron á un lado , que convino
entrar en Mapochó , que es do paráron
las reliquias de Penco que escapáron.

El sol del comun Géminis salia,
trayendo nuevo tiempo á los mortales,
y del solsticio por zenit heria
las partes y region setentrionales:
quando es mayor la sombra al medio dia
por este apartamiento en las australes,
y los vientos en mas libre exercicio
soplan con gran rigor del austral quicio;

Nosotros sin temor de los ayrados
vientos, que entónces con mayor licencia
andan en esta parte derramados
mostrando mas entera su violencia,
á las usadas naves retirados,
con un alegre alarde y aparencia
las aferradas áncoras alzamos,
y al norueste las velas entregamos.

La mar era bonanza, el tiempo bueno,
el viento largo, fresco y favorable,
desocupado el cielo, y muy sereno
con muestra, y parecer de ser durable:
seis dias fuimos así; pero al seteno
fortuna que en el bien jamás fué estable,
turbó el cielo de nubes, mudó el viento
revolviendo la mar desde el asiento.

Bóreas furioso aquí tomó la mano
con presurosos soplos esforzados,
y súbito en el mar tranquilo y llano
se alzáron grandes montes y collados:
los Españoles, que el furor insano
viéron del agua y viento atribulados,
tomáran por partido estar en tierra,
aunque del todo hubiera fin la guerra.

De mi nave podré solo dar cuenta
que era la Capitana de la armada,
que arrojada de la áspera tormenta
andaba sin gobierno derramada:
¿pero quién será aquel que en tal afrenta
estará tan en sí, que falte en nada?
que el general temor apoderado
no me dexó aun para esto reservado.

Con tal furia á la nave el viento asalta,
y fué tan recio y presto el terremoto,
que la cogió la vela mayor alta,
y estaba en punto el mástil de ser roto;
mas viendo el tiempo así turbado, salta
diciendo á grandes voces el Piloto:
larga la triza en vanda, larga, larga,
larga presto, ay de mí! que el viento carga.

La braveza del mar, el recio viento,
el clamor, alboroto, las promesas,
el cerrarse la noche en un momento
de negras nubes, lóbregas y espesas:
los truenos, los relámpagos sin cuento,
las voces de Pilotos, y las priesas
hacen un son tan triste y armonía,
que parece que el mundo perecia.
Amaina, amaina gritan marineros,
amaina la mayor, hiza trinquete,
esfuerzan esta voz los pasageros,
y á la triza un gran número arremete:
los otros de tropel corren ligeros
á la escota, á la braza, al chafaldete;
mas del viento la fuerza era tan brava,
que ningun aparejo gobernaba.
Abrese el cielo, el mar brama alterado,
gime el soberbio viento embravecido,
en esto un monte de agua levantado
sobre las nubes con un gran ruido
envistió el galeon por un costado,
llevándolo un gran rato sumergido,
y la gente tragó del temor fuerte
á vueltas de agua la esperada muerte.
Mas quiso Dios que de la suerte, como
la gran ballena el cuerpo sacudiendo,
rompe con el furioso hocico romo
de las olas el ímpetu venciendo;
descubre, y saca el espacioso lomo
en anchos cercos la agua revolviendo:
así debaxo el mar salió el navío
vertiendo á cada vanda un grueso rio.

El proceloso Bóreas mas crecido
la mar hasta los cielos levantaba,
y aunque era un Mangle el mástil muy fornido
sobre la proa la alta gavia estaba:
la gente con gran fuerza y alarido
en amainar la vela porfiaba,
que en forma de arco al mástil oprimia,
y así la racamenta no corria.

Eolo, ó ya fué acaso, ó se doliendo
del afligido pueblo Castellano,
iba al valiente Bóreas recogiendo
queriendo él encerrarle por su mano:
y abriendo la caverna, no advirtiendo
al zéfiro que estaba mas cercano,
rotas ya las cadenas á la puerta,
salió bramando al mar, viéndola abierta.

Y con violento soplo arrebatando
quantas nubes halló por el camino,
se arroja al levantado mar, cerrando
mas la noche con negro torvellino:
y las valientes olas reparando
que del furioso cierzo repentino
iba la via siguiendo, las ayraba,
y el removido mar mas alteraba.

Subito la borrasca y travesía
y un turbion de granizo sacudieron
por un lado á la nao, y así perdia,
que al mar las altas gavias decendiéron:
fué la furia tan presta, que aun no habia
amainado la gente, quando viéron
los Pilotos la costa y viento ayrado,
rindiéron la esperanza al duro hado.

La nao del mar, y viento contrastada
andaba con la quilla descubierta,
ya sobre sierras de agua levantada,
ya debaxo del mar toda cubierta:
vino en esto de viento una grupada
que abrió á la agua furiosa una ancha puerta,
rompiendo del trinquete la una escota,
y la mura mayor fué casi rota.

Alzóse un alarido entre la gente
pensando haber del todo zozobrado,
miran al gran Piloto atentamente
que no sabe mandar de atribulado:
unos dicen: zaborda; otros: detente,
cierra el timon en vanda; y qual turbado
buscaba escotillon, tabla ó madero,
para tentar el medio postrimero.

Crece el miedo, el clamor se multiplica,
uno dice: á la mar; otro: arribemos:
otro da grita: amaina; otro replica:
á orza, no amainar, que nos perdemos:
otro dice: herramientas: pica, pica;
mástiles y obras muertas derribemos,
atónita de acá y de allá la gente
corre en monton confuso diligente.

Las gúmenas y xarcias rechinaban
del turbulento zéfiro estiradas,
y las hinchadas olas rebramaban
en las vecinas rocas quebrantadas:
que la escura tiniebla penetraban,
y ser razon de nubes intrincadas;
y así las peñas ásperas batian
que blancas hasta el cielo resurtian.

Travesía era el viento , y por vecina
la brava costa de arrecifes llena,
que del grande refluxo en la marina
hervia el agua mezclada con la arena:
rota la escota ; larga la bolina,
suelto el trinquete , sin calar la entena,
y la poca esperanza quebrantada
por el furioso viento arrebatada.


UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 15 15 02 08 001 9